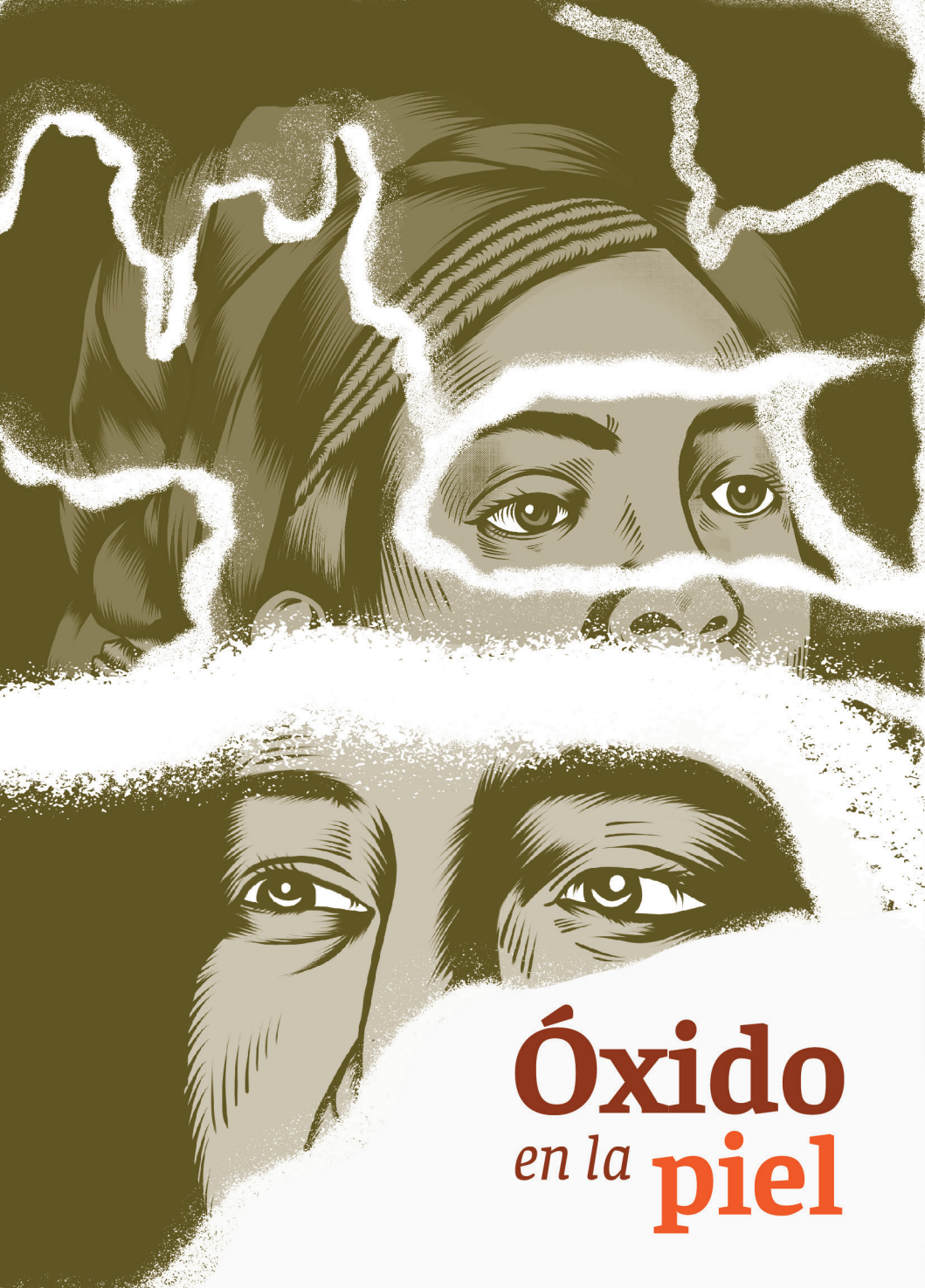




Óxido
en la **piel**

Pregrado en Comunicación Social-Periodismo

Escuela de Comunicación Social

Universidad del Valle

2019

Trabajo de grado en modalidad de realización presentado
para optar al título de Comunicadora Social-Periodista.

Dirección:

Patricia Alzate Jaramillo

Edición:

Jhon Gamboa Mayor

Diseño:

Sol López Arboleda

Daniela Rengifo Plata

Óxido *en la* piel

Angélica María Bohórquez

La violación es un acto que te aísla, porque aún cuando le cuentas a otros lo que te pasó, ellos temen mencionarlo. Entonces estás rodeada de silencio.

Brave Miss World
Linor Abargil

A veces puede parecer que lo único que les interesa en lo relativo al genocidio son los abusos sexuales sufridos por las chicas y quieren oír relatos de lucha. Yo quiero contarle todo -el asesinato de mis hermanos, la desaparición de mi madre, el lavado de cerebro de los niños- no solo la violación. O a lo mejor todavía me da miedo el qué dirán.

Yo seré la última
Nadia Murad

Agradecimientos

A Luisa Ospina, Emilse Borda, Tatiana Soto, Ana María Henao, Sandra Arenas y Cirley López, por su conocimiento y su tiempo. A la Ruta Pacífica de Mujeres, por abrirme las puertas, martes y jueves. A Francis García, Jaime Montoya, Gloria Quintero, don Guillermo, Jonathan Galeano, por acompañarme en el viaje. A Kevin García por los consejos para una escritora. A Patricia Alzate, por su confianza. A Luis Castaño por su lectura generosa. A David García Castillo, por ser el colega y el traficante de contactos. A Carlos Alberto Bohórquez y Luz Elen Valencia por las palabras precisas en medio de la desesperación. A Jhon Gamboa, por su edición profesional y su presencia sólida, irremplazable. A Daniela Rengifo y Sol López, por su disposición para colorear estas páginas. A David Giraldo, por leerme en serio y ahuyentar mis pesadillas.

A María Amparo Arias, Erlendy Cuero Bravo, María Aracely Santana y Teresa Franco Ríos, ya conocerá el lector por qué.

A mis padres, Marena y Carlos.

Por el cuidado.

Por la paciencia.

Contenido

Capítulo 1

29 días de luna llena

11

Capítulo 2

Entre tanto.

47

Capítulo 3

Estigma es una palabra roja.

79

Capítulo 4

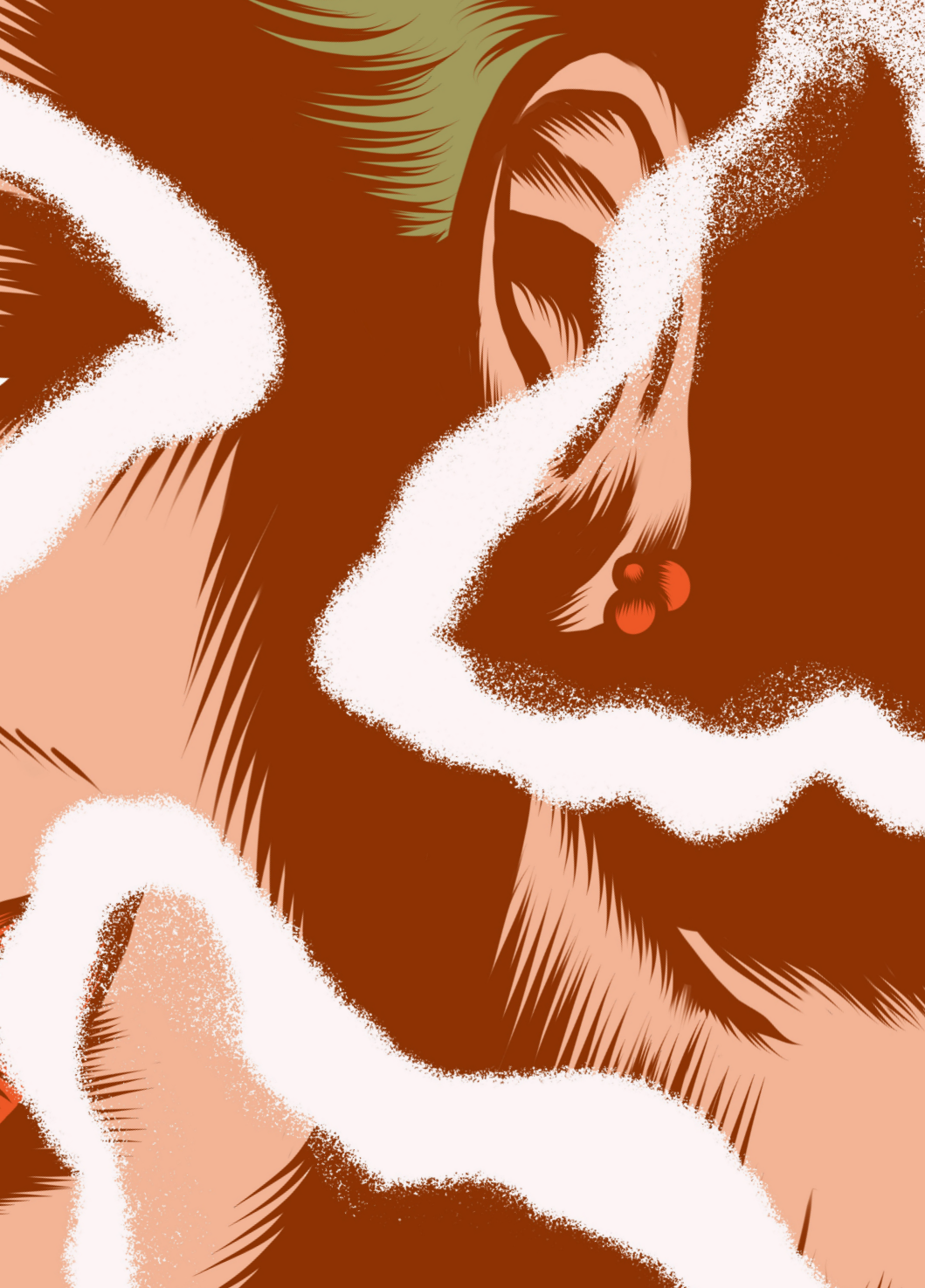
Estigma es una palabra roja.

107

Capítulo 1

29 días *de* luna llena





Escrito desde el 5 de enero de 2019. Una semana después, el sábado 12, el ex cabecilla de las FARC, Iván Márquez, hará estas declaraciones: “La paz fue traicionada por el Estado colombiano. Reconocemos que incurrimos en varios errores, como el de pactar la dejación de armas antes de asegurar el acuerdo de reincorporación política, económica y social de los guerrilleros”.

Corría el 2004 en la vereda La Variante, zona rural de Tumaco. Entonces, a lo sumo diez casas conformaban la población. La Variante tiene ese nombre porque se extiende parte por la vía Pasto-Tumaco que lleva al litoral Pacífico, parte por la curva que le sale a esa vía como una rama tosca y conduce al río Mira, oscuro y navegable, frontera natural con Ecuador.

La heladería de Amparo era la entrada techada de una casa de madera entre casas de madera. Con letrero: *El Oasis*, paraíso modesto de fachada azul, al borde de la vía. Alrededor era verde: maleza, árboles de diferentes alturas y matas de plátano enclenques. Los comensales de siempre llegaban a cualquier hora y ella -de cuarenta y siete años, rubia pintada, sonrisa estrecha en medio de los pómulos- los atendía por el nombre, con voz esforzada en medio vibración de las tractomulas.

En *El Oasis* se comía helado, se tomaba Buchanan's barato. Se hablaba de negocios:

-¿A la mona por ahí con cuántos tiros ustedes la quiebran?

Se hacían hipótesis.

-No... Con unos cinco.

Cinco porque Amparo era una mujer próxima a la obesidad, de cintura pequeña pero extremidades y caderas con movimiento propio. Ese día aprendió con los dos clientes una lección sicarial: que las personas gordas son las más difíciles de acertar porque la grasa protege sus órganos vitales. También provoca infartos, trombos. Es relativa la grasa.

-Pero el que es sicario a la fija va a la cabeza, no te tira en otra parte.

II.

Amparo, palmireña radicada en Cali, llegó a La Variante ese año para ocuparse en algo que le diera el sustento propio y el de ayudar a sus hijos, y que la alejara de una vida matrimonial que no daba para más. Su hija mayor vivía allí hacía un año.

-Tumaco era el escape.

En Cali, Amparo compartía una casa con sus papás y su marido, David, en el barrio Ciudad Córdoba al oriente de la ciudad. Allí llegaban de visita las otras cinco parejas de David.

-Yo no quería ese rol... Siempre mantenía enferma de flujo, flujo, flujo. Y los hombres a uno lo contagian. Y yo le dije «O se me maneja...» entonces no quiso, entonces yo dije «nos separamos», me dijo «ah, bueno, entonces nos separamos» porque él no podía dejar sus mujeres.

Amparo invirtió su patrimonio en congeladores, licuadoras, mobiliario y remesas. La casa donde funcionaba la heladería no era propia, pero estaba bien ubicada. Del corregimiento de Llorente, a cinco minutos por la vía principal, llegaba la mayoría de los comensales. Ella se encargaba de atender a pesar de que el negocio era una sociedad con Carmen, la suegra de su hija, que había migrado a La Variante años atrás y tenía consolidados otros negocios. A Amparo la reconocían por la disposición, el cabello claro, la sonrisa abultada.

Su hija Faride, embarazada y con dos niñas pequeñas, manejaba un chongo, “negocio de mujeres”, local estrecho de medias luces donde en el día las muchachas se la pasaban tomando agua de boldo para limpiarse el hígado y en la noche se emborrachaban para trabajar sin pausa.

Faride administraba. Carmen era la dueña del chongo, de las muchachas. Amparo ayudaba preparando las aguas de boldo y las de canela, para los cólicos menstruales. Cuando eran muy fuertes se les dejaba descansar o trabajar con pocos clientes.

Fueron seis meses en *El Oasis* hasta que al esposo de Faride lo atravesaron con veintisiete disparos antes de que pudiera conocer a la niña que

se formaba en el vientre, su hija. Otra mujer. Luego de aquello sobrevino en Amparo esa extraña conciencia de la que me hablarán todas las mujeres que entrevisté para este libro: el despertar atardecido, escarlata, a la guerra.

-En Llorente había una cantidad de gente que no dejaban que la tocaran. Tres, cuatro días una persona muerta, ahí junto a la iglesia, y los gallinazos ya comiéndose las personas y no dejaban ni que uno le tirara un trapo por encima. A veces recogían la gente en las volquetas de la basura y después uno tenía que traer los bomberos, echarle agua y lavar eso allí, manchas que a veces no salían de la sangre que había estado tanto tiempo. No, y es que el olor en el pueblo hasta ellos mismos no lo soportaban.

Los paracos, dice, los que más tiraban cuerpos a la calle.

Tiempo después del asesinato de su yerno, hombres de las FARC le advirtieron a Amparo que debía salir de la vereda. Organizó el viaje ese mismo día. Tomó a sus nietas, a las dos que podía tomar, y dejó a Faride con la que estaba en camino porque a ella no la habían amenazado. Regresó a Cali el 25 de junio de 2004.

-Con las niñas pequeñas porque me las iban a violar.

A los cinco días, 30 de junio, ocurrió una masacre paramilitar en Llorente. 20 personas fueron torturadas primero, luego asesinadas.

III.

Cuál es el sentido de una heladería -lugar de amores precoces o de domingos después de misa- en un destino fúnebre tan metido en la tierra.

Para el 2005 la tasa de homicidios en Tumaco era la más alta del país: 120 por cada cien mil habitantes, con el narcotráfico como trasfondo. Hoy, la ciudad más violenta del mundo, Los Cabos en México, tiene una tasa de 111 homicidios por cada cien mil habitantes. Con el narcotráfico como trasfondo.

La antropología, la ciencia de los seres humanos, se ha dedicado a estudiar el exterminio de los mismos, entre los mismos, como elemento cultural e inherente. Así, la antropóloga argentina Rita Segato ha propuesto una

conclusión para América Latina: que las guerras aquí se transformaron desde que a varios sectores de la población se les volvió una meta empresarial suministrarle drogas al país que quizá más las necesita: el más productivo del mundo. De ahí que las “bajas” dejaran de ser muertes en combate para convertirse en homicidios selectivos que aparecen en los rankings, a veces.

El periodista Juan Miguel Álvarez lo ilustra para el caso colombiano:

“Una de las cuestiones más complicadas de discernir en el estudio técnico de la criminalidad colombiana ha sido la de encontrar fronteras exactas que permitan clasificar tal o cual delito como un hecho del conflicto armado o un hecho de la delincuencia mundana. Y una de las mayores razones para ello es que desde que el narcotráfico se volvió el combustible de la guerra en Colombia, tanto las guerrillas -por muy origen marxista-leninista que reclamen-, como los paramilitares -por muy ortodoxos que se hubieran jurado-cometieron crímenes sin origen ni destino político”.

El trasfondo no podría ser otro. Es económico. Si los conflictos armados han mutado en un oscuro animal es porque se libran en nombre del negocio ilegal que sostiene los de mostrar: el narcotráfico, subsuelo del capitalismo, implacable con lo que se atravesase y lo que se resistía a su poder.

En 1994, la Conferencia sobre Crimen Organizado de la ONU reveló que el tráfico de drogas rendía cifras anuales mayores que las transacciones globales del petróleo. Para que un negocio lícito de tal nivel -que ha movilizado tropas invasoras y generado guerras sin nombre en Medio Oriente- esté eclipsado por uno supuestamente marginal tendrían que haber posibilidades de compenetración entre ambos y condiciones de mercado, imposibles sin el visto bueno y el lucro de poderes legítimos.

IV.

Desde 1998 Tumaco se perfilaba como epicentro de la producción de droga en Colombia. Las primeras muestras del narcotráfico allí datan de 1980, cuando el Cartel de Cali hizo presencia por medio de testaferros que

presionaron con violencia la venta de tierras para cultivar coca, usaron haciendas de Llorente como centros de acopio y ejercieron soberanía en la recta Pasto-Tumaco.

El *Reporte de Drogas de Colombia 2017* apunta que en la actualidad es el municipio con mayor área sembrada de coca en el país: 23.148 hectáreas, que equivalen al 16% nacional en un territorio que ocupa apenas el 3,2% de la superficie.

Una hectárea de coca puede sembrarse con 15.600 matas que dan cosecha dos veces al año en promedio. Así, Tumaco tendría unas 361 millones de matas de coca produciendo, por cosecha, 45.000 toneladas de hoja. La hoja es la materia prima que se pulveriza y se mezcla con gasolina para crear pasta básica. Se compenetran, se funden los dos oros.

En un cristallizadero, a la primera pasta le agregan ácido sulfúrico, soda cáustica y amoníaco para obtener la base de cocaína. Lo que se esnifa es la base diluida en acetona y ácido clorhídrico, la cocaína pura. “Lo que se esnifa” es mucho decir. La cocaína pura es más de exportación. Lo de aquí se vende como perico, una mezcla rendida con trazos de cafeína y fármacos.

Cada hectárea cosechada puede producir cinco kilos y medio de cocaína, entonces, la sola materia prima de Tumaco podría abastecer dos veces al año a cada uno de los 17 millones de consumidores proclives de esta sustancia en Europa, con dosis de siete gramos para cada uno.

Una amiga, consumidora proclive colombiana, me cuenta que lo ideal es hacer rendir un bolsito de gramo de perico por lo menos tres días porque lo venden a cinco mil pesos, “pero es muy complicado”. La misma cantidad de cocaína pura cuesta quince mil.

Después de 1980 y del Cartel de Cali, no pararon de llegar grupos al margen de la ley que veían en Tumaco lo mismo: una tierra fértil para la droga, con salida al mar y alejada del Estado central. A mitad de esa década ya había presencia del Frente 8 de las FARC, venido del Cauca. Para 1999 los guerrilleros tenían control casi total de la zona hasta que en 2002 llegó el Bloque Libertadores del Sur de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC).

V.

-Ese cementerio está lleno de personas, de mujeres, prostitutas que robaban a los hombres o que los hombres se enamoraban de ellas y ellas no querían ir a dormir con ellos, y las mataban. Les decían «Camine y le pago tanto», ¿que no quiero?, la obligaban. Las dejaban ahí muertas en la cama.

-¿Qué hacían ustedes?

-A veces uno no podía ni llamar a nadie, sin saber uno cómo podía sacar esas pobres niñas. O si no ellos mismos las sacaban, las amarraban y las enterraban: NN's.

La droga como propulsora del conflicto armado colombiano, que para nada es el mismo de hace cincuenta años, determina sus nuevas dinámicas. Le da movilidad para que suba los escalones de un prostíbulo y se haga a la mujer o las mujeres que le parezca.

Rita Segato explica que la concepción de territorio ha cambiado en los conflictos modernos. Sin desestimar el valor de la tierra, dice que el poder ahora no pretende ser un ejercicio sólo sobre ésta, un control feudal. En cambio, se empezó a concebir como el control de las personas en tanto cuerpos, seres biológicos libres. Y es una transformación de paradigma que pesa más sobre quienes históricamente han sido victimizados por los guerreros: los cuerpos frágiles.

La violencia contra las mujeres en los conflictos armados a partir de mitad del siglo XX ha dejado de ser un efecto colateral para convertirse en un objetivo que tiene su motivación en la necesidad de comunicar un mensaje al enemigo, reducirlo a través de la intimidación. Y el medio más certero para despertar terror es la crueldad, la destrucción ilimitada que garantiza el nuevo orden.

VI.

La primera vez que veo a Amparo, no la veo en verdad. Es el último mes de 2017. El encuentro es fugaz y nervioso en un centro comercial al sur de

Cali. Ella tiene una historia de violencia sexual asociada al conflicto armado y yo intento explicarle de qué va este trabajo.

Es maternal sin exagerarlo, espontánea y se interesa por lo que quiero hacer, sin exagerarlo. Poco tiempo después, quizá un mes, iré a su casa a realizar la primera entrevista.

Es la misma casa de Ciudad Córdoba donde se paseaban las cinco mujeres de David. Rejas negras y antejardín con una mecedora solitaria de mimbre, donde sé que en cuestión de tiempo alguien se sentará a ver la tarwde. Son más de las 2, sábado. Me cuesta determinar si Amparo es alta o no, pero es grande, por sus caderas. A pesar de esconder los 61 años que tiene, sus brazos son los de una abuela: cuelgan pálidos y suaves en torno a su cuerpo. Lleva una blusa de tiras color verde militar, jean, sandalias, el cabello rubio con raíces oscuras y canas recogido. Un mechón por fuera le da cierta belleza súbita e infantil. Algo de lápiz blanco en los párpados, los labios secos, cuarteados, la piel dorada de apariencia sana.

Ese día hay alboroto en su casa. Me recibe una niña impaciente que resultará ser la hija de una de las mujeres que hacen parte de la fundación de Amparo, Funamujer, *“El Amparo para la mujer maltratada”*. Se encuentran trabajando en unos documentos para solicitud de vivienda al gobierno. Hay papeles y papeles con nombres, datos, vacíos. Amparo los aparta de su cama para hacerme lugar. Me pide que siga y me ponga cómoda, con su manera valluna de abrir las vocales y entonar la amabilidad en visos agudos.

Entro en su habitación, donde podemos hablar un poco más tranquilas pero disminuidas por el calor encerrado. Empiezo a sudar de golpe. Observo. Ahora pienso que ese lugar y cada objeto compactan su ternura y su tragedia: no hay ventana; una humedad ataca la pared al lado de la cama, impidiéndonos apoyar la espalda; la luz hace palidecer los colores, les da un tono clínico, impersonal: la cortina roja que cubre los compartimientos de una repisa secreta tras el televisor, el tendido naranja como una brasa, las bolsas plásticas llenas de ropa en el suelo, las rosas secas en el jarrón sobre el armario de ma-

dera rojiza que tiene escrito con marcador azul permanente “Amparo Arias. Personal autorizado”.

Más acostumbradas a la temperatura, fijas en la cama, me entrega el cuaderno guardado como una muñeca rusa, en una boina negra, dentro de una bolsa de tela, colgada tras la puerta de la habitación. Hace poco, en la última entrevista, me contó que lo había perdido. Ahora me cuesta creerlo porque recuerdo la importancia que tuvo en ese momento.

-Entonces esto es lo que te quiero mostrar... Mira, te voy a confiar cosas. Tú eres muy jovencita, pero ahí hay cosas muy dolorosas que escribí. Te estoy confiando algo mío, de mi vida.

El cuaderno es una herramienta narrativa y un grito ahogado. Le permite recordar con cierto orden y estructura. Le permitió escribir lo que su mente convirtió en desvelos. Está hecho de recortes de revista de farándula, como un collage de primaria. Aparecen modelos y cantantes en situaciones que Amparo asoció con lo que ocurrió en La Variante en 2016. Reconozco a Britney Spears en fachas. También estaban adheridas débilmente las hojas con los resultados de los exámenes de infecciones de transmisión sexual y VIH.

No pude descifrar las frases al pie de las imágenes, escritas a mano. Las letras se me escaparon todas. Es un objeto cosido, morado, 14x16 cm, difícil de sostener. Estuve observando la carátula marcada con “Amparo”, en tinta verde sobre cartulina blanca, como quien tiene que respirar antes de sumergirse en agua fría, hasta que ella me pidió que lo abriera.

VII.

-Cuando nos pasó lo que nos pasó, que nos vinimos de allá y nos quitaron las cosas y quedé en la calle, yo no volví.

-Pero sí regresó después...

Óxido en la piel

-En 2016 volví porque doña Carmen me dice a mí que coloquemos otra vez otro negocio pero ya en la frontera. Entonces allá me dijo que hagamos esto, hagamos lo otro. Pero entonces no me pareció viable.

-¿Qué era?

-Para llevar muchachas allá a la frontera con Ecuador, y me pareció que había mucho conflicto.

-¿Y para qué se las llevaban?

-Para prostitución.

El caserío sigue despierto a lado y lado de la recta. Las puertas abiertas, las luces encendidas, opacas del terciopelo de polvo que cubre esos pueblos sobre las carreteras, lugares inciertos en que los viajeros reparan desde la seguridad de sus carros con la pregunta de quién vive allí y la nostalgia de no llegar a saberlo.

Amparo y Carmen esperan una buseta que de Tumaco conduzca a Pasto, la capital, donde Amparo tomará un bus hacia Cali. Son cerca de las ocho de la noche, martes. Las familias juegan bingo y apenas empiezan a pensar en la comida.

Las dos mujeres han dejado de hablar del negocio, han dejado de hablar del todo. Amparo esperaba algo diferente. Va de regreso. Están al borde de la curva de doble vía que sale de la recta como una rama tosca y lleva al río Mira; la noche está teñida de sepia por las farolas de la cancha de fútbol de la única escuela de la vereda, tras ellas. El rumor salobre del mar es una sensación lejana; el aire fluye con la soltura del agua dulce, dirigiéndose a algún destino.

Carmen recuerda que dejó una olla en la estufa y, sin despedirse del todo, vuelve a su casa. Amparo se queda, con la cartera en la mano y la maleta en el piso. Nadie más la acompaña. La curva desde donde espera no permite visibilidad sino hasta que los carros la doblen. Oye una moto y ve que pasa de largo, hacia la recta. Tiempo después un carro que viene de allá y va hacia el río pero no lo hace. Retorna más adelante, en un punto ciego. Amparo distin-

gue a los dos hombres que descienden frente a ella sin ruido: los mismos que iban en la moto. Los reconoce por el color de las camisetas.

VIII.

Es jueves. Vuelvo a ver a Amparo varios meses después de la primera entrevista. A pesar de mi insistencia para encontrarnos fuera, la cita es en la casa.

En el antejardín, al sol, están sentados -casi puestos- su papá y David. El señor es senil, pequeño. David debe pesar ciento cincuenta kilos. Su piel es una crema morena desparramada en la pobre mecedora de mimbre. Mira de más. Ese día de semana tiene pinta de domingo, con Caracol Televisión de fondo y Amparo haciendo aseo. Dice que para recibirme.

Sólo está la familia. La mamá, más anciana que el señor, hace la siesta. Faride y sus dos hijas, Nicole y Valentina, se reparten en tres habitaciones, dos del primer piso y la del apartamento arriba. La otra hija de Faride, Katherine, vive en España. Tiene 22 años.

El apartamento lo construyó Fernando, el hijo mayor de Amparo, que se casó con una colombiana con residencia japonesa tras ires y venires de juventud:

-Fernando tenía marido. Un gay muy mayor para él: Óscar. Yo siempre le decía «Fer, vos qué le ves a un hombre, si a una mujer podés darle por delante y por detrás».

Son cuatro hijos en total. De diferentes padres, ninguno de David. Solo Faride vive en Cali. Fernando está en Japón con su esposa; Liliana, en Barranquilla, con su hija pequeña. De Jhon Edwin, Amparo sólo menciona el nombre.

Son cuatro nietas en total. Con Nicole y Valentina comparte el sino de la convivencia, pero tiene una relación cercana, de contemporáneas. Me cuenta una historia y dice que tiene que aparecer en este libro. Es sobre Nicole, la del medio, que de bebé estaba tardando en hablar y su abuela, la mamá de Amparo, palmireña hasta el tuétano, decretó que para que Nicole pronunciara palabra había que darle agua lluvia fresca en un mate de manjarblanco.

Óxido en la piel

Era el 24 de octubre de 2002, Nicole tenía poco más de dos años. Todos en la casa se le acomodaron alrededor cuando empezó a llover, esperando ver el milagro. Cayó una tormenta esa tarde. Amparo y Faride se tomaron el tiempo para buscar el mate. Salieron al antejardín.

-Cuando cae ese rayo tan hijueputa, ese estruendo que mató a los jugadores del Cali. Y yo de esa agua, le di a ésta. Dos sorbos. Ay, y cuando Nicole habla, gorda, Nicole te grita. Ella habla como un trueno.

“Un rayo mató este jueves al futbolista del Deportivo Cali, y ex jugador de la Selección Colombia, Hermann Carepa Gaviria. El hecho ocurrió a las 4:30 de la tarde, durante el entrenamiento del equipo en Pance, al sur de la ciudad, bajo una fuerte tormenta”, tituló El Tiempo.

De Valentina, me cuenta asuntos más recientes: sus novios, sus novias, sus preguntas, su libertad. También que fue a su papá a quien mataron en Llorente con veintisiete tiros concéntricos.

IX.

Dos hombres descienden del carro. Uno la toma, con más ventaja que violencia, y la sube. Es afro, macizo, joven. El otro, mestizo, de cabello crespo, se dispone a conducir como en un día normal. Le apuntan con un arma, le quitan el aire. Lo único que puede hacer para protegerse es abrazar su cartera. La maleta queda en el piso.

No logra calcular cuánto tiempo andan -es poco- ni en qué dirección -derecha, hacia Llorente-. Aparcan en campo abierto. La oscuridad es profunda, se traga el tiempo. Parece un sueño, un pensamiento. La bajan de un tirón y le empiezan a desgarrar la blusa. Lo único que puede hacer para protegerse es mirar el cielo. Hay luna llena esa noche y desde entonces.

No hay ciclo, no hay cambios, no hay lunas.

-Yo pensaba que ese tipo me iba a matar, cuando me puso el revólver, que me dejara, que me dejara. Y le decía al otro «hacele, hacele, hacele». Y el señor como que no quería.

Le tiran las sandalias para zafarle el pantalón.

-Uno era más atrevido y el otro casi no. Le decía «¡hacele, hacele, hacele!».

El de cabello crespo le sostiene los brazos y el otro está encima.

-Le decía «¡hacele, hacele, hacele!». El otro muchacho no quería. Pero él me sostenía, le decía «cogela», porque yo lo arañaba y lo mordía, «¡cogela!» y ahí fue cuando me pegó, porque yo de pronto entre mis cosas le menté la madre.

Le parten un diente.

-Yo le decía cosas también...

-¿Y después?

La violan los dos. Se cambian de lugar.

Recuerda más que nada la luna, un ojo blanquecino y ciego en medio del campo. Y el sonido del agua que corría cerca atormentándola con la idea de que, si se trataba de un río, allí la iban a tirar. Y su cuerpo desaparecería como miles en este país fluvial.

Mientras se organizan la ropa, ella se sienta y aguarda que algún final ocurra, pero se alejan en el carro sin voltear a verla.

Duda levantarse por miedo a estar herida, porque en algún punto dejó de sentir el tacto de los hombres. Ve su cuerpo inhabitado. Sólo se levanta cuando vuelve a reconocerse en él.

X.

Un amigo me enseñó hace poco una técnica de resucitación: presionar con fuerza la parte baja de las uñas u otra zona sensible; si hay respuesta al estímulo doloroso, hay vida.

-Las partes de atrás eran las que más me dolían, las nalgas, y me estregué las nalgas durísimo. Creo que hasta sangré, yo no sé si sangré o no, pero me estregaba duro con la arena.

Se le clavaron las piedras del suelo. Se le clavaron tan hondo que no ha dejado de sentir las.

El agua corría por una cuneta.

Amparo se lavó allí y se estregó con más arena para quitarse el olor ácido que los hombres le habían impregnado.

Otra mujer con quien hablaré más adelante me dirá que lo más despreciable, lo más difícil, es el olor de los verdugos, indeleble. La memoria es olfativa.

XI.

-Busqué la ropa, así, así.

Toca la cama con las dos manos a lado y lado del cuerpo recostado, bajo la luz timorata y límpida de su cuarto.

-Lo que veía, lo que yo sabía que por ahí había quedado y lo encontré. Encontré la cartera, toqué así, si de pronto se habían salido cosas, toqué, toqué.

Me alcanza con los dedos como si yo fuera el suelo donde yacía.

-Me senté un rato, así, así. Lloré, lloré.

Se tapa los ojos con las manos, se estremece.

-Le pedí a Dios...

¿Qué le habrá pedido a Dios?

-Después yo recogí... No recogí ni el brasier, lo único que recogí fue la blusa, me la puse, la ropa interior tampoco porque no sé dónde la tiraron, ni la encontré. Me puse fue el pantalón, me vine sin ropa interior, sin brasier, con la blusa, la cartera, sin zapatos.

Descalza, siguió el camino de la cuneta y esperó al borde de la carretera que la voz le volviera al cuerpo para pedir ayuda. Era posible volver a encontrarse con los dos hombres, era macabro, pero le sorprendió pensar que no era lo peor. Volver a ser víctima de una violación era un pensamiento leve.

Detuvo un carro cualquiera. Dio con un hombre que se dirigía a Pasto. Él quiso saber qué le había pasado, por qué le sangraba la boca.

-¿Peleó con el esposo?

-No, lo que pasa es que unos señores me subieron al carro...

-La atracaron...

-Sí, sí.

-Súbbase, súbbase.

Después de hablar un rato, a Amparo la fulminó el sueño. Dormir es un acto de fé.

Al llegar a Pasto la madrugada del 20 de julio, día de la Independencia de Colombia, el hombre la despertó para decirle que iban directo a la terminal.

-¿Qué va comer?- le preguntó al bajarse con ella.

-Un cafecito, para irme a bañar, ¿aquí hay baño para los viajeros?

Sólo podía pensar en asearse. Se puso la misma ropa, compró el pasaje con el dinero intacto en su cartera y subió al bus. Al lado se sentó una mujer joven que como los demás pasajeros reparó en que estaba descalza, a medio vestir y con la boca hinchada. En las catorce horas de viaje la mujer insistió en preguntarle qué le había pasado, le compró comida en dos paradas, desayuno y almuerzo, y le regaló un saco.

Amparo recuerda haber respondido con monosílabos, de cara a la ventana. Estaba exhausta.

-Yo no quería contarle a nadie nada, ni tampoco que me interrogara nadie. Yo trataba de que en el bus nadie me hablara.

Al llegar a Cali no fue directo a la casa de Ciudad Córdoba, sino donde una amiga. Aún descalza.

XII.

No me había detenido a pensar que también fue una niña. Que sus padres, más ancianos de lo que se puede resistir, fueron sus padres alguna vez y no entidades buscando alivio a un cansancio metido en los huesos entre los asientos y camas de la casa. Que ellos la calzaban con zapatos azules -sin talla, franja blanca, suela lisa, cordoncitos-, los de los primeros pasos.

Amparo nació en 1957, la primera hija del matrimonio y la tercera de su mamá; ella de Palmira, el papá de Florida. A Cali llegaron con Amparo de pocos días de nacida, a una invasión que para entonces no era siquiera eso, sino el preludio: La Isla, llamada así por la cercanía a un tramo hoy infecto del

río Cali donde los hombres se bañan en las orillas de nata gris y los muebles flotan al sol antes de hundirse.

Allí pasaron los primeros años de Amparo, los de ver nacer catorce hermanos y morir dos. Allí llegó la década de los sesentas con sus promesas escondidas. La familia se mudó al barrio El Rodeo en el Distrito de Aguablanca en 1963 y Amparo hizo la primaria en un colegio cerca. El bachillerato lo cursó en la Normal Departamental de Señoritas, “yo soy normalista”, porque su mamá quería que fuera profesora. Ella no, pensaba ser enfermera o doctora. Hablaba de esos sueños con su Luz Dary Montilla, su tocaya Amparo Panesso, su Alicia Quintero, su Marisel Peña. Los nombres evocan: cuerpos gráciles, en desarrollo; cabellos castaños, vírgenes, abundantes.

La única de esas amigas con la que sigue en contacto es Luz Dary, su protegida, la madrina de Fernando. Dice que era una flaquita poco brillante para las tareas y las excusas, mientras que ella siempre fue medalla de excelencia junto con las demás. Una relación sincera que tomó vuelo adulto cuando Amparo quedó embarazada a los dieciocho años, primer semestre de Química en la Universidad del Valle, de un compañero mayor que no respondió por el niño ni por el hombre. Dice que era hermano de un senador de la República y que ella tenía aires de Farrah Fawcett.

-No éramos pareja. Él primera vez y primera vez todo... Él fue el que me inauguró, imagínate. Yo nunca pensé, cuando hacía mis planes de niña... Yo nunca asimilé tener familia. Sería porque a mí me tocaba ayudar a mis hermanos porque yo era la mayor. Me tocaba con todo ese mundo de chinches lavarlos, bañarlos, limpiarles el...

XIII.

A veces parece ir en un barco agitado, de un lado a otro. Por momentos puede hablar de detalles, fechas, nombres: de certezas. Pero es más normal que se le escapen esas precisiones en la marea viscosa que es la memoria. Yo no lo impido, hablo poco.

-Ha cogido a decirle a las niñas que le muestren los senitos y les da diez mil pesos.

Pero claro que me hago preguntas. Pero claro que pienso en límites, en imposibles.

Lo más curioso de la casa es la forma en que los hechos violentos del pasado son asimilables como una prolongación de los días de ahora. No son una ruptura, *unantesyundespués*, sino un reverso constante en el tiempo.

Lo de las niñas me lo contó en la primera entrevista junto a otras quejas de David que aunque sonaran a ello, al desahogo de una mujer por las inconsistencias de un hombre, en realidad tenían el peso de la comprobación: más que un don Juan atrapado en un cuerpo descomunal, es un hombre violento, incapaz de reconocer los derechos de las mujeres que a esa edad aún son niñas.

Dijo que iba a sacarlo de la casa, que lo iba a denunciar. Por eso me sorprende verlo en la mecedora de mimbre ese día y que me salude con un “hola” largo, piropeado.

A Amparo la sorprende cada vez: David, el hombre detenido en el tiempo de otros hombres que nacieron y murieron antes y que seguirán naciendo. Un tiempo sórdido, sostenido y flotante: partículas de polvo en un eterno vendaval.

XIV.

En 1997 Amparo manejaba un negocio de comidas rápidas con una amiga, un carrito de asados y delicias que había aprendido a preparar en cursos de culinaria. El negocio, como todo rebusque, dejaba ciertos márgenes pero nunca lo suficiente. Su amiga le anunció que viajaría a España y que deseaba venderle su parte si es que no se animaba a ir con ella. Amparo aceptó pagar mientras pensaba en la oferta. El destino era una población pequeña, Orense en Galicia. Tal vez por el desapego que ya le despertaba David se decidió tiempo después, cuando su amiga ya había hecho tour por Europa y estaba radicada en Madrid con una pareja.

Óxido en la piel

Amparo viajó a Orense de forma legal y si hoy decidiera ir a España de nuevo, dice que podría hacerlo sin problema. Apenas llegó tuvo consciencia de las nuevas circunstancias: el negocio donde la recibieron no era un restaurante, como había mencionado su amiga, sino un bar que funcionaba en el subterráneo de un edificio de pocos pisos, en una zona comercial. El dueño le quitó el pasaporte, pero siempre le entregó un porcentaje razonable del dinero que ganaba con cada cliente. Algo como un *soft trafficking*, una captación no del todo coercitiva pues podría regresar a Colombia cuando completara el dinero del pasaje, si es que aún quería regresar.

De su amiga no volvió a saber. Son casos recurrentes los de los vecinos, amigos, familiares o parejas sentimentales de las víctimas que forman parte de la red de trata de personas, como primer eslabón.

Amparo se quedó trabajando en el bar poco más de un mes, sin sentirse de todo explotada pues además del dinero podía llamar a su casa, contar lo que le estaba pasando. David le decía “No, mija, tranquila que yo acá la apoyo”, y cuando ella le explicaba que estaba prostituyéndose en turnos de doce horas -de tres de la tarde a tres de la mañana- él volvía a responder, “tranquila, quedate allá”, como si la llamada fuera más para pedirle permiso que ayuda. En esos años no tenían problemas económicos serios y ella todavía se pregunta por qué su marido no se alarmó ante lo que estaba viviendo.

Es una pregunta que tendríamos que hacernos como sociedad porque hemos construido la idea de que la violencia que se “asume”, que se “acepta”, es merecida, incuestionable.

XV.

Hay un concepto, el continuum de violencia, que explica que los crímenes sexuales cometidos en medio de conflictos bélicos tienen su fundamento en la violencia estructural contra las mujeres que impera en las sociedades. El hecho de que la violación haya sido y sea un instrumento de las tropas para lograr sus fines -aunque éstos últimos hayan mutado- tendría que ver

con la frecuencia y naturalidad con que en tiempos y geografías de paz se cometen estos delitos.

-Entonces uno bajaba por la parte de atrás, pero ahí sabían que era un bar, la gente que vive allí. Entraba uno por un zaguán. Entonces yo llegué allá y sí, me tocaba que hacerlo y bastante. Yo no duré mucho, me fui para el médico, hablé, porque nos tocaba que ir a que nos revisaran, nos dejaban ir, el señor nos dejaba salir pero sin entregarnos los papeles. Entonces yo lo convencí, que si era que él me podía entregar el pasaporte porque era que yo tenía que ir al médico porque estaba muy mal, porque una persona que estuvo allá me había desgarrado, estaba sangrando demasiado y me dio hemorragia. Era un señor de Mozambique y me abrió como una gallina, horrible, eso fue terrible.

Le entregaron el pasaporte. Pronto regresó a Colombia.

“El machismo”, decimos como una forma de alivio. Sale tan fácil. Dos palabras. A veces su equivalente técnico: patriarcado. Una palabra. Lo demás está implícito con severidad. Que es violento, culpable, corrosivo.

El patriarcado es violento, una forma de alivio como concluir cuando hemos perdido algo que igual no tenía valor.

El patriarcado no es humano porque parece eterno, omnipresente. Una muletilla de la conciencia que nos revela la violencia como una cuestión ajena, en la que estamos inmersas -desde siempre- como víctimas, señalando hacia afuera.

Da la sensación que hablar de “patriarcado”, “capitalismo”, “sistema” se ha convertido en una forma de rendirnos, de dejar de buscar palabras.

Violencias letales **interpersonales** son aquellas cometidas por compañeros sentimentales actuales o previos, que causan la muerte de una mujer. La etiqueta general es feminicidio, un concepto nuevo en Colombia, popular desde 2015 cuando se promulgó la Ley Rosa Elvira Cely, llamada así porque fue ella la mujer violada, empalada y apuñalada en el Parque Nacional de Bogotá, y su caso el que implicó un cambio en la legislación para que el asesi-

nato de mujeres por ser mujeres tuviera condenas mínimas de cuarenta años, sin posibilidad de preacuerdos o rebajas de pena por aceptación de cargos.

Tal vez la novedad de la palabra y una mala costumbre hacen que la relacionemos con desamor o exceso de amor o enfermedad de amor o amor mal pagado: lo interpersonal. Sin embargo, en nuestro país -uno de los que presenta tasas más altas de feminicidio en el mundo- predomina la violencia por oposición, la **impersonal**.

Un poco contra todo pronóstico porque aquí las noticias sobre feminicidios tienen esa firma de autor que deja espacio al misterio de la relación entre víctima y victimario, al suspenso sentimental: que a Rosa Elvira Cely, de “treinta y cinco años”, la mató un “compañero” del bachillerato nocturno con el que “salíó” después clase, a las “diez de la noche”, a “departir”.

En Colombia, como en El Salvador, los feminicidios cometidos por parejas o ex parejas son apenas el 3% del total. En Francia y Portugal, países con tasas muy reducidas de este delito, son el 80%.

No es gratis. Colombia y El Salvador comparten la cicatriz de conflictos armados que se transformaron y entraron en las ciudades, como ácido a través de metal, después de diversos intentos de paz. Así, las violencias impersonales prevalecen en estos contextos para hablarnos de que la llamada violencia basada en género puede estar más arraigada en la guerra que en la tradición, o mejor, en las patologías que la muerte y la ruina incesantes del conflicto le han contagiado a nuestra cotidianidad: lo que se solía llamar “ira e intenso dolor”, que es en realidad la legitimación de una masculinidad pornográfica y asesina; lo que llaman “intolerancia”, que no es otra cosa que el abuso del poder; o la famosa “indiferencia”, que es simple y llano acomodo.

Decir que es el patriarcado el productor de estas violencias es como ponerle saco y corbata a la palabra, animarla con una maletita ejecutiva, convertirla en un sujeto sin cara. Es aliviarnos con la idea de lo ajeno, de lo que corresponde a quienes organizan el mundo como duendes perversos, cuando tiene que ver con un gesto nuestro, colombiano: el de estar a gusto y prospe-

rar en medio de la devastación, desconocer que la guerra nos ha alcanzado, que se tomó sus licencias plagadas de crueldad en el parque Nacional de Bogotá un día de 2012.

En ese sentido, hace falta una lectura más aguda de la dirección de la violencia, que aquí no va lineal desde la paz hasta la guerra. Ello podría ayudar, por fin, a comprender la importancia del desescalamiento del conflicto no sólo en la construcción de paz social, sino en la erradicación de la violencia contra las mujeres en contextos urbanos y domésticos, geografías que no han sido alcanzadas por los grupos armados pero que desprenden el tufo de la atrocidad: el hierro oxidado ebullendo del charco de sangre que refleja las primeras luces del sol y salpica el pasto con un rocío oscuro en el Parque Nacional.

XVI.

Amparo denunció la violación ante la Fiscalía el mismo año pero no ha habido avances en la investigación y ya dejó de esperarlos. También declaró para que el caso fuera incluido en el Registro Único de Víctimas (RUV) que es el sistema en el que deben inscribirse las víctimas del conflicto armado para acceder a medidas de asistencia y reparación. Amparo es una de las 28.559 personas que sufrieron delitos contra la libertad y la integridad sexual en la guerra.

Hay cifras que hablan de menos víctimas y de muchas más. Con corte a 2018, el Observatorio de Conflicto y Memoria del Centro Nacional de Memoria Histórica indica que 15.738 personas sufrieron violencia sexual en el conflicto, mientras uno de los estudios cuantitativos más citados sobre el tema, *la Primera encuesta de prevalencia de la violencia sexual en contra de las mujeres en el contexto del conflicto armado colombiano (2001-2009)* se refiere a 94.565 víctimas solo de violación.

El acceso carnal violento no es la única modalidad de violencia sexual. La encuesta también preguntó por la prostitución, el embarazo, el aborto y la esterilización forzados. Las cifras, desarticuladas como están -quizá por

lo que implican las diferentes formas de categorizarlas-, hablan de distintos grados de fatalidad pero ilustran la conclusión que la Corte Constitucional sacó en 2008 por medio de resolución judicial Auto 092: que la violencia sexual contra las mujeres es una práctica “habitual, extendida, sistemática e invisible en el contexto del conflicto armado colombiano”.

Invisible, que no se puede ver aunque implique algo de esta magnitud: en el conflicto han sido violadas tantas mujeres como habitantes hay en la capital del departamento de Arauca. Casi cien mil. Y cien mil mujeres son eso, metiéndolas en una ciudad, en un estadio, en varios salones. El periodismo y sus intentos de mostrar, de visibilizar lo desproporcionado.

Invisible. Un adjetivo que debe estar más relacionado con los niveles de impunidad que con el total de víctimas. De las mujeres que participaron en la encuesta citada, el 82% afirmó no haber denunciado la violencia sexual sufrida. Para el año 2008, la Defensoría del Pueblo estableció que el 81% de mujeres desplazadas que habían sufrido violencia sexual no denunciaron ese hecho ante ninguna institución. Sí el desplazamiento.

Eso en cuanto al subregistro.

De los casos denunciados se puede dibujar el panorama a partir de un informe de seguimiento al Auto 092. Éste último, además de definir la violencia sexual como una práctica habitual en el conflicto, ordena a la Fiscalía General dar celeridad a la investigación y sanción de un determinado número de casos remitidos en el mismo documento.

En los 191 expedientes seleccionados se señalan 201 presuntos autores. A la fecha del informe, 2011 -tres años después de la resolución judicial-, sólo 4 casos habían terminado en sentencia condenatoria; 14 habían sido archivados por inhibición de la Fiscalía o porque precluyeron, y la mayor parte estaban en etapa de investigación sin presunto autor vinculado.

El informe de seguimiento más reciente, el sexto, publicado en 2016 habla de un nivel de impunidad del 97% tras siete años de la expedición del Auto.

XVII.

En el marco de procesos de paz recientes el balance de justicia tampoco es positivo.

Según la Corporación Humanas, en las audiencias a los paramilitares que se acogieron a la Ley de Justicia y Paz, cuando se les preguntó por las violaciones y otras formas de violencia sexual que habían cometido dijeron no comprender por qué se hablaba de ese tema, “si esa mujer era mi novia”, “si era la pareja del comandante”, “si fue consentido”.

Según los datos de la Unidad Nacional de Fiscalías, a 2010 -cinco años después de sancionada la Ley 975 de Justicia y Paz- de 300.000 conductas documentadas como crímenes de las autodefensas apenas 650 correspondían a violencia sexual. Asimismo, de los más de 60.000 hechos confesados en el marco del proceso, sólo 40 correspondían a delitos de este tipo.

Los números permiten interpretar que la ocultación, más allá de responder a la cultura de la naturalización o a un gesto de vergüenza tardía, tiene sustento en las bases de lo negociado. La Verdad no es un eslabón del proceso de paz con los paramilitares, sino un concepto concebido con maña a la hora de admitir un delito que para nada es menor o que, más bien, ha dejado de serlo: la violación es un crimen de guerra, según el Estatuto de Roma, además de un crimen de lesa humanidad, mediante Resolución 1820 del 2008 del Consejo de Seguridad de la ONU y un crimen constitutivo de tortura y genocidio según el Protocolo de Estambul y los tribunales internacionales para la ex Yugoslavia y para Ruanda. Bajo estos estándares, entonces, el crimen sexual no es amnistiable ni indultable.

Según Humanas para 2015 existían apenas 5 condenas de Justicia y Paz por violencia sexual.

Cinco son los dedos de una mano.

Cinco las vocales que recitan los niños cuando están aprendiendo a leer.

El prontuario paramilitar en materia de delitos sexuales es tan cuantioso que debería tener un lugar en el relato elemental (en el paisaje) del

conflicto porque cómo olvidar que los hombres del Bloque Pacífico Héroes del Chocó violaron decenas de mujeres negras por divertimento racista. O que el Bloque Norte asesinó mujeres indígenas y luego pintó las casas donde aún vivían sus familias con grafitis que ilustraban violaciones por distintas cavidades del cuerpo, senos amputados y vientres abiertos, como parte de la estrategia para desplazar a la comunidad wayuu de Bahía Portete, Guajira. O cómo no pensar en la imagen de tres cuerpos femeninos quemados con insecticida y sepultados en las fosas que cavó el Bloque Central Bolívar como parte de su “escuela de la muerte” en Puerto Torres, Caquetá, creada con el único objetivo de encontrar métodos eficaces para la tortura y la desaparición. O en los testimonios entrecortados de las mujeres de El Arenillo, Palmira, cuando llegan a la parte de la historia en que un comandante del Bloque Calima entra a sus casas y les impone sus fantasías sexuales nauseabundas. Mujeres trasquiladas en plazas públicas, empaladas en campos abiertos.

XVIII.

En 2016 se estaba negociando otra paz, la del Estado y las FARC. Pero en Tumaco todavía se podían escuchar las conversaciones sicariales en cualquier heladería.

Los sustentos del conflicto no habían mutado desde 2004, seguían siendo la hoja de coca y su imbricado destino; en 2015 los cultivos de uso ilícito aumentaron un 39% en esa población y a la violencia le empezaron a surgir aristas, cabezas de Hidra mitológica: se formaron nuevas organizaciones como Gente del Orden y la Oficina Sicarial del Pacífico, ésta última con sede en Llorente, y las tradicionales como las Autodefensas Gaitanistas de Colombia y Los Rastrojos continuaron delinquiendo, al igual que varios grupos armados organizados sin identificar.

Lo que más preocupó a la opinión pública, sin embargo, fueron las acciones armadas de las disidencias de las FARC enredadas, por supuesto y más que nunca, con el narcotráfico mexicano.

El medio de comunicación *Pacifista* concluyó en una entrevista con la personera del municipio, Anny Castillo, que “El tema tiene en incertidumbre a los habitantes de Tumaco, para los que, con proceso de paz o sin él, el territorio va a seguir siendo un punto estratégico para el comercio de drogas y armas”. Lo resumió de otra manera la ex alcaldesa de Tumaco, María Emilsen Angulo, en una carta enviada al presidente Juan Manuel Santos en 2015, pleno apogeo del proceso de paz: “nuestra situación es ahora igual o peor que la vivida en los tiempos más fatigosos de esta crisis que originó el conflicto armado”.

Para finales de 2018, según el informe *Guerra reciclada* de Human Rights Watch, los homicidios en esta pequeña población del pacífico, de 210 mil habitantes, aumentaron un 50% comparado con 2017; un dato incoloro frente al júbilo gubernamental condensado en aquella frase que buscaba la rima libre y la posteridad: “A alias Guacho se le acabó la guachafita”.

La noticia del abatimiento del hombre más buscado en Colombia por comandar las disidencias de las FARC en el suroccidente del país, hizo que por primera vez pudiera escuchar, en la emisión central de un noticiero y de boca del nuevo presidente de la república, el nombre del municipio de Llorente. Era 21 de diciembre. Pensé en Amparo.

Si su violación aparece en el Registro Único de Víctimas es porque no hay manera de que algún hecho ocurrido en Tumaco esté aislado de lo que le circunda.

XIX.

La violencia sexual asociada a la guerra presenta unas dificultades en gran medida mayores para su investigación y sanción dado el carácter simbólico colectivo de los hechos. No es una persona, un enfermo o un monstruo, el que accede a la intimidad de una mujer, sino toda una estructura. Porque el crimen es de una violencia expresiva, un discurso que pretende dar el mensaje de quién detenta el poder.

¿Sobre quién recae la responsabilidad de una violación?

¿Sobre el o los individuos cuyas identidades se hace imposible conocer?

¿O sobre la línea de mando de la organización a la que pertenezcan, dato que también es difícil determinar?

Y, además, cómo cotejar, cómo saber quién es quién, cómo exigir un examen médico legal inmediato, cómo abrir un proceso, si alrededor sólo rugen las balas.

XX.

-¿Ella no te ha mencionado que fue trabajadora sexual y que su hija también?

No en esas palabras ni con esa corrección política, pero lo había mencionado.

-Pues también les sugirió a otras mujeres del proyecto decir que habían sido víctimas de violencia sexual, sin que eso les hubiera pasado- me contó la persona que me presentó a Amparo.

Me recomendó que fuera despacio, con la atención en el relato porque no era el único inconveniente que se había presentado con Amparo en el proyecto de la Misión de Apoyo al Proceso de Paz de la OEA que ella coordinaba y en el cual participaban mujeres víctimas de diferentes hechos del conflicto.

Ir despacio era insuficiente. Lo asumí como traición. Quise abandonar. ¿Qué significaba?: ¿que yo estaba escribiendo una ficción? No entendí cómo podía instar a otras mujeres a crear relatos sobre un hecho tan doloroso, como ella misma lo había esbozado para mí, como si fueran cosas de pasillo. Sentí que era terreno yermo. Quise abandonar.

No pude abandonar.

Regresé a su casa, irritada y aguda, dispuesta a corroborar el relato punto por punto, palabra por palabra: escuchar de nuevo ciertos fragmentos de la historia, captar qué era distinto esta vez, contrastar sus propias versiones,

enfrentarla. Memorice los detalles de las entrevistas pasadas, redacté el cuestionario y volví, entre otras razones porque ella es una víctima y sobreviviente visible en Cali, reconocida por su participación en procesos y organizaciones. No podía abandonar. Llevé unas tostadas integrales en caso de que el ambiente se pusiera raro, inexpugnable. Una bandera blanca: las veces que nos hemos visto en su casa no ha faltado el café de la tarde.

Es el último día de octubre de 2018. Cierra la puerta de la habitación tras de ella, dice que ya vuelve. Me quedo a oscuras, intentando conservar el brío, en ese lugar entre sagrado y a disposición que es su cuarto.

-Angélica, adiviná qué... ¡Hagamos comitiva!- y entra devolviéndome la luz de la sala, con dos pocillos que me extiende, luego un plato con masas fritas de trigo.

Invita a pasar para tomar una masa y un tostado a Sandra, la mujer del Centro Democrático que le está ayudando a dirigir la fundación, quien tiene la tarea de registrarla en Cámara y Comercio, caracterizarla y ponerla a funcionar con los aportes del partido.

-Entonces este es el rinconcito... Yo no lo conocía- dice Sandra desde la puerta.

Llevan varios meses trabajando juntas en la casa, pues la fundación no tiene sede.

Yo estaba prácticamente echada en la cama, con los dedos grasosos, sosteniendo dos masas al tiempo y tomando café rebosante, dulce.

Y lo entiendo, ipso facto, la frase que leí alguna vez aislada de contexto: *"No puedo aportar la realidad de los hechos, solo puedo ofrecer su sombra"*. Y la sombra encierra una paradoja en relación con la luz: son directamente proporcionales.

Amparo es generosa, desinteresada conmigo que sólo le prometí estas páginas a cambio. Lo sinuoso de la historia, lo oscuro, los vacíos, hipérboles, la filiación política del momento e incluso la invitación a sus compañeras para hacerse pasar por víctimas de violación, todo aquello tendría una base.

Óxido en la piel

Lo inadmisibles sería desechar el relato entero, las tardes de entrevista frente a frente en las que Amparo me dejó expurgar lo inenarrable.

Como a una niña que toma una rama para punzar un ave que está en el suelo.

Abandonar en nombre de la veracidad y el rigor periodístico hubiera sido un despropósito. Son valores de los que sospecho hace tiempo.

Hay un principio consignado en Ley de Víctimas, Artículo 5, Principio de buena fe, por el cual el Estado debe presumir que quienes dicen ser víctimas lo son.

La buena fe y el periodismo riñen tal vez porque en el imaginario de la profesión es la mala fe lo que impera en la sociedad, y la mordacidad lo que debe contrarrestarla, prevalecer.

O tal vez porque la buena fe es una decisión, un acto de horizontalidad, como sentarse junto a alguien. Sentarse nada más.

“No puedo dormir me siento sucia y me siento con mucho dolor en las nalgas y me siento que todavía alguien me persigue. Señor Dios son las 2 y media y quiero dormir Ayúdame no dejes que estos pensamientos vuelvan Dios por favor en ti me encomiendo”, leo en una página de la copia que Amparo le sacó al cuaderno antes de que se perdiera.

XXI.

La base de esas zonas oscuras del relato podría ser una mirada que se me escapa, una a la que había planeado recurrir pero no como salvavidas de sentido. Contacto a una psicóloga, Emilse, que trabajó en el Programa de atención psicosocial y salud integral a víctimas (PAPSIVI) del Ministerio de Salud, para preguntarle, sobre todo, por el trauma y sus efectos en la memoria y en la identidad.

-La violencia sexual es irreparable- anticipa cuando estoy por preguntarle algo concreto.

Y nunca lo había pensado. No después del trabajo de campo. Cómo llegar a imaginarlo si se trató de ir donde nos citáramos, escucharlas, admirarlas, despedirnos y luego volver a mi casa, en ese contraste salvaje que es el regreso a la vida segura, en la cual no ha existido una noche, ni una sola, de temer que en mi cuarto me alcancen manos indeseadas.

Las afectaciones de la violencia sexual constituyen límites de las dimensiones humanas -la física, la emocional, la familiar-, no por el trauma en sí mismo, por el hecho y su recuerdo, sino por la respuesta social, el modo como general y colectivamente afrontamos que una mujer nos cuente que ha sufrido un ataque sexual pues dicha respuesta está condicionada por el pudor y la culpa que envuelven la sexualidad femenina.

En este punto cabe reflexionar sobre el hecho de que el delito sexual linde con los terrenos de la sexualidad femenina, entendida como un ejercicio de disfrute. Hablar de una violación no debería tener la misma carga moral que hablar de la intimidad. Hablar de un crimen, denunciarlo, no debería equipararse -en ningún imaginario- con hablar de los momentos de claridad destellante que nos regala el cuerpo cuando es libre y cuando es propio. Emile me dice que aquellas representaciones son una consecuencia directa del desconocimiento de nuestros derechos sexuales y reproductivos.

Sobre el daño emocional, me cuenta que es en caída libre. La memoria y la identidad entran en crisis. Surgen dos preguntas que no dan tregua: por qué me pasó a mí y quién soy tras el hecho. Aparece la culpa, intermitente; el rechazo por la apariencia, por las formas.

El trauma tiene dos tendencias: la hipersensibilización o la anestesia. “Es algo que tú quieres sacarte con otra persona. Yo me volví gritona, irritable”. Amparo insultaba sobre todo a David.

De ambas tendencias se desprenden las dificultades para volver sobre los hechos y narrarlos respondiendo a las cinco W's.

Físicamente los efectos son dolores que el cuerpo recuerda contra su voluntad, a veces por medio de una herida, de una marca en la piel; a veces

mediante la somatización. A Amparo le quedó un escozor profundo en los glúteos, una especie de quemadura porosa como los corales. Cada mañana debe bañarse con agua fría y un exfoliante. El frasco medio vacío se me aparece cada vez que entro a su baño.

A nivel familiar la afectación es una grieta. Las relaciones de pareja tienden al fracaso porque se rompe el vínculo que une a la víctima y sobreviviente con su capacidad de disfrutar la intimidad.

-El daño podría afectar la vida sexual de forma permanente cuando no hay acompañamiento terapéutico o acompañamiento por parte del esposo.

También se dan casos en los que ese vínculo no se rompe pero se distorsiona.

La otra familia, la de padres y hermanos, puede generar prejuicios que se cristalizan en la evitación, en el silencio. Un silencio como el presupuesto de lo que está bien, de lo que es cómodo, de lo que mantiene el orden.

Con todo ello, le pregunto a Emilse si cree que el tiempo o la posibilidad de justicia punitiva pueden atenuar el dolor, a lo que responde que ni lo uno ni lo otro. El tiempo es una variable que se puede despreciar, pues no constituye -en sí mismo- un elemento reparador activo. Me explica que quizá lo más importante para una víctima y sobreviviente es el primer contacto, la atención que le brinden recién ocurridos los hechos, y que ésta siempre debe contemplar un enfoque diferencial, pues la comprensión de la subjetividad es lo que permite trazar una hoja de ruta terapéutica.

Sobre la justicia punitiva -esa que claman algunos sectores políticos, la que busca el encierro de la bestia en el calabozo donde subyacen las cosas que han dejado de ser humanas- me dice que si bien la impunidad constituye un factor degradante en muchos casos, su experiencia la ha llevado a creer que para las víctimas la justicia es una cuestión de dignidad humana, al igual que la paz. Para ellas, lo importante es dejar de sentirse ciudadanas de segunda por un delito que alguien cometió sobre sus cuerpos y esto va más allá de

una condena. La dignidad radica en la capacidad de comunicar su verdad y escucharla de voz de quienes perpetraron el crimen.

-Para la salud mental de un país lo más importante sería crear garantías reales para que la verdad se conozca y para que los hechos no se vuelvan a repetir.

XXII.

Otro café. Sus sombras junto a las mías. La luz blanca y caliente. Las preguntas deshechas.

Me cuenta de sus procesos, en los que participa y los que está llevando a cabo con la fundación. Es una víctima y sobreviviente visible en Cali, por lo que el Centro Nacional de Memoria Histórica la convocó hace meses para una investigación que es insumo en la construcción de la Casa de las Memorias del Conflicto y la Reconciliación, que se inaugurará este año en la ciudad.

En los últimos meses ha participado en un proceso que tiene la particularidad de ser un experimento guardado con secretismo. Es coordinado por la Vicaría de la Arquidiócesis de Cali y dirigido por un sacerdote reconocido en la ciudad. En ese espacio Amparo comparte salón con ex combatientes de las FARC y todos tienen la tarea de plantear proyectos productivos que la Arquidiócesis va a financiar.

Cuando intenté contactar al trabajador social vinculado al proyecto, quien está a cargo, evadió la posibilidad de reunirnos, quizá por la naturaleza exploratoria de la experiencia y entonces me quedé con los comentarios de Amparo y una de sus compañeras, también víctima y sobreviviente de violencia sexual: que es una actividad importante para la formación empresarial pero estéril respecto a la reconciliación, porque “ellos” siguen siendo “ellos” y “nosotras”, “nosotras” y nadie da el brazo a torcer.

Estaría por comenzar otro proceso al que fue invitada, una escuela de formación para mujeres víctimas de violencia sexual asociada al conflicto que será dirigida por Fabiola Perdomo, la directora territorial de la Unidad de Víctimas en el Valle. No ha decidido si participar pues en algún punto

estos procesos, que ocupan sus días y su mente, le han dejado sólo el vértigo de lo que termina pronto y la carga de tareas que se inician por gusto y se terminan por compromiso, como si necesariamente lo que se emprende de buena voluntad en este país tuviera que desembocar en una orilla burocrática y poluta.

Amparo quisiera que los procesos fueran un lugar de paso, un refugio para hacer el tránsito del trauma, la crisis, el duelo al mundo exterior. Creo que permanece en la idea de darse tiempo para volver a ser y que por ello evita salir de su casa. En su casa hace la primavera.

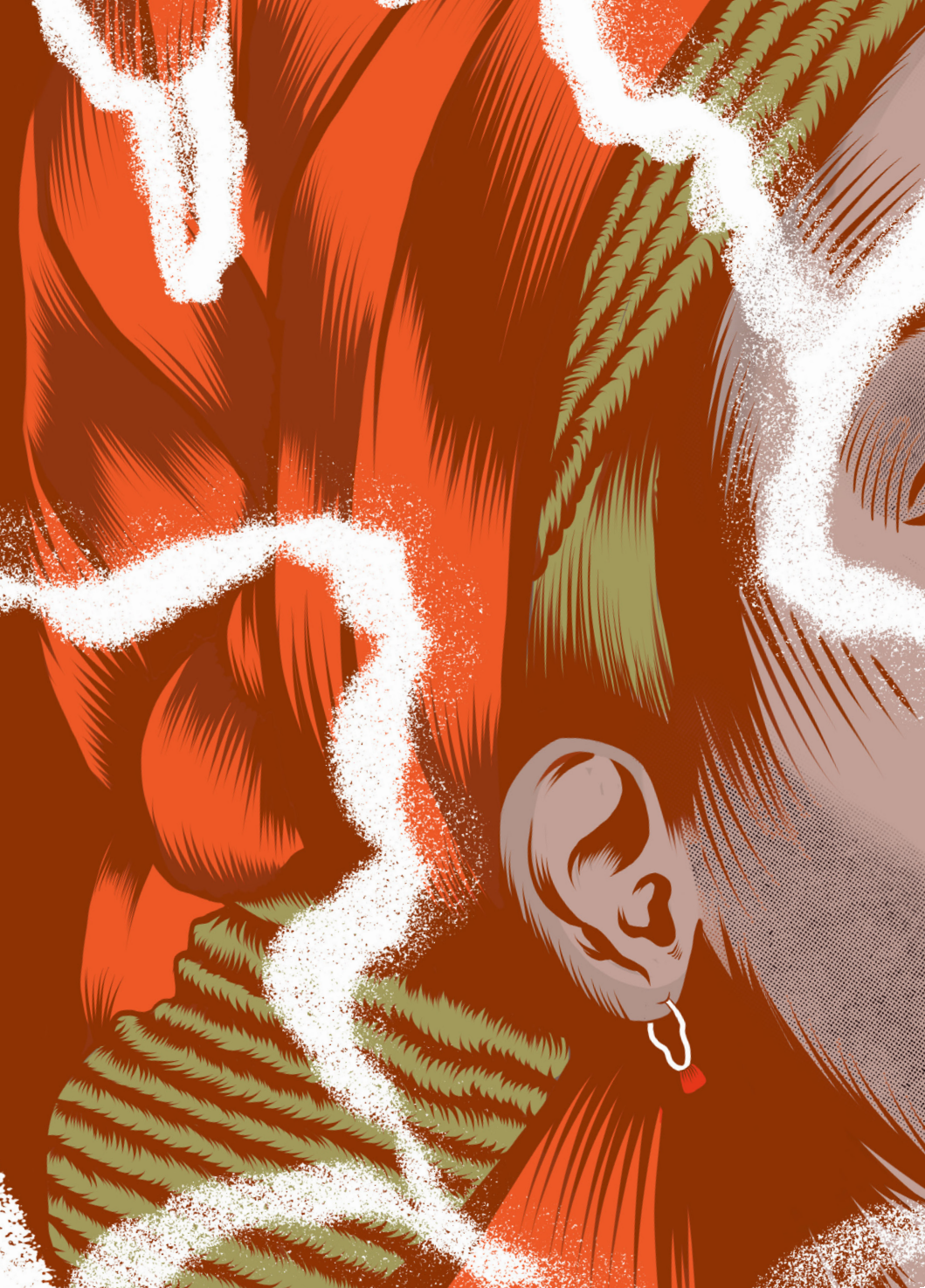
Mientras hablamos dentro de la habitación, la sala está ruidosa de niños vestidos de domingo, con camisitas a cuadros y blue jeans rectos y de niñas con trajes vaporosos adornados de cintas en tonos pastel. Ninguno está disfrazado, pero todos muy elegantes. Es Halloween y la fundación citó a las mamás con hijos pequeños para celebrar el día regalándoles una bolsa de dulces. Me alcanzan una porque alguna vez, no hace mucho, fui una niña. Los veo a ellos, acartonados, sin jugar, ahogando el llanto que causa lo desconocido. Sandra entrega las bolsas y pone a las mamás a firmar una planilla de control. Me pregunto si es para ellas o para el partido.

Apago la grabadora. La noche se siente caer. Paso a la cocina para despedirme de Faride, que me saludó al llegar. Y dice que cómo voy a irme, que ella está haciendo chocolate para todos: las niñas, David, los abuelos, Amparo, un primo que llegó de visita, Sandra. La olleta chilla a fuego alto y el pan se desmorona en una bandeja.

Cápítulo 1 Veintinueve días de luna llena

Capítulo 2

Entre tanto





Escrito desde el 17 de enero de 2019, día del atentado contra la escuela de cadetes Francisco de Paula Santander en Bogotá. A la mañana siguiente se señalará al ELN como autor intelectual y material. El gobierno decidirá levantarse de la mesa de negociación.

*No sin esfuerzo subí una a una
las escaleras de mi infancia.
Al llegar a lo alto encontré la puerta cerrada
deteriorada por el comején y el tiempo...*

Mary Grueso

*La lluvia. Mi padre. Miles de páginas.
La historia del amor*

Nicole Krauss

Litoral

I.

Las mujeres proyectan la voz para saludarse. Van llegando a la casa, invitadas. Una, dos. Afuera debe hacer un día húmedo entre el mar y el campo. Tres. Traen en sus manos gajos de hierbas que debieron recoger de camino. Cuatro, cinco. Los dejan sobre el mesón de la cocina que es sala y es comedor y es patio. Se acercan a la olla que debe hervir en el fogón. Seis, dos niñas, un hombre. La casa sin espacios vacíos, los cuerpos muy próximos se rozan la piel.

Pausa. Risas.

Otros hombres, otra mujer, fusil en mano, empujan la puerta, entran. Alzan la voz. No saludan, no son invitados. Traen las armas largas, rígidas. Se acercan a la olla, a las mujeres, las niñas, el hombre. Les ordenan tirar-

se al piso, arrastrarse hasta la puerta, salir, ¡salir! Les apuntan hasta verlos desaparecer en fila.

Pausa. Silencio.

El agua debe hervir hasta hacerse vapor.

Pausa.

Las mujeres, las niñas, el hombre entran de nuevo al escenario. Se acomodan.

II.

El lugar es hexagonal. Techo alto y paredes en ladrillo limpio. Está iluminado por el sol de las tres, disperso y templado, que atraviesa con dificultad los ventanales superiores y se desintegra antes de tocar el suelo. Los espejos verticales de ruedas y marco negro, uno junto al otro en un costado, dan un aire de solemnidad artística, de creación. Es la caseta comunal del barrio Desepaz, al oriente de Cali. Allí se citaron para ensayar: son tres hombres, el resto mujeres, todos afrodescendientes.

Erlendy se recuesta en el piso, de lado, con la cabeza sobre su bolso. Se siente fulminada por un malestar general. Al teléfono se oía mayor, dotada de la severidad de quienes agendan sus compromisos, pero es una mujer de rostro infantil, sin sombras: los pómulos altos y carnosos, los ojos oscuros y brillantes queriendo escapar por entre las pestañas como aves de paso, el mentón fino, de ángulo estrecho. El cabello en muchas trenzas y la ropa holgada que le queda ceñida.

A su alrededor se sientan las otras mujeres, las mayores, las más jóvenes, las niñas. Intentan hacerla hablar, le miman las trenzas. El acento cendecioso del Pacífico empieza a llenar el lugar de un arrullo vivo.

Hay que esperar a que lleguen todos los actores de la tarde. La conversación se va fragmentando en grupos y empieza a ser colosal en esa acústica. A las cinco, completos, las voces son una masa que hay que desintegrar para comenzar a repasar las puestas en escena: *Cuadros de la insignificancia*.

El primer cuadro es sobre un asesinato en el barrio Llano Verde. Llano Verde es un proyecto de vivienda para víctimas del conflicto.

Abre una enviada especial de noticiero que cubre el suceso con escrupulo. Dos hombres hacen de camarógrafos, sostienen un balde de pintura al hombro, encorvados y atentos. La periodista en estudio es Yina, hija de Erlendy, su misma cara. Mientras presenta el noticiero sus dos hijas, Kenia y Naiara, se entretienen con un cachorro hasta que les llegue el turno de actuar. “Tiene frío en la vejiga” les explica Erlendy, su abuela, cuando el perro no para de orinar por el salón.

Son miembros de la Asociación Nacional de Afrocolombianos Desplazados (AFRODES) y en este momento, sobre todo, actores aficionados. En 2016 montaron la obra con la dirección de un realizador audiovisual caleño y el apoyo de la Unidad de Víctimas, como respuesta a la exigencia de reparación simbólica que hicieron al Estado. El estreno fue ese mismo año, el 9 de abril -Día nacional de la memoria y solidaridad con las víctimas- en el Teatro Municipal y fue tanta la conmoción del público que algún organizador oculto los invitó a presentarse en la Feria Internacional del Libro de Bogotá al mes siguiente.

Han pasado más de dos años. Volverán a presentar la obra en un evento del Centro Nacional de Memoria Histórica en Buenaventura.

III.

El segundo cuadro, el de las mujeres, las niñas y el hombre termina con todos sentados en el piso, muy juntos, al lado de los espejos, en lo que debe ser una calle de ciudad. Alzan la nostalgia de sus voces para cantar, pero los cuerpos siguen desgarrados, lentos.

Nos desplazaron, nos desplazaron, nos desplazaron de Tura.

Erlendy con sus nietas en brazos pide limosna y tose mientras canta. La gripa empieza a encarnársele implacable. Todos cantan bajo la mirada de ciudadanos nerviosos, compasivos, ignorantes.

Cortan. Recogen la utilería pero dejan algo en el aire. Quizá el aroma ficticio de las hierbas falsas en el mesón.

El tercer cuadro vuelve a Buenaventura. Pone en escena la violación de una mujer a manos de tres hombres armados que la acorralan en un camino, cuando está por llegar a su casa. El cuadro se congela en el momento en que cae de rodillas y los hombres hacen el gesto de abalanzarse sobre ella. Entra otra actriz, inicia un monólogo. Todos inmóviles.

*Después de que fui violada,
herida y hasta muerta,
después de aquella tortura...*

*Pero pronto recordé
y enseguida yo me levanto con la pregunta del alma*

*Porque si allí me quedaba
eran tres tiros de gracia
porque así habían matado a mi vecina Pancracia
Cuando yo fui violada, mi mente estaba nublada*

*Y si un hombre se me acercaba
todo mi cuerpo temblaba
Y muchas veces en el suelo yo quedaba desmayada.*

*La gente angustiada, desde lejos murmuraba
unos que otros que gritaban
“¡Venga un doctor aquí!, que no se vaya a morir... Hay que ponerle cuidado
porque a esta mujer algo muy grave le ha pasado”*

Cuadros de la insignificancia es la historia completa de Erlendy Cuero Bravo: hija, madre, estudiante de derecho, líder social amenazada, primera página del diario Publímetro. La mujer que tengo al frente.

IV.

Nació en el corregimiento Ocho, zona rural de Buenaventura, en 1975.

Óxido en la piel

-Antes de que la violencia se agudizara, Buenaventura era un territorio donde se dormía con las puertas abiertas, no había que cuidarse de que hubiera ladrones, donde todo el mundo cuidaba a todo el mundo; los niños, el papá los podía dejar en una casa con toda la confianza, la alimentación se compartía. Uno comía y dormía en cualquier casa y la vida transcurría muy buena, a uno se le convertía la vida en juego, compartir con los abuelos, escuchar sus cuentos.

Sus primeros años los vivió en esa comunidad donde la gente salía a almorzar frente a la casa: se compartían entre vecinos, raspaban el pegado de la olla, charlaban de cuadra a cuadra.

Su mamá había muerto en un accidente de tránsito. La menciona sólo para hacer esa aclaración pues la memoria no le alcanza para más. Pero la imagen que guarda de su papá tiene un brillo especial como el de las horas medias del día en el agua limpia. Y el recuerdo es el de un semidiós tan alto que al mirarlo a los ojos, los suyos quedaban cegados por el sol, que la tomaba de la mano para ir de la casa a la finca, por las calles de arena y maleza, la vestía de niño -con botas, pantalón y gorra- y no dejaba de insistirle por el camino: “mija, yo quiero que usted estudie. Si usted estudia yo le voy a comprar esto y le voy a comprar aquello, porque yo tengo muchos sueños y quiero que mi hija sea diferente”.

Erlendy, de once, doce, trece años se quejaba de quedarse en la casa leyendo y no poder salir: “juega a tal hora pero mientras tanto se encierra a estudiar” le decía él. Siempre estaba comprándole libros. Le enseñaba lo que sabía. La vida en el campo como cultivador de chontaduro lo había alejado de la escuela pero poseía el don divino de contar historias. Reunía a los niños -hermanos menores, sobrinos, vecinos-, sus hijos de crianza, en torno a su voz. Así recompensaba a su única hija biológica después de una jornada de leer y devanarse los sesos de mala gana. La llamaba a la pampa -al patio cuando empezaba a anochecer. En el corregimiento Ocho no había electricidad: la oscuridad era un manto.

-Y cuando mi papá empezaba a echarnos el cuento de La Patasola todo el mundo se estaba esparcido, pero cuando terminaba... ¡todos estábamos apeñuscados! Porque era el terror más hijuemadre y todo el mundo pensaba que La Patasola y La Tunda¹ los iba a coger. Y eso era la cita seguida.

Después de los cuentos, los niños jugaban y corrían como atrapados en la brisa del mar. A las ocho, Erlendy iba a acostarse, cansada y leve, en la cama de su papá.

Nunca pudo explicarle a la niña que fue lo que sobrevino. Es el cuarto y último cuadro de la obra: un padre de familia asesinado al pisar tierra, con la pesca en la mano.

El mundo de las certezas, el reino de don Héctor Cuero -el enorme cultivador de chontaduro, el cuentero fundido con la noche- acababa allí, en su propia casa y a plena luz, cuando unos hombres entraron, lo acribillaron y lo dejaron agonizante hasta que Erlendy lo encontró. Era 1989 cuando quedó huérfana.

V.

-Lo mataron apenas iniciaron todos esos grupos del paramilitarismo.

La génesis de los paramilitares en Colombia se remonta, en el relato elemental, a las Cooperativas de Seguridad “Convivir”, cuadrillas de civiles armados legalizadas por el gobierno de César Gaviria en 1994.

El decreto de las Convivir implicó, en palabras de Salvatore Mancuso, “la privatización del paramilitarismo de Estado”, la alianza sellada entre políticos, fuerza pública y autodefensas contra un supuesto mal común.

En 1994 Erlendy tenía diecinueve años, el mismo rostro, un cuerpo frágil y la cicatriz del asesinato de su padre grabada en la mirada. Su primera hija recién había nacido y ambas intentaban regresar cada tanto a la casa de don Héctor, esa casa grande de maderas húmedas y piso de tierra, patio soleado,

¹ Leyenda de las poblaciones que tienen costa en el Pacífico. La Tunda es una mujer de mal aspecto y mal olor, que interna a niños no bautizados y a los hombres infieles en lo profundo del monte.

noches plenas, pero las amenazas de muerte las arrojaban de vuelta a Cali, la ciudad a la que Erlendy llegó desplazada en 1989: donde conoció al papá de Yina y tuvo que trabajar en casas de familia para comer y alimentarla.

Pero la historia de los paramilitares como fuerza civil paralela a la estatal es más antigua: el Estatuto de Seguridad de Julio César Turbay -1978-1982- dejó intersticios para que la gente pudiera armarse contra las guerrillas y aun antes, “desde 1965 la ley permitía al Estado reforzar a grupos de civiles que se estuviesen defendiendo del *comunismo armado*”².

Diez años antes del nacimiento de Erlendy. Y tres años después. La condena estuvo ahí desde siempre aunque Erlendy y don Héctor no tuvieran nociones del *comunismo armado*.

En la década de los ochenta surgió la primera organización paramilitar reconocida: las Autodefensas Campesinas de Puerto Boyacá, conformadas por ganaderos que decidieron hacer frente a los crímenes de las guerrillas y que se envilecieron después -amparados por la ley- y crecieron por el Magdalena Medio y se aliaron con los capos del Cartel de Medellín.

El freno lo había puesto Virgilio Barco -1986-1990-, predecesor de Gaviria, con una serie de decretos que penalizaban la conformación de grupos de esta naturaleza y el auxilio de las fuerzas del Estado a los mismos.

En ese sentido, el decreto de las Convivir fue una maniobra de resucitación que ignoró lo que para el anterior gobierno había sido central: el accionar de los paramilitares de Puerto Boyacá dejó de ser un asunto soterrado, llevadero, útil, para convertirse en una serie funesta de acciones públicas dentro de las cuales se contaban los homicidios que desahuciaron a la oposición del país: Jaime Pardo Leal, Luis Carlos Galán, Bernardo Jaramillo Ossa, Carlos Pizarro y el exterminio de más de tres mil líderes de la UP.

Además, los hombres de Puerto Boyacá que empezaron a multiplicarse y llegaron a ser conocidos como Autodefensas del Magdalena Medio

2 María Teresa Ronderos. Guerras recicladas.

cometieron múltiples masacres. La más conocida, quizá, la de La Rochela, Santander, ejecutada por el jefe de la organización, Henry Pérez, sus hombres más cercanos y su esposa, que torturaron hasta la muerte a diecinueve contrabandistas por sospechar que cargaban armamento para la guerrilla y luego ordenaron el asesinato de la comisión judicial que viajó a la región para investigar el hecho. Era enero de 1989 y, entretanto, a más de 800 kilómetros, don Héctor Cuero empezaba a presentir que se convertiría en un fantasma.

Las Autodefensas del Magdalena Medio y una organización aliada llamada Muerte a Secuestradores (MAS) dejaron unas once mil víctimas en el país en sus años de operación.

Lo de César Gaviria fue pensar una secuela.

VI.

El decreto de las Convivir entró a robustecer la Casa Castaño -las de Autodefensas Campesinas de Córdoba y Urabá (ACCU)-, una organización antisubversiva fundada por los hermanos Fidel, Vicente y Carlos, discípulos en el extinto proyecto de Henry Pérez. Desde 1994 hasta 1997, año en que fueron ilegalizadas las Convivir, los nuevos paramilitares actuaron cobijados por la ley.

Luego, escindidos en apariencia del Estado, hicieron metástasis a otras regiones y se inauguraron en cada población con masacres y asesinatos selectivos. Las autodefensas presentes bajo diferentes denominaciones en varios departamentos armaron una confederación identificada con la temida sigla AUC: Autodefensas Unidas de Colombia. Los Castaño tomaron las riendas del plan que además de unificador, por voluntad de Carlos buscaba un estatus político.

La idea de confederación los obligaba a expandirse y tener brazos en todas las regiones con el doble propósito de exterminar guerrilla y hacer alianzas financieras con los narcotraficantes, los que movían el capital en el país. Ningún estatus político.

Uno pensaría que llegaron al Valle del Cauca porque era el departamento de las dos condiciones: las FARC reinaban en estas tierras desde inicios de los 70, ejercían su poder en zonas con ausencia de Estado. Y las drogas aquí, como en Medellín, eran un secreto a voces. Cali tenía su Carテル y había otro, enfrentado, en el Norte del Valle. Guerra y droga, droga y guerra. Un porvenir.

Sin embargo, las versiones libres de alias Hernando Hernández, HH, hablan de cómo tanto los empresarios de economías legales como los mafiosos hicieron lo propio para atraer la atención de los Castaño y solicitar hombres para la región: vigilancia privada.

Era el último año de la década de los noventa cuando el ELN realizó un secuestro masivo en la iglesia La María, ubicada en un sector campesino y exclusivo de la ciudad. Más de 180 feligreses, entre ancianos y niños, fueron retenidos y llevados a la parte alta del río Naya, zona rural de Buenaventura, en una travesía de selva inmisericorde que aún hoy, veinte años después, es arriesgada.

Ante el poder militar que exhibían los guerrilleros, HH narra cómo en el año 2000, Édgar Lenis, un empresario vallecaucano que había sido presidente de Avianca y para entonces era gerente de Pastas la Muñeca se reunió con Carlos Castaño en límites entre Córdoba y Urabá, junto a representantes de algunas familias boyantes y preocupadas por su seguridad, que afirmaban compartir apellido con algunos de los secuestrados de La María. En ese diálogo se creó el Bloque Calima de las AUC, el del Valle del Cauca, comandado finalmente por “su hombre de guerra predilecto”, el mismo HH.

De parte de los capos, cita el informe del CNMH *Buenaventura, un puerto sin comunidad* “quien estaría más directamente implicado con la llegada del Bloque Calima al Valle del Cauca es el narcotraficante Diego León Montoya, alias Don Diego, junto con Luis Fernando Gómez alias Rasguño”. E incluso se llega a afirmar, basado en las informaciones de la Fiscalía, que fue Don Diego quien financió los primeros meses de los pa-

ramilitares en tierras vallecaucanas -“dineros para la nómina, material de intendencia y armamento”- a cambio de que le cuidaran los laboratorios de procesamiento.

La llegada oficial de las AUC ocurrió en el año 2000, y específicamente a Buenaventura llegaron un poco después, en mayo del mismo año, también por auspicio de grandes y medianos empresarios y del narcotraficante alias Gordolindo, quien patrocinó el primer grupo hasta que éste se volviera autónomo en sus finanzas. En la zona costera del Valle, el Bloque Calima formó el Frente Pacífico, sobre el cual aún pesa la duda de su desmovilización en el marco de Justicia y Paz.

VII.

El relato de memoria que se ha construido en torno a la confederación paramilitar habla de esas fechas oficiales posteriores al 97, y de su llegada al Valle en el 2000, pero está dicho que casi cuatro décadas antes la moral colombiana se había sometido a tanto fuego que había terminado por ser una materia viva, maleable, y que como pueblo habíamos terminado por aceptar los crímenes de un paraestado y la idea de que unas vidas -y unas muertes- valían más que otras.

Erlendy sabe bien que a su padre no lo mataron guerrilleros de las FARC ni agentes del Estado, los dos grupos armados de los que se tiene registro en Buenaventura para la época del asesinato. Y no hay manera de argumentar algo distinto cuando menciona que su mundo se desmoronó. Desmoronar es “destruir poco a poco una cosa inmaterial”.

-La muerte de mi papá, que me lo asesinaran y tener que llegar a recogerlo, encontrar a mi papá agonizando, a mi figura porque mi mamá se había muerto... Mi papá era muy buen padre y como que la vida se me iba ahí en las manos siendo adolescente... Verlo morir, creo que eso quedará en mi cabeza por siempre. Después tuve que vivir el ser abusada, sacada de mi territorio cuando yo no he sido una persona dañina.

VIII.

Luego del asesinato, Erlendy cayó en un desplazamiento intermitente y terco. Tenía catorce años. Su tío fue quien la recibió en la ciudad y se hizo cargo sin formalidades porque ya era responsable por sus hijos.

Desde el primer momento Erlendy tuvo conciencia de su etnia, de lo diferente que podía ser un territorio sin orillas; de lo diferente que podía ser ella cuyo único deseo era volver a mojarse los pies en la marea mientras a su alrededor las personas, incluida su familia, corrían hacia lo que parecía ser el futuro, levantando del asfalto una fricción tensa que les quemaba los propios pasos.

En 1991 pudo volver a la casa de su papá y logró sobrevivir al miedo cerca de los recuerdos. Siguió viajando a Cali. Quedó embarazada de Yina a los dieciocho años. Luego de Álex. A su primo Alci lo mataron y en el entierro, en Buenaventura, intentaron matarla a ella. Lo último fueron las violaciones. Dos episodios a manos de hombres del Frente 30 de las FARC.

Se fue de Buenaventura para no volver.

La migración es la última opción del ser humano.

IX.

«Yo no hablo mucho de esto... Es uno de los temas que duelen más. Porque hablar de violencia sexual es que en nuestros territorios eso se volvió normal, para muchos de territorios de campo, que están en las zonas rurales, se volvió un tema normal. Allí las mujeres deben estar prestas y el cuerpo se utiliza como instrumento de guerra. Y no se consideraba esto tampoco como un delito.

»Hay unos términos que hacen que la mujer se vea como culpable. Usted además de todo lo que ha vivido, es la culpable. Empieza la estigmatización y finalmente los otros hombres empiezan a ver las mujeres como... en Buenaventura le decían “la vaca muerta”, “la hueca” para que nadie se le quisiera acercar, porque con esa mujer no se puede tener... no es digna ya.

»Va marcando la afectación para uno, no solamente el hecho, lo que ha significado para uno el dolor cuando alguien te pone la pistola y te tiene que forzar, sino, de ahí, cómo te tenés que quedar y tragarte lo que estás sintiendo porque si decís pues finalmente va a ser peor. Si contás nadie te va a entender porque es la normalidad. Y que si te pasó, si fuiste a una rumba o a bailar pues bien hecho que te pasó porque tenías que estar dentro de tu casa.

»Uno no tiene derecho a decidir nada. Y en los territorios aún peor.

»Después uno siente que no vale nada como persona. Uno considera que a cualquier persona debe agradecerle que se fije en uno. Hay mujeres que terminan dedicándose a la prostitución, porque finalmente, ¿qué importa ya?, otras que deciden no volver a tener pareja.

»Sé que es un tema que no ha parado conmigo, que tengo que trabajarlo porque si a mí un hombre me habla duro, yo le meto la mano. Es complicado mantener una vida de pareja. Es complicado relacionarse... Desconfianza. Por lo menos yo con las niñas desconfío de todo el mundo. Kenia que es la mayor, y la que siempre anda conmigo, a veces se queda con mi hijo y yo le pregunto a la niña de todo del rato que la dejo, y que conozco a mi hijo y sé que es incapaz de hacerle algo a la niña pero yo no puedo quitarme... Entonces si a la niña la dejo una hora con él, yo a la niña le digo: ¿su tío la bañó?, ¿usted con quién se bañó?, ¿su tío la tocó? Y yo todo el día le estoy haciendo preguntas y la niña me dice “mami, noooo”. Pero yo tengo miedo. Se vuelve un interrogante que efectivamente yo a veces no sé si le hago bien a la niña o si le estoy haciendo mal... Y con mi hija era la misma situación.

»En los peores momentos acá yo me retiré de un trabajo porque una vecina me dijo que un muchacho estaba pasando por la casa a jugar con Yina. Yo no tenía qué comer. Pero yo decía a mi hija no la dejo, porque ¿qué tal que me la abusen? Entonces es una carga física, porque uno no va a desprenderse de lo que le pasó, pero también es la carga emocional, el miedo permanente, la destrucción del derecho a uno ser mujer. El sólo hecho de que no permita, de que no pueda tener una relación con un hombre tranquila porque uno

está con desconfianza o alguna cosa uno se siente agredido, si me habló o me miró de tal forma.

»Yo soy una mujer vanidosa, parte de eso, y todos los vestidos me los pongo con unos *shores* abajo. Y por primera vez lo estoy diciendo... Muy poca gente sabe eso. Yo me pongo una falda y tengo que tener un *short*. Puede ser la fiesta más elegante. Tengo de toda clase de *shores*, porque yo me siento insegura si voy en una falda que no tenga algo más que me proteja abajo, porque yo digo en algún momento salgo o algo y me tiran al piso... Entonces es una carga emocional que es muy fuerte, de uno no poder dormir, de uno no poder olvidar».

X.

La violencia sexual cometida por combatientes de las FARC parece constituir un tabú mayor que el de la violencia sexual per se. Fue evidente a lo largo de los diálogos de paz en La Habana -es evidente ahora en medio de las objeciones que el presidente Iván Duque le hace a Jurisdicción Especial para la Paz-. Y de hecho, han sido las mujeres ex combatientes quienes se han dividido en bandos para exponer y para negar el misterio que constituyen estos delitos para la organización.

“La violencia sexual en las FARC-EP es un delito de suma gravedad, no solo internamente sino también hacia fuera. Quien cometa este crimen, es sometido a un consejo de guerra, donde puede ser castigado con la pena de muerte, si la asamblea guerrillera así lo decide. Por tanto, nunca ha sido ni es una táctica de guerra para nosotros, es algo que es reprochado dentro de nuestras filas”, contó Tanja Nijmeijer, “la holandesa” a Agencia Prensa Rural en 2015.

Ella y otras ex combatientes se agruparon en Mujer Fariana, iniciativa de la negociadora de las FARC Victoria Sandino, una de las primeras mujeres en llegar a La Habana.

En 2016 -previo a la firma del Acuerdo Final y al momento de presentar los resultados del trabajo de la Subcomisión de Género- Sandino se fue

lanza en ristre contra el entonces fiscal encargado, Jorge Fernando Perdomo, por “sacar a la luz” los resultados de un informe en el cual se señalaban más de 200 casos de violencia sexual dentro las FARC, en su mayoría contra menores reclutadas.

Es todo menos una primicia, y de hecho ex comandantes que se acogieron a Justicia y Paz han hablado de una parte de esos crímenes, los que tienen que con los derechos reproductivos. Alias Martín Sombra confesó que la prohibición de la maternidad era una norma estatutaria de las FARC y que en caso de embarazo el aborto era obligatorio. Señaló a Mauricio “El Médico”, negociador en la Habana, de ser quien practicaba los procedimientos.

Elda Neyis Mosquera, alias Karina, también habló al respecto en su versión libre. Confesó que participó en la ejecución de tres abortos y que de hecho practicó uno ella misma, pues como comandante del Frente 47 debía encargarse de sus subordinadas. En 2018 se declaró también víctima por medio de una carta enviada al periodista Herbin Hoyos, quien dirigió la constitución de Rosa Blanca, una corporación de mujeres ex combatientes, víctimas de violencia sexual por parte de la tropa. Rosa Blanca es la contraparte de Mujer Fariana.

Según un testimonio contenido en el Informe Nacional de Violencia Sexual -*La guerra inscrita en el cuerpo*- publicado por el CNMH en 2018, Raúl Reyes solía pedir que se incluyeran niñas recién reclutadas en su escolta personal. La mujer que brinda el relato tenía 9 años cuando pasó a ser parte del grupo armado. Sus compañeras no eran mucho mayores. La exigencia sistemática del comandante tenía por objetivo la violación de las menores bajo presión y agresiones.

Respecto al informe de la Fiscalía, Sandino afirmó que el ex fiscal Perdomo, como cabeza de la institución, desconocía mediante esos pronunciamientos -cuyo objetivo era la remisión a la JEP- “la autonomía de las mujeres, su derecho a decidir y a hacer parte de un proyecto político revolucionario”.

En este punto la pregunta es si la decisión fue en todos los casos eso, un asunto de voluntad. Y si aquello, la voluntad de unas niñas, de unas adolescentes, de unas mujeres, legitima las prácticas de violencia sexual. Si la violencia asumida deja de serlo, atomizándose en una nebulosa de valores como el sacrificio y el sentido de pertenencia a una organización.

Sandino no fue la única que protestó por el surgimiento del tema, tabú supremo, en medio de la coyuntura del proceso de paz. Alias Antonia Simón Nariño afirmó que los pronunciamientos de la Fiscalía atentaban directamente contra el desarrollo del proceso e impedían la reconciliación de los colombianos. La paradoja es que con esas afirmaciones desconoció la orden de la Corte Constitucional a la Fiscalía -mediante el Auto 092 de 2008- para que investigue, juzgue y sancione de manera prioritaria los delitos contra la integridad y la libertad sexual en el marco del conflicto. Y desconoció que la Verdad -como primer paso hacia la reconciliación- es un compromiso con todas las víctimas: también con las niñas rurales que se hicieron mayores en sus filas.

Tanja Nijmeijer también ha defendido esta postura de autonomía y libre albedrío de las mujeres en el proyecto revolucionario de las ex FARC, a pesar de que en su diario personal -hallado en una operación militar- es completamente abúlica frente a la cotidianidad de las inequidades de género al interior de la organización.

“Dos camaradas en nuestra unidad tienen sida —tal vez hay más—. Aquí nadie usa condones. La muchacha contagiada no entiende lo que eso significa. Me dio la noticia con una gran sonrisa. A su novio tampoco parece importarle. Aquí todos cogen tanto que probablemente toda la unidad se irá al diablo”.

No es más que la comprobación de que la política reproductiva recaía entero sobre las mujeres, con todas sus consecuencias. No es más que la contradicción de una Tanja pública y una Tanja privada.

Pienso en un documental que vi hace poco, en el que se narra la historia de un artista colombiano que sin necesidad y sin conciencia se metió al ne-

gocio del narcotráfico y fue apresado en Estados Unidos. Al regresar a Colombia, con su familia, jamás admitió ante ellos lo que la evidencia demostraba y argumentó que se trataba casi de una conspiración para joderlo. Hizo como si ese año preso hubiera sido un viaje largo de negocios y la familia inmortalizó la vergüenza en un silencio insondable. La directora del documental, nieta del hombre, se pregunta por qué, si “nombrar lo innombrable permite hablar de lo importante”, de lo complejo.

Si el silencio es vergüenza o soberbia, si es falta de interés o el reflejo del egoísmo de un par de revolucionarias educadas en la universidad o de toda una cúpula frente a sus compañeras rasas y campesinas. Si el silencio es miedo, adoctrinamiento, enajenación. Si el silencio es un cristal que trasluce la verdad pero la encierra. Si la verdad está en el silencio. Si la única posibilidad de justicia es esa verdad, ¿qué hay que hacer entonces con ese silencio de cristal?

A 2017, el Observatorio de Memoria y Conflicto registró que las víctimas de violencia sexual de las guerrillas en Colombia ascienden a 4.722.

Según el informe más reciente de Fiscalía sobre violencia de género y sexual perpetrada por las FARC, entregado en agosto de 2018 a la JEP, unas 945 sobrevivientes han denunciado el hecho.

Erlendy no aparece en estas cifras.

XI.

«Yo nunca he ido a pedir mi indemnización por violencia sexual. Pero hay gente que lo que está haciendo hoy es declarando violencia sexual simplemente por acomodarse a un recurso económico, no porque lo hayan vivido. Y eso ha pasado también con el desplazamiento y ha pasado en todos estos hechos victimizantes: la gente simplemente ve allí una oportunidad de conseguir cosas. Las comunidades, como nunca han tenido derecho a nada y los pocos derechos se consignan en las víctimas, entonces por eso se meten. Yo diría que ese registro de víctimas, de ocho millones de personas, más de

tres millones no lo son. Además que algunas de las verdaderas víctimas no han podido registrarse.

»Y la ley no está cumpliendo con los que son: ¿a cuántas comunidades se les han devuelto sus tierras y cuántas de ellas han podido quedarse a hacer uso? Sobre la reparación integral, como su nombre lo indica, tiene varios componentes, el psicosocial es uno, pero lo que más interesa es la compensación económica. La ley define unos montos. Si a mí me desplazan antes del 22 de mayo de 2008 yo tengo derecho a 27 salarios mínimos. Posterior de esa fecha tengo derecho a 17 salarios mínimos. Pero además la ley plantea que los menores tienen derecho a la indemnización pero la plata va a una fiduciaria, que nadie sabe cuál es, hasta que cumplan la mayoría de edad.

»A la fecha se habrá indemnizado a menos de un 30% de la población desplazada. Y en el orden de atención no se ha priorizado a los que declaran primero sino a los que tienen derecho a 17 salarios mínimos. Además de las familias que más hijos tengan, pues representan más dinero en la fiduciaria.

»La Unicef propuso que se haga entrega de los recursos a los muchachos cuando cumplan la mayoría de edad, pero sin ningún tipo de acompañamiento para que desarrollen un proyecto de vida. Yo lo sé, yo lo he vivido, los deseos de los muchachos no van más allá de comprar la moto, consumir drogas, meterse en problemas, nunca la educación. Es que nuestra gente no sabe y no tiene por qué saber.

»Y entonces el muchacho compra su moto, compra su fierro, se tira a la rumba, se compra toda la ropa y todas las zapatillas que hace rato ni soñaba... Eso no sirve, para ninguna familia sirve ese modelo. Lo que genera es un problema. Y eso lo hablamos con Unidad de Víctimas, a nivel nacional, lo hablamos aquí: que no que el protocolo es así y así se queda, porque los hijos de ellos no son los del problema. Porque un muchacho que ha vivido con tantas carencias, cuando le llega el recurso se enloquece, porque cree que eso es una millonada.

»Los funcionarios no entienden estas realidades.

»Otro ejemplo: a mí en mi casa nunca me acostumbraron a andar mal vestida ni fea ni, decimos nosotros en Buenaventura, “con la pata rusia”. Entonces aquí usted normalmente para que el funcionario lo atienda bien tiene que llegar en un término que dé lástima. La primera vez que yo entré a la UAV, cargaba un celular que me había regalado mi tío y me dijeron que yo no podía entrar porque no parecía desplazada. Y yo decía “¿y qué es un desplazado? ¿Y yo cómo debo andar ahora?” Y hoy persiste el imaginario de que para ser atendido en la Unidad de Víctimas usted debe ir sin bañarse, como se levantó, con los pelos parados, con la ropa rasgada, para aparentar que es un desplazado y que necesita ayuda.

»La situación es más difícil con los funcionarios cuando saben que usted cuenta con una nevera y un televisor. Aunque ambos aparatos electrodomésticos se han convertido en una necesidad humana. El televisor, cuando hay niños en la casa y deben quedarse solos, encerrados. Cuando llega la primera ayuda normalmente la gente corre a comprarse su televisor y su neverita, porque así sea que sólo tenga para comprar los huesos de costilla en la galería, en la nevera aguantan ocho días. Son ejercicios con los que se revictimiza a la comunidad y no se le permite salir del asistencialismo, se les condena a vivir esclavos de la bendita ayuda humanitaria de Familias en Acción y todo tipo de programas que se desarrollan en torno al asistencialismo.

»Es lo peor que se le puede hacer a la población. Yo llegué aquí en las peores condiciones. He vivido y he aguantado hambre como, digamos, quizás pocos de los que andan peor vestidos que yo. Me ha tocado que aguantar hambre, tomar agua y salir a la calle. Pero eso no quiere decir que yo tenga que quitarme mis sueños de la cabeza, no quiere decir que yo no me proyecte como persona, no quiere decir que yo no pueda tener un desarrollo pese a todo lo que he vivido.

»El Estado prácticamente ha declarado que no hay recursos para indemnizar a las víctimas, pero a las víctimas pobres, las de allá, que han sa-

lido de sus territorios y les han matado su gente. Fabiola Perdomo³ en un encuentro en la Mesa de Víctimas me dijo “es que yo también soy víctima”. Y efectivamente en términos de sentimientos es un proceso igual, pero no respecto a las condiciones de vida. Una cosa es además de llorar, llorar y llorar por quien me mataron, llorar y aguantar hambre, vivir debajo de un puente y ver qué hago. Otra cosa es llorar dentro de una casa, con condiciones diferentes. Además a muchas víctimas les toca huir por su vida y sin nada. Pero entonces, en términos de indemnización cuánto dinero recibió Fabiola Perdomo y cuánto recibimos los demás. A su hija, que como hija sé lo que es perder a un padre, ¿cuánto le dieron?, ¿su hija dónde se educó?, ¿cómo pudo su hija estudiar? Yo no pude. A mí me tocó hacer otro proceso, empezar a trabajar para pagar mi educación. Y eso no tiene que ver con los sentimientos; el amor no tiene plata, el amor no tiene color, pero las condiciones de vida cambian para las víctimas pobres.

»El coordinador de la Mesa de Víctimas de Cali, Carlos Fernando Rojas, no acepta que se hable de comunidades afro en el espacio. Yo estoy en representación de mujeres víctimas de violencia sexual. Hasta julio de este año estaba prohibido y había mucha revictimización en este escenario. Le he dicho a él y al gobierno: “mire, yo antes de que naciera iba a saber que era negra, mujer no sabía si era, pero negra sí porque un negro y una negra, ¿qué van a tener? En este o cualquier escenario yo voy a hablar como comunidad negra”.

»Si las víctimas lideraran sus propios procesos, esto cambiaría. Porque se ha vuelto un negocio, para funcionarios, aunque hay gente buena que uno no puede descalificar, gente que siente y que le duele. Y para líderes, el que busca en la necesidad del otro la supervivencia de él, que cobra a personas que no saben leer ni escribir por hacer derechos de petición, por hacer tutelas, por dar información.

3 Familiar de uno de los diputados del Valle que fueron secuestrados por los frentes 30 y Manuel Cepeda Vargas de las FARC y asesinados cinco años después en cautiverio. Actual directora Territorial de la Unidad de Víctimas en el Valle del Cauca.

»El líder no trabaja porque siempre va a tener personas que escuchan su discurso y en medio del afán, pagan por sus servicios ya que el gobierno no da garantías. A ese líder no le interesa la comunidad para nada, a ese líder le interesa vivir de esto. Y ese líder se une a los funcionarios para cobrar por distintos trámites: vivienda, indemnizaciones. Las víctimas deben pagar para que se les indemnice. Se vuelve un negocio muy lucrativo. Tanto así que desde Buenaventura me llamaban para avisarme cuando salían buses para Bogotá, llevando gente a declarar. El funcionario que realizaba el trámite se quedaba con el 50% de la ayuda.

»La tía de Carlos Fernando estaba pagando sicarios en Llano Verde para que me mataran. Él me ha calumniado en diferentes escenarios, paga buses para sacar la gente de Llano Verde, llevarlas a alguna actividad y hacer denuncias contra mí, que voy a los espacios internacionales a quedarme con la plata de los negros. Ya procedí contra él ante Fiscalía; tengo pruebas de que la tía pertenece a la organización de este señor y de que pudo estar actuando por órdenes de él para contratar los sicarios.

»El gobierno tiene responsabilidad en esto al negociar por debajo de la mesa con las víctimas. En alguna oportunidad Carlos Fernando me ofreció recursos de las víctimas: de 150 millones de proyectos productivos con los que se iba a quedar, me iba a dar 70. Después de eso propuse intervenir los recursos de las víctimas de Cali.

»Lo que la gente como él necesita es un grupo de personas que vayan a votar por el político que señale. Hoy la esposa está contratada por la gobernación, trabajando con Dilian Francisca.

»Cuando las comunidades ven que él les está ofreciendo así sea una lápiz, unas galletas, van corriendo porque no entienden y no tienen por qué entender. Ellos no conocen la ley, no conocen sus derechos.

»La Mesa de Víctimas de Cali no tiene claridad política. Está en el limbo. Y así es en muchos municipios.

»Uno lo que ve es que hay gente que no siente esto, que no le importa. Simplemente se volvió una oportunidad para muchos de conseguir algo. Recursos, una vivienda, visibilidad. Y eso hace que esos procesos de víctimas tampoco avancen. “Yo no tenía oportunidad de conseguirme una casa en Cali y con esto, uyy, gracias a Dios ya tengo casa” “Me llegó la ayuda y uyyy, el televisor, el plasma, gracias a Dios me lo conseguí”. Es gente que nunca ha sufrido esto. Se sienten ganados, como dicen en mi tierra».

Tierra adentro

I.

Son casi las 6. Espera en un asiento largo, de madera, como los de los parques. Mira el piso de baldosines opacos: amarillos, rojos y verdes. Antigüos como las puertas de madera y las paredes frías de ese edificio donde estudia Derecho, una universidad episcopal. Diagonal está el salón donde verá clase en una hora. Al frente las escaleras que derraman pasos y voces. No habrá un momento de la entrevista en que la gente pare de subir, de bajar, de cruzar frente al asiento. Erlendy espera para contar, en voz muy baja, la historia más difícil de pronunciar.

-¿Vamos a tomar un café aquí al lado?

Una librería.

-No, estoy dejando el café.

-Entonces un juguito... La quiero invitar a algo.

Lo que sea para salir de ahí.

-No tranquila. Quedémonos acá- y se pone de pie- Más bien busquemos dónde no haya tanto ruido.

Y después de una vuelta, volvemos al banco de madera.

El escolta está afuera, atento.

-Él fue el que le contestó esta mañana. Como no tenía el número grabado, no podía contestar yo.

Tiene una blusa estampada en blanco y negro, leggings negros, zapatos negros, planos, la mirada cansada, la piel con brillo de estudiante, la voz deshecha.

-¿Entonces le parece si retomamos?: ¿usted decide acudir a la Corte Interamericana después del atentado de Álex?

II.

En el 2000 llegó al barrio Puertas del Sol en el Distrito de Aguablanca. Tenía veinticuatro años. Habían pasado más de diez desde el asesinato de don Héctor y el primer desplazamiento. Sobrevivir a las violaciones y el intento de homicidio fue suficiente para dejar de ser la niña dividida entre la vida que tuvo al lado de su papá y el destino que le trazaron quienes lo asesinaron. Decidió que debía vivir en Cali, compactarse con las dinámicas de la ciudad si quería resguardar a sus hijos de los grupos armados que acechaban en Buenaventura y de las nuevas amenazas urbanas: las pandillas, las drogas, los muchachos matándose por cruzar una frontera. Entonces empezó a trabajar con uno de sus tíos, que también llegó desplazado y había constituido una organización de víctimas. Él no sabía leer y Erlendy le sirvió de secretaria por siete años.

-Gracias al apoyo de otra gente fue más fácil meterme en el ejercicio de los procesos organizativos, porque una de las cosas más duras que viví cuando llegué es que yo no sabía qué era ser desplazado. Uno creía que se venía y ya. Quien hizo eso fue un tío. Él declaró por todos y ahí el problema porque resulta que todas las ayudas por población desplazada se las daban era a él porque nosotros no sabíamos cómo acceder. Después de siete años vine a aprender que uno se desplazaba y tenía derecho a una ayuda. Pero fueron siete años de no comer o comer muy poco, no tener nada, no tener dónde vivir, alquilar una pieza y la gente, cuando uno no tenía de dónde pagar, lo echaban. Cuando yo en Buenaventura tenía mi casa propia y ni servicios se pagaban.

En la entrevista que publicó el diario *Publímetro* el 7 de diciembre de 2018 -sumándose a la campaña **Voces a prueba de balas**- cuenta que intentó suicidarse.

Pero la escritura -incluso la de implicaciones jurídicas- llega a ser un acto terapéutico: redactó el primer derecho de petición en su nombre y como si hubiera vuelto a escuchar la voz de su papá, se revistió de vida.

-Nos volvimos abogadas tinterillas, empíricas. Yo era la que más escribía. Y haga mano de derechos de petición y radiquemos, ¡y nos salían bien! Entonces hacíamos derechos de petición, nos mandaban respuesta y cuando no nos atendían empezábamos a hacer tutela, con un primer modelo que nos dio un amigo de Bogotá. Luego ya empezó esto... El primer viaje, montarse en un avión como para el año 2009, a Bogotá a una reunión. Primer vez en mi vida que me montaba a un bendito avión, ¡el peor dolor! Yo no soporto los aviones...

Se separó de la organización de su tío y creó *El camino propuesto* con otras mujeres que querían hacerse cargo de sus procesos y los de sus hijos porque vieron en los liderazgos masculinos una predilección por el beneficio inmediato que da la plata cuando para ellas la reparación consistía en reconstruir sus familias y su comunidad aunque fuera lejos del territorio. *El camino* fue la escuela, el descubrimiento de una vocación. Luego llegó a AFRODES, que es su casa, y hoy es la vicepresidenta de esta organización que colaboró en la construcción del capítulo étnico de los Acuerdos de Paz. Tiene la responsabilidad de representar a AFRODES en espacios institucionales-gubernamentales y frente a organismos de cooperación internacional y así ha llegado a escenarios de deliberación -la Mesa de Víctimas de Cali, la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, Amnistía Internacional- como defensora de los derechos de su comunidad bonaverense y de las comunidades afro del Pacífico.

Erlendy se ha presentado en dos audiencias de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos para hablar de su situación de seguridad y la de sus allegados. Es parte de la campaña **Voces a prueba de balas** del progra-

ma *Somos defensores*, que tiene como aliados a Amnistía Internacional y las Naciones Unidas. Recientemente recibió el premio Anne Smedinghoff de la John Hopkins University, en Baltimore: un reconocimiento a defensores de derechos humanos alrededor mundo, en honor a la ex alumna de esa universidad que murió en un atentado suicida mientras repartía libros a estudiantes en Afganistán.

Hoy, varios meses después de ese último encuentro, está de gira por Europa con Amnistía Internacional dando a conocer la situación de las comunidades afro y los líderes sociales en Colombia.

III.

Cuando habla de la muerte se siente el peso del aire, la falta de luz, la humedad de las paredes, la aspereza de las baldositas, y se va desdibujando la gente: las monjas de mirada severa que recorren los pasillos, los compañeros que van llegando a clase de 7, los vigilantes que cambian de turno.

-Quienes creemos en Dios o tenemos nuestros dioses o deidades, sabemos que no tiene explicación porque a mi hijo le colocan una pistola en la cabeza y le martillan dos veces y el tiro no sale, y cuando se la quitan le sale al televisor de la casa donde lo iban a matar. Al encontrarme con eso yo hoy tengo unas consecuencias: mi hijo a raíz del atentado se encerró, no salía, no comía, pero también empezó un consumo de drogas, encerrado. Y uno dice, gracias a Dios mi hijo no está muerto, pero si mi hijo hubiera sido asesinado yo tendría que volver a entrar en otro hecho victimizante: que Erlendy perdió a su papá, asesinado, perdió varios familiares, a su hermano Bernardo, pero también fue abusada, pero también fue desplazada. Hoy también en Cali he sido desplazada varias veces. Porque cuando uno se mete a estos procesos se liga a otras cosas. Al líder... al líder lo persiguen, al líder lo matan, y en el caso de nosotras las mujeres una mayor manera de hacernos daño son los hijos.

Yina y Álex le reclaman no pensar en ella. Erlendy está amenazada hace seis años y cuenta con medidas de la Unidad Nacional de Protección en gran

parte gracias a las gestiones que hizo en Washington frente a la Corte Interamericana de Derechos, que mediante una resolución le exigió al Estado colombiano medidas cautelares para ella y su hijo después del atentado de 2016.

Una camioneta blindada, dos escoltas y un chaleco antibalas que nunca usa por declarada vanidad.

En su experiencia las medidas sirven, marcan la diferencia entre la vida y la muerte en zonas urbanas, donde la respuesta institucional ante un atentado es oportuna. Por eso le recrimina al Estado la muerte de Bernardo, un hermano de su padre que se crió con ella y se convirtió en su “manito”. Bernardo fue defensor de derechos humanos reconocido en Malambo, Atlántico, por su trabajo con comunidades afro, fiscal de AFRODES y presidente de la Junta de Acción comunal del barrio Villa Esperanza de ese municipio.

Es la historia más difícil y siento profundamente lo que estoy haciendo: llevándola a un lugar de la memoria del cual no podrá salir antes de las 7, para recibir clase como sus compañeros: pensando en las cosas que atañen a una clase media, media alta, joven, agriada. Extranjera.

-La posición de Bernardo era muy fuerte. Si yo soy jodida, como dicen en mi tierra, Bernardo me triplicaba.

El 7 de junio de 2017 la noticia fue el partido amistoso entre Colombia y España que empezó a las 2:30 de la tarde. El fútbol es siempre un gran eclipse: el momento del partido, los días, semanas, años y décadas después.

La selección tomó ventaja en el marcador pero al final España empató. Bernardo Cuero Bravo no alcanzó a enterarse. Tal vez murió pensando que Colombia había ganado algo. A eso de las 3, dos hombres en moto pararon frente a su casa de Villa Esperanza y con la excusa de preguntar por algún cuarto en arriendo le hicieron abrir la puerta y le dispararon cuatro veces. Ese año la UNP le había quitado las medidas de protección por considerar que las amenazas en su contra no estaban relacionadas al conflicto sino a un problema de vecindad. Lo único que le quedaba eran las rondas de la Policía que ese día no apareció. Tampoco los vecinos -varios a quienes Bernardo

había ayudado a conseguir casa propia- asomaron después de los disparos. Ni antes, cuando los sicarios se pasearon por el barrio pidiendo indicaciones para dar con la casa. Nadie le advirtió, nadie pareció escuchar. Pero el barrio no estaba en silencio. Se oyeron cantar dos goles.

Vuelvo a las noticias de ese 7 de junio en internet. Los medios nacionales titularon el empate como una casi victoria. También le dieron espacio a unas declaraciones de Álvaro Uribe Vélez en Europa sobre los acuerdos de paz: que los terroristas están por encima de las reglas del Estado de derecho. Y titularon que el dueño de Avianca veía posible la construcción de un segundo aeropuerto en Bogotá. Que los taxis de lujo se estrenarían en la capital. Y que La ley del corazón había dejado de ser la novela más vista en el país.

IV.

Erlendy habló con Bernardo la noche del 6 de junio. Él le decía “manita, yo siento que mis días están contados”, y ella que no, que se viniera para Cali, que aquí le buscaba trabajo porque él era un tipo brillante y le faltaban sólo seis meses para graduarse de abogado. Y él que tal vez. Y ella que tranquilo, que todo iba a estar bien y que se acordara que tenía que cumplir con la promesa de montar su bufet de abogados *Cuero & Cuero* porque para eso la había hecho meterse en la vaca loca de estudiar derecho. Y él que bueno, que le contara cuál era la tarea y que dejara de llorar, que se sentara y encendiera el computador para buscar la tal sentencia y leerla entre los dos. Y ella que bueno. Y él que igual le dejaba todos los documentos que había radicado en la UNP para que quedara constancia de lo que les rogó, y ella que no se asustara, que a una persona que hacía tanto por la comunidad no le podía pasar nada, y él que quién sabe, que llevaba treinta y cinco años entregándole la vida al proceso, pero que su gente nunca iba a entender y que si le quedaba vida quería dedicársela a su familia porque a su último hijo no lo vio crecer por andar huyendo.

Hablaron cinco horas. Colgaron casi dormidos.

-Uno tiene la esperanza de que en cualquier momento vuelva a llamar, que en cualquier momento llegue. Poco a poco irá pasando. Pero a veces voy al cementerio y me pongo a conversar con él como si me escuchara.

Clava la mirada en el piso y nunca la veo llorar.

V.

«Nosotros vamos a seguir defendiendo la paz hasta el último momento de nuestras vidas porque consideramos que es el único medio que tenemos para sobrevivir, porque nosotros sabemos las consecuencias del conflicto.

»Una cosa es ver la guerra por televisión e imaginarse que uno está viendo una película. Es diferente para quienes vivimos la guerra en los territorios, que sufrimos los resultados de esa misma guerra y todos los efectos que causa nuestras vidas. Entonces la gente dice “no, es que yo con esa paz no” ¿Entonces la paz es ir a matar a todos los combatientes de las Farc?, y mientras los matan ellos, ¿cuánta gente nuestra tiene que morir?

»Reconozco las falencias de las FARC, como mujer que fue víctima de violencia sexual por órdenes del Frente 30 de esa organización. Además rechazo prácticas como el reclutamiento de menores, el genocidio. Pero reconozco los orígenes del grupo armado, el porqué se constituye. Entonces, si ellos tienen unas razones, que las debatan en el Congreso, políticamente, nosotros veremos si votamos o no votamos por ellos, si los elegimos o no, pero que den sus argumentos. Y que el argumento contrario no sea exterminarlos. Porque la historia de estos grupos con ideales políticos, que en el caso de las FARC surge como un proceso de resistencia de la población campesina, es una historia de exterminio. Si bien los ideales cambiaron y las comunidades rechazan lo que han hecho, aquí todo el mundo ha matado».

Aquí todo el mundo ha matado. Aquí hay una connivencia única con la muerte. Y aunque sea baldío, aunque suene indignado, en este texto debe

C  pulo 2 Entre tanto

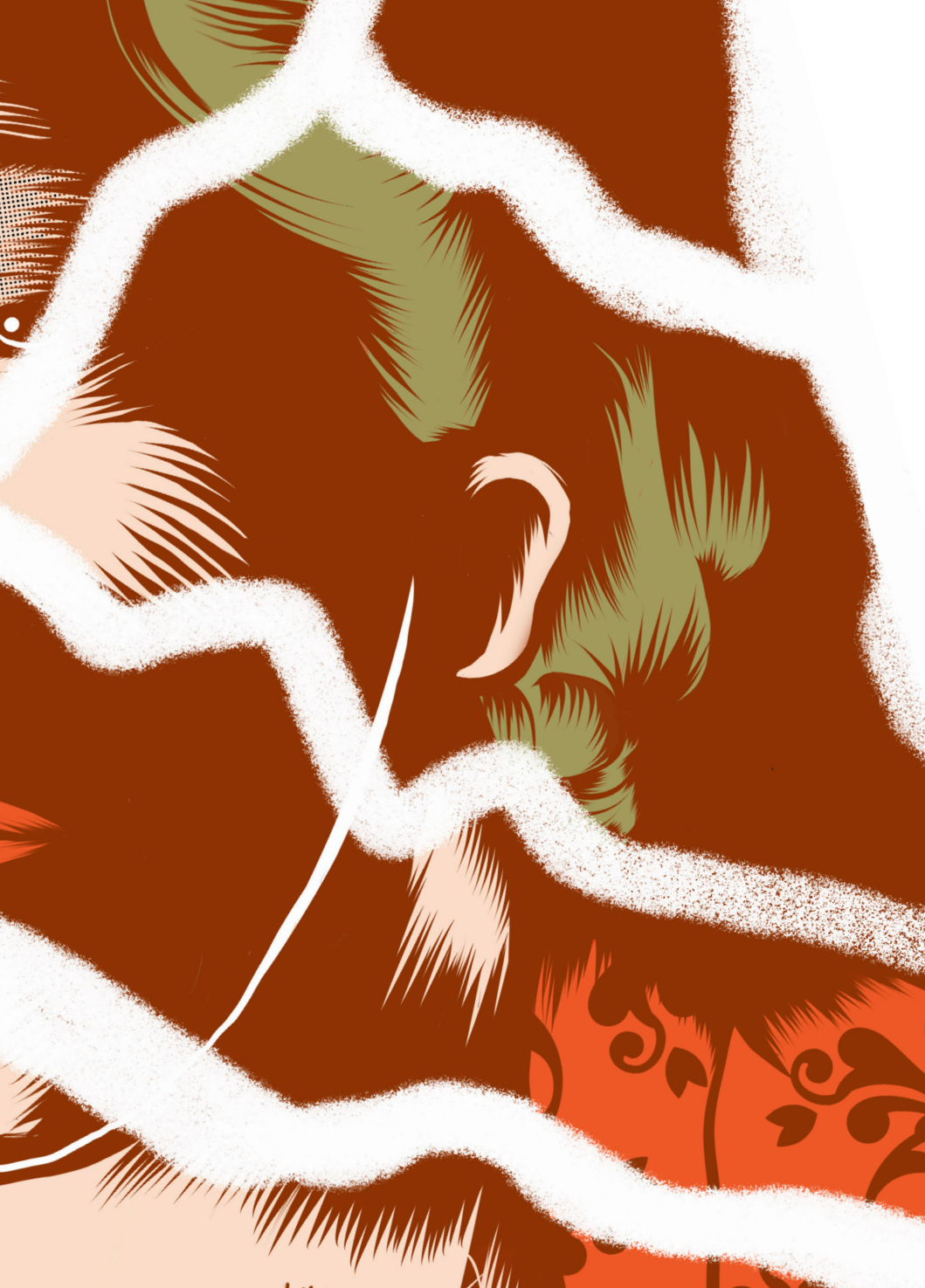
aparecer la cifra de 700 líderes y lideresas sociales asesinados desde la firma del Acuerdo de Paz con las FARC. Más de 700 hasta el momento en que pongo este punto final.

Capítulo 3

Estigma

es una palabra roja





Escrito desde el lunes 17 de junio cuando se da a conocer la resolución de la JEP frente a la solicitud de amnistía de un ex guerrillero investigado en la justicia ordinaria por delitos sexuales y reclutamiento forzado. La solicitud fue negada por la Sala de Amnistía e Indulto del tribunal.

*A calle regada, a flores del monte
María, olía tu pueblo.*

**María va
Antonio Tarragó Ros**

*Son pedazos de luna que del sol vinieron;
son los vientres que trajeron la vida en la mañana.*

**Amor
Jaime Montoya**

A Aracely Santana le hubiera gustado ser enfermera y casi lo fue. Estudió gerontología y geriatría en el SENA, a los 41 años. A los 38, sin embargo, ya sabía poner inyecciones y curar heridas. Dice que aprendió por gusto y por humanidad.

A punto de cumplir 60 es una mujer risueña, de labios pintados, nariz en punta, ojos verdes, cejas canas y enmarañadas, cabello blanco, grueso, abundante.

Teresa Franco hubiera querido ser matemática. Le enfermaba la exactitud de los números. Podía pasar las noches resolviendo problemas de libro de álgebra. Pero al graduarse de bachillerato, a los 38 años, se dedicó a hacer diplomados en temas de derechos humanos y participación política y ciudadana. A sus 65 es una mujer pequeña, de cara redonda, cabello cortado a ras, cejas escasas, grises, contrastadas con unos ojos insondablemente oscuros y una sonrisa blanca a la que parece faltarle un diente.

Tan parecidas Aracely y Teresa, en todo caso.

II.

Teresa mueve un bolso de lino durante la charla. Juega a ponérselo y quitárselo del hombro, abrir y cerrar la cremallera. Nació en la vereda La Rápida de San Rafael, Antioquia, en 1954. Cuando cumplió 8 años dejó el campo, la casa paterna, y se fue a vivir al municipio de Guatapé, a cuarenta minutos, con su abuela. Al cumplir quince se mudó a la casa de unos primos de su mamá y allá estuvo un año. Luego se casó. Luego la historia que se repitió sin falta pero ya no pudo huir.

- Y el momento en que me casé comencé a sufrir el mismo maltrato físico, emocional, el abuso... ¡de todo! Pero ya me había casado, estaba por fuera de la casa.

De cualquier casa.

Él se llamaba Fortunato pero le decían Jairo. Le llevaba doce años a Teresa. Convivieron del '71 al '80 y en ese tiempo tuvieron siete hijos. Perdieron dos. Él se fue después de que un negocio de Teresa fracasara y quedaran en la ruina. Se fue después de golpearla y forzarla tantas veces a la intimidad. Se fue. Y ella dice que a partir de ese momento pudo empezar a darse la gran vida porque volvió a estudiar, a las matemáticas, y aprendió quehaceres que le impidieron extrañar a Jairo de la única forma posible: la pragmática.

-Entonces yo hice en el SENA modistería, aprendí a preparar alimentos, a blanquear carne, a hacer instalaciones de agua, de electricidad, a coser la ropa. Él se fue y a mí no me hizo falta para nada. Porque a mí me resultaban trabajos: ah, que tengo mala una llave, yo iba y la arreglaba; que necesito blanquear esta carne, ah venga yo la hago. Entonces me conseguí la vida, no necesité de nadie. Y después, ya cuando los niños empezaron a estudiar y necesitaban que les ayudara a hacer las tareas, porque me gustaba mucho, me di cuenta que yo había hecho hasta sexto de bachillerato, entonces me metí

a estudiar en la radiodifusora nacional, que era por fascículos y madrugaba uno a las cuatro de la mañana a estudiar. Hice séptimo y la mitad de octavo.

Radio Sutatenza fue una emisora que surgió en 1947 en ese municipio boyacense gracias a un proyecto de escuelas radiofónicas de la organización Acción Cultura Popular. La apuesta fue por una revolución educativa en las zonas rurales del país, a través de contenidos que facilitarían la alfabetización y brindarían conocimientos de “cultura general” al campesinado. Así, a partir de 1968 y hasta el fin de su operación, Radio Sutatenza estuvo aliada a diferentes instituciones del Estado -Ministerio de Educación, ICA, Caja Agraria, SENA-, lo que permitió el acceso a primaria y bachillerato a distancia a unos ocho millones de personas en más de 900 municipios.

No obstante, por problemas económicos y administrativos, así como las polémicas y conflictos generados con la jerarquía eclesiástica por la campaña de la procreación responsable, las difíciles relaciones con algunos sectores políticos y gubernamentales por su independencia y planteamientos frente al desarrollo del sector rural y campesino en el país y el gran desarrollo de los medios de comunicación comerciales (radio y televisión) en la década de los ochenta llevaron a la pérdida de influencia de la emisora y a su gradual desaparición. (Radio Sutatenza: la primera revolución educativa del campo para el campo.

Gloria Elizabeth Morad. 2017).

Radio Sutatenza salió del aire en 1994. Teresa dejó de estudiar en el ‘92 porque nunca pudo aprobar inglés durante ese grado octavo que dejó a medias. Se pasaba con una calificación de 4 y en esa materia ella no superó 3. Para todo lo demás era talentosa: «Me sacaba 9, 9 con 4, con 5 y así».

Jairo regresó a la casa ese año y ella quedó embarazada de la sexta y última hija. Cuando la niña cumplió cinco, Teresa decidió inscribirse en una escuela nocturna para validar noveno, décimo y once. Cambió los horarios para no salir de la casa entre semana y estudió los sábados de 8 la mañana a

6 de la tarde durante ocho meses. Ocho meses de días iguales: uno tras otro, llegando, cayendo, esperando algún fin.

-Pero yo no dejaba los niños en la casa con él, a ninguno, ya estando grandecitos. Los que estaban ya para salir a trabajar, a meseriar en restaurantes por ahí en la avenida, se iban. Y las otras chiquitas buscaba quién me las cuidara. A él le dejaba la comida hecha en la casa, él vería si comía, yo llegaba por la tarde. Y sí fui capaz.

Se graduó y presentó el ICFES. Jairo-Fortunato, celoso, afectado, se fue de la casa para no volver. Y ella quedó complacida de haberse graduado casi al mismo tiempo en que se despidió del marido al que ni siquiera llamaba por su nombre verdadero.

III.

-En mi casa mi papá sí abusó de nosotras. De todas, ahí somos siete mujeres. Y... pues sí abusó de unas grandes y otras que sabemos, de la mitad, que cuentan. De más que lo hizo con todas, se aprovechó de todas. Yo me salí de la casa por esa situación desde que tenía ocho años. Y ya las otras sí se quedaron. Vine a volver ahora, hace 12 años, a los últimos meses de vida de él, cuando yo ya tenía la familia. Porque después de salir de esa casa yo me vine para Guatapé, para donde mi abuelita, y ahí me quedé.

No estamos en Guatapé. Es Bello, un municipio pegado a Medellín, a la 1 de la tarde. Doña Teresa aparece en la estación de Niquía del Metro. Mide menos de 1.50. Cuando saluda, me abraza y yo me inclino. Lleva una blusa de estampado azul y beige, un pantalón rosado, el bolso de lino con cremallera. Salimos de la estación y nos turnamos la pregunta «¿cómo está, cómo le ha ido?» hasta que queda bien resuelta y no se puede usar más. Nos sentamos cerca al centro comercial Puerta del Norte, en unas mesas que están dispuestas para la noche. Sólo hay bares, música alta, pero busco un tinto. Ella quiere milo y nada de comer.

-Y ahí me quedé donde mi abuela, no viviendo en las mejores condiciones, pero como que aceptando. En la casa de mi papá no podía vivir aceptando. Yo hice segundo, tercero, cuarto de escuela a pie limpio, en el pueblo. Mi abuela pedía limosna para darnos la comida, porque no solo estaba yo sino que ella tenía otros como seis nietos o siete y también había hombres mayores, y también me tocó vivir casi la misma situación de acoso y abuso.

Su voz se quiebra al hablar de su papá. Y es muy baja cuando dice “paramilitares”, cada vez que repite esa palabra, aunque la música esté tan fuerte.

-Ya me aburrí ahí donde mi abuela y me fui para otra parte, dízque para donde unos primos de mi mamá que le habían prometido que me iban a ayudar en el estudio y me iban a dar todo... Fue la primera vez que me dieron unos zapatos para usar todos los días. Pero después fue terrible. No pasaron dos meses cuando uno de los primos comenzó a ofrecirme un reloj muy lindo y un buzo si le daba un beso. Para mí fue una tortura ese año.

Es una voz pausada para decir que sabe cuándo puede confiar en una persona, que lo sabe a primera vista. Y fuerte, severa, cuando contesta la llamada de una de sus hijas, que la está esperando en la casa, a unas cuadras de donde estamos.

-Ya me volví de allá también y después ya me casé, a los dieciséis años, por no volver para la casa porque ya mi abuela no me quería tener. Ella decía que dízque «amarren las perras que los perros están sueltos»... Y entonces uno se pone a ver que por ese lado, si los mismos seres queridos le hacen daño a uno, entonces los demás se dan el derecho también. En Guatapé había un señor que también había violado las hijas y decía que por qué no se iba a comer él lo que se iban a comer los gusanos.

Es el silencio cuando no queda más.

IV.

Aracely había cerrado la puerta y las ventanas de la finca antes de que se hiciera de noche. Sus tres hijos se habían ido, dos a Medellín, uno

a Cali, días antes. Estaba sola con su nieta de seis meses, tomando algo caliente para el frío -la niña acostada en la cuna, a su lado- cuando pasadas las 7 golpearon y a oscuras escuchó que le mandaban abrir. Eran tres hombres de camuflado y pasamontañas. Le preguntaron dónde estaban sus hijas, su hijo, y ella respondió que justo los había mandado a estudiar a Medellín por esos días.

-Ah, usted por qué hizo eso si usted sabía que nosotros habíamos venido y habíamos hablado con ellos.

Aracely sabía que el frente Carlos Alirio Buitrago del ELN los estaba buscando para llevárselos.

-Entonces señora, nosotros necesitamos mujeres pa' la guerrilla, pero como usted está con esta bebé, no podemos hacer nada.

Entraron a la casa.

-Entonces fue que me tenía que desvestir, que tenía que hacer lo que ellos quisieran. Entonces como yo no quise me aporrearon muy feo, muy feo... Me rompieron la ceja. Me hicieron lo que les dio la gana. Me violaron entre tres. Se fueron cambiando, se fueron cambiando, se fueron cambiando.

Y en ese ciclo sin remedio Aracely quería morir, aunque se dibujara lejana la idea de que era preferible que le pasara a ella antes que ver la violación de una de sus hijas.

-Yo estuve más de diez días encerrada en esa casa. Sin salir a buscar nada a la calle. Y casi todo el tiempo me lo pasé metida en un baño. Llorando, bañándome, estregándome. Yo sentía ese olor de esa gente, ese vaho de su boca, ese pegajoso de no bañarse... Yo me quería arrancar la piel.

La bebé no lloró cuando entraron los hombres, ni los días después, ni las noches en que volvieron a tocar la puerta.

-Es que mi nieta fue muy formalita toda la vida... Esos días, cuando llegaban las cuatro de la tarde yo ya estaba mirando para todos lados, cerrando los portillos, haciendo fuerza para que se durmiera y no se fuera a despertar.

-Sabemos que estás ahí. Abrí. Abrí -le gritaban desde afuera.

La finca de Aracely quedaba en una vereda del municipio de Granada, que como San Rafael y Guatapé -donde vivió Teresa- es una población del oriente antioqueño, una subregión del departamento, turística, predominantemente campesina y mestiza, productora de café y de energía hidroeléctrica.

V.

Llego a Medellín el 6 de diciembre y del aeropuerto voy directo a cumplir con la cita que agendamos doña Teresa y yo. Después del encuentro, descanso en un hotel de la carrera séptima. Estoy sola. Afuera, la vida retumba desde las seis con la misma música que impregnó el audio de la entrevista. No logro dormir y me despierto por momentos para hacer anotaciones en una libreta pequeña destinada al registro de las impresiones del viaje.

«No se me olvide que mañana es 7 de diciembre, en Granada más que en otro lugar».

Salgo del hotel antes de las 8 a.m. para tomar un bus con destino a Granada en la terminal del norte. A las 9 estoy acomodada en la silla, atrás de dos ancianos, él con sombrero puesto, que hablan bajo y se besan en los labios. Por el camino, sobre la Autopista Medellín-Bogotá, una vaca cruza una cañada límpida y parece que resbala; van llegando los empleados a las empresas que aparecen una tras otra al costado derecho y desaparecen con la velocidad del bus; hay un negocio abierto, “Carpas Lucifer” y me cuesta establecer alguna relación entre esas dos palabras. Parece más un error, una afrenta, en medio de la devoción católica del oriente antioqueño.

Para llegar a Granada hay que desviarse de la autopista y serpentear una carretera pavimentada pero con falencias por más de cuarenta minutos. El aire huele a abono en ese camino eterno, gran preámbulo, bordeado de montañas, atravesado por quebradas estrechas y limpias como la que espero que haya podido cruzar la vaca intrépida. La luz es azulada a esa hora de la mañana. Hay ciclistas, casas incrustadas en las cimas, matas de café, tres hombres de tres generaciones diferentes sobre tres caballos.

«No sé si estoy forzando el estremecimiento, pero estoy casi segura de que no es lo mismo que llegar a cualquier otro lugar. Sin embargo. A las 11 este es un pueblo de calles más o menos vacías en el centro, como todos los pueblos, tal vez, antes de que la plaza se llene de estudiantes de que salen del colegio».

Ya en el “Hotel Granada”, hago una llamada para concretar la cita y me dispongo física, mental, tiernamente, a hablar con Francis Alexander García, miembro de la Asociación de Víctimas Unidas del Municipio de Granada (ASOVIDA). Nerviosa como si fuera la primera vez que hiciera una entrevista.

Bajo por la calle principal con la cámara al hombro, la libreta en la mano, la grabadora en el bolsillo del saco. La luz es plena, es sol de altura. El pueblo es de casas de ladrillo limpio y más de dos plantas, en su mayoría. Parece un barrio popular de ciudad.

Es inevitable. La gente repara en mi presencia desconocida porque llevo la cámara, ese artefacto de connotación invasiva, academia y fugacidad. Quien llegue con una cámara estará hoy y mañana se habrá ido.

Sigo bajando hasta la plaza, que no es la misma de hace dieciocho años, que fue reconstruida y también perdió algo de la esencia cuadrada y central de las plazas de los pueblos. Espero a Francis frente a la iglesia. Es mediodía, las sombras duras se estampan en el piso de baldosines anarajandos. Me llama, le digo que estoy vestida de blanco, y se acerca sin colgar. Pedimos dos tintos en una isla frente a la Alcaldía. Le dicen El Kiosco. Todas las mesas están vacías y la música de diciembre que me persigue, empieza a retumbar. Es la banda sonora de este viaje.

-Me había tocado vivir muchísimo. Levantar muertos; trabajando aquí en la Alcaldía, ver caer amigos de ahí; ver amenazados. Todos los miércoles era sagrada la balacera. Los viernes desaparecían gente, los paramilitares andaban en sus motos todo el día. Hoy cumplimos dieciocho años del carro bomba en Granada y hace un mes cumplimos dieciocho años de la masacre. Y si usted empieza a buscar el relato en los medios periodísticos, la foto que

va a encontrar cuando se cumplieron los diez años es del carro bomba de las FARC, pero nadie ha hablado de la masacre paramilitar. Y en civiles tuvimos los mismos dieciocho asesinados. Pero la masacre, silenciada. El hecho del carro bomba sí hay que mostrarlo, porque está la destrucción física. El medio periodístico sólo busca el ejercicio sensacionalista y hace ocho años en plena guerra mediática contra la guerrilla había que mostrar lo descarnado, lo brutales y terroristas que eran. Pero lo de los paramilitares, en plena consolidación del Pacto de Ralito, del proceso Justicia y Paz, nadie lo menciona. Porque había que seguir diciendo que eso era un acto de paz, no de impunidad. Había que silenciar las masacres, que no existieran en el imaginario.

La calle principal del pueblo es la vía de acceso que se extiende hasta la salida hacia el municipio de San Carlos. El límite del casco urbano es una escuela. Al lado hay una heladería. Allí paso esa tarde de viernes, 7 de diciembre, escribiendo y comiendo helado, hasta que sean las siete y vuelva a encontrarme con Francis. Al caer la noche, la vista es cerrada: un muro de montañas grises, un cielo añil montado y las luces titilantes de las casas de las veredas cercanas, como estrellas que caen y sobreviven en la tierra.

«HELADERÍA:

Dos mujeres mayores de cabellos muy largos van de gancho, salen del pueblo. Ya se acabó la misa. Irán para sus casas, serán vecinas. A las cinco de la tarde una niebla densa empieza a bajar. El paisaje se cierra, se cierra. Pero hay en esta claustrofobia una promesa de que la vida aquí siempre será igual en adelante.

No entiendo cómo habrá sido ese día hace dieciocho años. Dieciocho personas muertas por la explosión y un mes antes, dieciocho masacradas. El pueblo hecho polvo, los hombres armados bajando por estas calles. Sus pasos. Sus rostros. La determinación: ¿todavía retumban?

La Cruz Roja saliendo hacia San Carlos luego de advertir que iban a volar el pueblo. Alguien me lo contó, ¿pero quién?

En esa época esto no era una heladería.
La gente debió pensar: por qué se van, por qué.

Las iglesias llenas de luz coloreada a través de los vitrales porque era pleno día el día de la masacre.

“El perdón es el nuevo nombre de la paz”, dice un mural que estoy viendo ahora».
No es fácil imaginar. No es fácil.

VI.

La guerrilla había llegado al municipio de Granada en la década del 80. Primero, el frente Carlos Alirio Buitrago del ELN y siete años después, los frentes 9 y 47 de las FARC, como parte del proyecto de Coordinadora Guerrillera Nacional. Los enfrentamientos entre los dos grupos iniciaron una década después por diferencias en las formas de relacionarse con la comunidad y por la concepción del territorio. Las FARC lo veían como un lugar de concentración mientras que el ELN practicaba la llamada guerra de guerrillas. Los enfrentamientos con la Fuerza Pública eran esporádicos y buscaban contrarrestar la presencia guerrillera en los embalses y la autopista Medellín-Bogotá, puntos estratégicos para atentados y secuestros.

En 1997 los paramilitares irrumpieron con tres bloques y comenzó lo que los granadinos han llamado en su proceso de memoria la guerra total. El informe del CNMH, *Granada: Memorias de guerra, resistencia y reconstrucción*, cita:

«Desde la gobernación de Antioquia se reforzaba permanentemente el estigma de Granada como pueblo guerrillero».

«A través de los medios de comunicación se mostró un territorio en el que la guerrilla operaba abiertamente».

«Su corregimiento Santa Ana era considerado “un pequeño Caguán” o “un santuario del ELN”».

«El gobernador de Antioquia, Álvaro Uribe Vélez, inició una campaña de señalamiento sobre localidades, organizaciones y líderes del territorio, acusándolos públicamente de tener una posición de sometimiento o de connivencia con la guerrilla».

La guerra total como consecuencia de la propaganda de gobierno y la privada.

En 1998 Carlos Castaño anunció la estrategia de las AUC para derrotar a la guerrilla. Delegó a Rodrigo García alias *Doblezero* para que llevara hombres de Medellín y Urabá hasta el Oriente Antioqueño, hasta Granada, y luego robusteciera su ejército reclutando gente de la región. Castaño fue secundado por la gobernación de Antioquia que a su vez aumentó el pie de fuerza militar. Y a pesar de las advertencias y los pedidos de auxilio del llamado Comité Interinstitucional -una iniciativa de los granadinos, surgida en 1984, para la organización comunitaria en el trabajo agrícola que luego tomó la figura de bastión para la defensa de los derechos humanos- la guerra total se dio y vació toda su furia a finales del año 2000: 3 de noviembre y 7 de diciembre. El pueblo era silencio, humedad de sangre. El pueblo era una hoguera, una noche calcinada.

El 3 de noviembre los paramilitares al mando de Rodrigo *Doblezero* marcharon por el casco urbano y las veredas de Granada, con brazaletes marcados con “ELN” para confundir. Iban en busca de “auxiliadores de la guerrilla”:

Once de las diecinueve víctimas eran objetivo militar, milicianos, mientras que el restante eran personas inocentes ajenas al conflicto, declaró el Bloque Metro en un comunicado del 11 de noviembre según el informe *Granada: Memorias de guerra, resistencia y reconstrucción*.

-Vino aquí esa periodista de la Silla Vacía, Juanita... Juanita León. Y al ver esa bandera de las AUC allá puesta en el cerro dijo que ahora Granada era un pueblo paramilitar... Y ahora Granada era un pueblo paramilitar.

La retaliación no tardó. La guerra auspiciada por la propaganda.

Un mes después inició una toma guerrillera de dieciocho horas, comandada por alias Karina, en la cual se detonó un carro bomba frente al puesto

de policía -el segundo carro bomba más potente en la historia del país-, hubo fuego cruzado y decenas de pipetas estalladas, que destruyeron completamente tres cuerdas del centro del municipio.

-Es aquí que estalló el carro bomba -señala un camioncito blanco parqueado a 5 metros de la mesa donde tomamos más tinto- y todo esto es lo que se reconstruyó -dice Francis con voz extinta.

Son las siete de la noche. Nos encontramos en una cafetería sobre la calle principal, cerca al punto donde me dejó bus: la entrada al pueblo. Me quedo callada mucho tiempo pensando torpemente en el número dieciocho, su significado en esta historia, y Francis me mira como si, en todo caso, no quisiera hablar del 7 de diciembre. Es una expresión incolora que se le enquistaba en los ojos azules.

Desde la cafetería, nos quedamos viendo a unos niños encender y apagar velitas al otro lado de la calle. Y no es fácil, no es fácil imaginar que hace dieciocho años no había calle.

VII.

Espero a doña Aracely en el mismo lugar de la plaza donde hablé con Francis el día anterior. Un hombre alto se acerca a la mesa y me pregunta si soy Angélica. Le había dicho a ella, «estoy vestida de negro» y me encuentra sin dificultad: «la única niña vestida de negro». Es don Guillermo, su esposo. Y mientras ella llega, pedimos tres tintos, me pregunta «¿cómo está?, ¿cómo le ha ido?», le explico de qué se trata el trabajo en el que va a ayudarme su esposa sin mencionar el concepto de violencia sexual. Porque no sé si él lo sabe o si sabe que yo lo sé. En todo caso, esas palabras nos rondan, insistentes, hasta que decide mejor ir resumiéndome su historia, la de cómo veía hombres de camuflado entrar y salir de la vereda donde está la finca de su familia y la de cómo debía viajar en su camión hacia ese Urabá caliente y más caliente que el mismo Oriente. Casi me cuenta la de cómo conoció a Aracely pero ella llega y sugiere que mejor le haga la entrevista a él. Ambos ríen, menos mal es una

broma. Nos quedamos juntas en la mesa y él se va con el nieto de Aracely y el tinto humeándole en la mano.

Dos meses después de la violación, Aracely y su nieta se desplazaron de Granada. Llegaron a Medellín. Era 1999. Ella ya había vivido en la ciudad porque cuando tenía cuatro años salió con su mamá y sus hermanos de Santa Fé de Antioquia, el pueblo donde nacieron todos, por la violencia política, la Violencia con mayúscula.

-Huyendo de lo mismo porque allá también mataban a la gente por ser conservadora, liberal. Empezaron muchas cosas malucas y mi mamá se tuvo que venir con todos los hijos, huyendo.

Era 1964. Aracely y su familia empezaron “la vida de barrio” en Manrique, ahora conocido como la Comuna 3 de Medellín, una ladera que empezó a ser poblada en los sesentas por desplazados de esa violencia bipartidista que había comenzado dos décadas atrás.

De todos los lugares de Antioquia y de otros departamentos llegaron familias completas huyendo de los enfrentamientos y bajo amenazas de las fuerzas armadas oficiales e insurgentes. La periferia fue el lugar donde las familias se asentaron y comenzaron a darle nueva forma a la Medellín industrial de la época, pues fueron estas personas las que con el correr de los años constituirían la mano de obra para los proyectos constructivos a gran escala que se tenían planificados para la ciudad en su cambio de vocación de ciudad industrial a ciudad de servicios. (Caracterización de la Comuna 3, Manrique, de la ciudad de Medellín. Anderson Órtiz Giraldo).

Luego de casarse se fue a vivir al barrio París de Bello. Allá tuvo a sus tres hijos, dos niñas, un niño.

-Ya tenía mis hijos grandes, jóvenes, entonces me vine para acá huyendo de los conflictos barriales. En Bello nos tocó muy duro, muy duro, hubo una toma... Eso a nosotros cada rato nos tocaba salir a pie a trabajar porque no dejaban salir los carros. Eso, mejor dicho: matanzas por todos lados. Me

mataron un sobrino. A mi hermana le tocó irse para Cali. Entonces yo, huyendo de allá, me vine para acá.

Para Granada. Con sus hijos, la mayor estaba embarazada. Era finales de 1997.

Cabe decir que los hombres de esta historia, los padres de las niñas -de sus hijas, de su nieta-, no aparecen en el relato. No pregunto. Si son invisibles es porque lo eran.

Aracely se hizo a una finca pequeña en Granada. Empezaron a llegar personas de la vereda que se enteraron de que sabía de inyectología y hacía curaciones -porque los vecinos cercanos contaban que había tomado un curso de primeros auxilios en Medellín-. Personas conocidas, al principio, y luego hombres y mujeres jóvenes que no eran vecinos.

-Pues uno tenía que ir prevenido, uno asustadito hacía lo que fuera, y más si veía un arma. Uno no se va a hacer matar por no hacer un favor. Pero entonces empezaron a ir a preguntar por mis hijos, yo tenía mi muchacho que estaba jovencito, y la muchacha que ya iba a ajustar dieciocho años y la otra ya tenía once.

Desde que llegó al pueblo supo que había guerrilla. No antes. Esa noticia no llegaban a Medellín, ni a Bello, ni al barrio París. Dice que ellos eran los dueños de Granada, que se metían en todas las juntas de acción comunal y trataban de dirigirlas.

-Así empezaron a posesionarse de todo. La gente -al principio- confiaba mucho en ellos porque les decían: «es que aquí como el gobierno no viene, no cuida, entonces nosotros los vamos a cuidar». Y la gente veía que era efectivo.

VIII.

Tan parecidas Aracely y Teresa, solas con sus miedos dibujados en la cara. Los dientes apretados cada vez que recordaban, sirviendo la comida, que a su hijos, acomodados en la mesa, podían herirlos como a ellas. Las líneas alrededor de los ojos marcadas, profundas, como las de las manos, las

del destino, surcos que no dejaban bajar el llanto cuando, al mirar por la ventana de algún bus, los niños dormidos al lado, sabían que otra vez dejaban atrás puertas, sillas, platos, camas sin estar seguras de poder encontrarlos después. La vida era todo lo perseguían. Y ni siquiera su vida. Ni siquiera sus dolores dolían tanto como la posibilidad de que sus hijos vivieran lo mismo.

-El oriente es una región muy violenta para las mujeres, para los niños- dice doña Teresa, segura.

IX.

Según el informe *Nadie me ha devuelto la niñez que me robaron* (2009) -realizado por la Asociación de Regional de Mujeres (AMOR), la Asociación Regional de Víctimas a Ciudadanos/as (APROVIACI) y el Programa por la Paz del Centro de Investigación y Educación Popular (CINEP)- la violencia sexual es una práctica generalizada en el Oriente Antioqueño.

En los últimos tiempos, a partir del trabajo que organizaciones sociales y ONG vienen adelantando allí con las mujeres, la violencia sexual empieza a aparecer como un problema grave, que se presenta en sus múltiples manifestaciones no sólo en la vida privada por parte de los parientes cercanos (padre, padrastro, esposo, hermano, etc.), de amigos de la familia o extraños, sino también ahora, de parte de los distintos actores armados, incluida la fuerza pública, quienes en cualquier lugar y hora cometen todo tipo de abusos contra mujeres, niñas y niños en las diferentes localidades de esta región.

El estudio se realizó con una muestra representativa y reveló que el 67% de las personas que participaron fue víctima de violencia sexual -en sus distintas tipologías: violación, abuso, acoso- o conocían el caso de algún familiar o persona cercana a su entorno que lo fue. El 95% de las víctimas son mujeres -más de la mitad, menores de edad- y el 99% de los agresores, hombres. Dentro de ese porcentaje, los mayores perpetradores son los esposos y padres, seguidos por vecinos y actores armados. Entre los cinco municipios que

registran mayor número de hechos de violencia se encuentran San Rafael y Guatapé, los lugares donde creció doña Teresa.

Mi papá cuando yo tenía 10 años se pasó para mi cama, me bajó los pantalones y los calzones y empezó a tocarme intimidándome y diciéndome que me quedara callada; yo salí corriendo donde mis hermanos, él fue, me sacó y me pegó, casi me mata.

Yo tenía que atender a mi esposo sexualmente diario, aun cuando no tuviera deseos o estuviera enferma y casi a toda hora me veía en embarazo. En 22 años que viví con él tuve 13 hijos, no me dejaba planificar que porque “mujer que planificaba era porque tenía mozo”.

La cogieron varios hombres de las autodefensas, la violaron y le dijeron que no le podía contar a nadie. Ella buscó ayuda con algunos amigos y por este motivo fue asesinada.

Iba para la casa donde mi tía cuando llegaron cinco militares de la fuerza pública; yo no podía defenderme porque eran muchos. Yo gritaba, ellos me taparon la boca entre todos. No sabía qué hacer, me dejaron la mano derecha marcada por siempre.

Entre las circunstancias que el estudio expone como causales, además del factor cultural -por el cual los agresores conciben que «sus víctimas merecen ser violadas, que son inferiores o que las mujeres solo sirven para eso»- está la vulnerabilidad de ellas en una región con escasas posibilidades de movilidad social, unos territorios cercados por la falta de acceso a derechos básicos como la salud y la educación, una tradición profundamente conservadora y la presencia del conflicto armado.

Estos elementos son el caldo de cultivo para la generación de mitos en torno a la violencia sexual, los cuales permiten a los agresores someter la voluntad de las víctimas y convencerlas de que deben aceptar las agresiones como parte de su “condición de mujer”.

Él me decía que obedeciera y si no que me seguía pegando y que yo era una persona sin estudio y que no servía para nada.

Óxido en la piel

Hay episodios que marcan tanto.

Soy desconfiada, mucha tristeza vive en mi alma y todo mi ser; no he podido ser feliz y creo que nunca llegaré a tener esa felicidad. Me siento sola y a veces con mucha angustia y lloro mucho.

No quiso volver a estudiar por miedo, ni a hablar con los amigos ni con nadie.

Trató de suicidarse tomando RAID. Después de tomar RAID se pasó con dolor y vómito y con gritos y llanto; los vecinos acudieron a ella y la llevaron al hospital.

El 63% de las mujeres que participaron en el estudio afirmaron no haber pedido ayuda después del episodio o episodios. Sólo el 28% recibió apoyo psicosocial.

El informe concluyó que para 2009 las tres situaciones de violencia sexual que debían ser atendidas con urgencia por las instituciones del Estado y mediante política pública eran el incesto, la violación sexual al interior de los matrimonios y la violación ejercida en grupo por actores armados.

X.

-¿Usted cree que es algo inevitable en el conflicto? Que violen mujeres...

-A ver... Una parejita de 16-18 años, en medio del conflicto, muy fácilmente podían ser denominados milicianos, ayudantes de un grupo armado en especial, sobre todo de la guerrilla. Eso llevó a que muchas veces estas chicas tuvieran que ser sometidas a ese tipo de vejámenes, y si ella era bonita más compleja era la situación, porque dentro de los fenómenos de la guerra, la lucha por el territorio también se expresa no solo en las trincheras de combate sino en los cuerpos femeninos. Y el cuerpo femenino se convierte en otro elemento como los dineros, las mercancías, los ganados. Entonces la mujer también se convierte en un botín.

-¿Entonces es un fenómeno omnipresente, que se va a dar en todos los conflictos armados?

-Lo voy a poner así más o menos para que lo entienda, cómo funcionaba aquí.

La primera vez que Francis vio un guerrillero fue a los diez años, en 1985. Un hombre alto, barbado. Vestido con ruana y debajo, una escopeta. Botas militares. Tenía una presencia gigante y, a su lado, una mujer bella, crespa, que cargaba un revólver. Francis los vio de lejos, mientras hablaban con su papá.

-Tenía un perfil heroico. Era otro tipo de ser. Algo como lo que conocí después con Carlos Pizarro. Eso genera unos referentes, inconscientemente.

A los quince años, Francis empezó a ver que sus amigos desertaban de la escuela casi al tiempo en que empezaban a tener novias. Él relacionó esa necesidad de dejar de estudiar y enrolarse en un grupo armado como consecuencia de la competencia que esos personajes de perfiles heroicos ejercían. Ellos tenían lo que los muchachos de campo deseaban: “buen verbo, conocimientos sobre política, un arma, un camuflado”.

-Y resulta que las chicas, todas, se derretían por esos personajes. El interés era por los combatientes. Desde ahí entra el tema de género como un motivante primario en la guerra. Al principio no es cuestión de «nos vamos a tomar el poder por las armas», no, no, al principio yo sólo quiero ser el bacán de la vereda.

Después de ese primer momento, dice, está la crueldad de la confrontación, que lleva a utilizar todos los instrumentos que permitan reducir la moral del oponente.

-Uno de los detalles dentro de las guerrillas era que ellos podían tener mujeres. Son soldados que pueden tener mujeres versus los otros, los paras, que si bien podían, eran mujeres que no hacían parte de la dinámica de la guerra en el territorio. Un hombre y una mujer guerrilleros que eran pareja se camuflaban en las dinámicas del pueblo. O bien eran civiles con un grado de vinculación al movimiento guerrillero, que tenían que cumplir funciones para ellos. Esa parejita tenía un caso vulnerabilidad dentro del conflicto.

Porque no estaban escondidos en el monte sino cerca de la comunidad, visibles.

-Eso permitió al paramilitarismo y a las fuerzas armadas hacer ejercicios de retención sobre las mujeres, las compañeras. Y así lo lograban ver: como que estaban atacando no solo a una persona sino a todo un componente del accionar del enemigo. Cuando yo logro retenerle a uno de los oponentes una de sus fichas, significa el acceso a mucha información y eso desestabiliza al contrario porque tiene que cambiar sus modos de acción, las rutas por donde se mueven, porque toda esa información puede que ya se conozca. No sólo es retener una persona, es retener a la pa-re-ja de alguien, entonces es como si sacara dos personas de la guerrilla en la medida en que quien está adentro quiera garantizar la seguridad y el bienestar de quien fue capturado. Si es así, esa persona accederá a muchas de las acciones que le sean pedidas. Y si la mujer que está retenida por los paramilitares es sometida a vejámenes va a aceptar y convencer al otro de colaborar también. No hay garantía para el ejercicio de la fidelidad a la organización. Eso como tal es un elemento desestabilizador en la guerra. Por lo tanto es un instrumento que se utilizó, rindió muchos frutos y les permitió a los paramilitares ganar mucho terreno y derrotar a la guerrilla. Una pareja en la guerrilla era una célula de trabajo muy efectivo. Pero después se les convirtió en un elemento desestabilizador.

Pone el ejemplo de una mujer de Granada llamada Marta Salazar.

-La asesinaron en La Quiebra porque se había quedado quince días en el pueblo, enferma. Cuando intentó volver a la finca le llegaron cuatro milicianos, primos del marido. La cogieron, la amarraron, la tuvieron tres días amarrada y después la dejaron muerta en una cuneta de la vereda La Quiebra, tapada con una tabla. Puede verse como un ejercicio de paranoia, primero, y segundo, de guerra, que les generó a ellos la desconfianza entre su propia clase. Ese muchacho miliciano, compañero de ellos, que con ella tenía una relación sentimental, hijos que compartir, encontró en la muerte de su esposa la razón para desertar, insertarse en la dinámica de guerra del oponente y ser todavía mucho más cruel como un acto de venganza. Entonces mire usted cómo se puede ir escalando en un ejercicio de confrontación donde el tema

de género y la violencia contra la mujer desencadena en un ejercicio de violación sistemática que ni siquiera se logra dimensionar.

XI.

Teresa Franco Ríos no volvió a tener pareja. El rasgo más definido que le dejó la violencia es una desconfianza monumental, que además le impidió, en su momento, encargar el cuidado de sus hijos a cualquier hombre. Ni siquiera Jairo llegó a estar a solas con ellos.

Tuvo que pasar años en procesos con psicólogos. Y participar en círculos de mujeres que también fueron víctimas. Tuvo que escribir muchas páginas a mano. Para contar esta historia. Para volver a la casa paterna cuando sus hermanos le avisaron que su papá estaba muriendo y necesitaban ayuda para cuidarlo. Hace doce años.

Antes, Teresa había vuelto a nacer en un lugar impensado: Guatapé -de donde escapó a los quince años- en una organización de mujeres que fue la base -junto con diez más de la región- de la Asociación Regional de Mujeres del Oriente Antioqueño, AMOR, fundada en 1994.

Acababa de validar el bachillerato, de presentar la prueba del ICFES, de separarse. En El Peñol, otro municipio del Oriente, se habían organizado unas diez mil mujeres para palear con trabajo -de aseo, construcción, venta de productos- los efectos de una inundación, consecuencia de la cercanía del pueblo con uno de los embalses de las Empresas Públicas de Medellín. Esas mujeres fueron el referente para las de Guatapé y de otros municipios de la subregión, que después se reunieron para fijar objetivos de trabajo comunes a todas las organizaciones. Concluyeron que el factor que más las limitaba era la nula participación política y ciudadana, su anquilosamiento doméstico. Entonces se concentraron en una campaña que tenía por lema “De la casa a la plaza” y comenzó la rebelión a través de escuelas en las que estudiaban sus derechos.

Para finales de los '90, AMOR integraba 25 organizaciones de mujeres, lo que dio paso a que por primera vez se eligieran concejalas en diecisiete de

los veintitrés municipios del Oriente -Teresa fue elegida en Guatapé- y una alcaldesa en El Peñol. Pero el recrudecimiento del conflicto, por la llegada de las autodefensas, cambió las dinámicas de organización.

Los hombres -padres, esposos, hijos- que no fueron asesinados o reclutados tuvieron que salir huyendo de los pueblos (fue el caso de Francis, que se desplazó de Granada y dejó a su esposa y a su hija bebé porque sobre ellas no pesaban amenazas). Esto implicó una reestructuración de los roles femeninos. Las madres, esposas e hijas tuvieron que salir de sus casas para proveer el sustento económico de las familias, lo que por supuesto las expuso a diferentes formas de victimización. Ante ese cambio de modelo, AMOR se fijó nuevos objetivos: acompañar a las mujeres víctimas desde el reconocimiento de sus derechos y aliarse con las instituciones del Estado para prestarles atención psicosocial. Así empezaron a trabajar en una iniciativa llamada PROVISAME, Promotoras de Vida y Salud Mental, en alianza con el Programa de Paz del CINEP. Se trataba de mujeres víctimas haciendo de enlace y atendiendo a otras víctimas. Y en todo ese trabajo, inicial y subsiguiente, participó Teresa como fundadora, representante e hija de AMOR.

Se queda en silencio y encorva la espalda para escudriñar dentro del bolsito de lino que ocupa cada vez menos espacio entre sus manos, que tiene cada vez menos aire adentro.

-Ay, yo qué estoy haciendo, dízque instalando un juego. No, no, no. Azucena. Azucena Zuluaga. Te voy a dar el número.

Azucena es la directora de la Asociación y Teresa me recomienda que la busque en el municipio Santuario, la sede.

Cuando le formulo la pregunta de cierre, una que debí aprender de las revistas de farándula, me avergüenzo casi enseguida. Pero ella responde con una dignidad que salva el momento.

-¿Entonces quién es usted, como mujer, hoy?

-Yo tengo que decir que AMOR fue la escuela donde nací como mujer. Porque antes era una de tantas, un nombre: Teresa, Marta, Lisa, Berta, pero

no me identificaba como mujer. Me negaba. Ahora digo: Mi nombre es Teresa Franco Ríos y en este momento tengo muchas actividades, pero mi función principal ha sido ser cuidadora de mis hermanos con retraso mental después de la muerte de mi papá. Son tres: un hombre de 65 años, una de 59 y otra de 49. Con ellos he aprendido a compartir y a soportar. También hago parte de la Junta de Acción Comunal, del Comité de Justicia Transicional y la Mesa de Participación Efectiva de Víctimas de San Rafael. He tenido muchas oportunidades, compartí con Rigoberta Menchú, con la presidenta de Chile, Michelle Bachelet, porque fui elegida como representante del Oriente para esos encuentros. Y yo creo que lo he ganado, me lo he merecido. No pude ser matemática... Bueno, todavía puedo de pronto. Pero la vida me dio la oportunidad de ser lo que soy, vivir lo que he vivido.

Cuando nos despedimos, me invita a su casa en la vereda La Rápida de San Rafael, a pasar la noche antes de regresar a Cali. La sombra de su papá me asusta. A ella no.

El último día que compartieron, Teresa le dijo que lo perdonaba en nombre de sus hermanos, de los once, si él admitía que ella tenían la razón: que les había hecho daño. Ese hombre, alguna vez más fuerte que todos sus hijos, ya no podía mover los músculos de la boca para hablar, pero las lágrimas le brotaron hasta quedarse dormido.

-Y ya. Murió al poco tiempo. Yo me quedé tranquila, fue una calma.

A María Aracely Santana le quedó una predisposición al silencio, a la vergüenza, no tanto por haber sido víctima sino por lo que conocía de la respuesta social, el juzgamiento. Además, algo que nunca pudo sacar de su sistema fue el olor de los verdugos, “nauseabundo”, de días sin bañar.

Se desconectaba por momentos de la conversación en la mesa, de los juegos de sus nietos, de las eternas tareas de la casa, y se adentraba en la angustia sórdida de lo que sólo ella sabe. Lo corrosivo que transita por las venas.

Años después sus hijos se enteraron de lo que vivió porque Aracely empezó a asistir tímidamente a terapia; algún escrito vieron sobre la mesa

de noche. Y la animaron a seguir, a recuperarse y dejar de disimular frente a ellos. Luego se fue involucrando en procesos organizativos de víctimas del conflicto armado y llegó a *Entrelazando*, una estrategia de la Unidad de Víctimas para la reparación emocional y la reconstrucción del tejido social, en la que trabaja como enlace municipal

-Nosotros tenemos que ir a diferentes veredas y no creás, vos contás tu historia, y la historia replica en otro y en otro y en otro. Entre ellos me ocurrió en un taller que fuimos a dar en Santa Ana y había un señor ya de noventa y punta de años, que llegó y se sentó junto a mí, y era tem-blando-do así y llorando a moco tendido, como un niño pequeñito.

-¿Qué le contó?

-Me decía: «lo siento mucho, lo siento mucho, siento mucho lo que te pasó». Y lloraba. Yo lo abracé y le dije: «Sí, fue muy duro pero mirá, ya lo superé». Y él me dijo: «Esta es la primera vez y usted es la única a la que se lo voy a contar». Y me contó que la guerrilla, viéndolo a él tan viejito y como también había mandado su hijo para otra parte, para Cali, a él lo cogieron y lo violaron. Él tenía casi cien años cuando yo estuve allá. Lloraba y me decía: «yo soy un hombre y a mí, a mí me lo hicieron. A mí me vulneraron, yo me siento que ya no soy nada».

Tantas historias de cuerpos así: descartables, descartados. ¿Cuántas más en esas casas incrustadas en las montañas, donde alumbran bombillos como estrellas caídas?

XII.

Es 8 de diciembre. Aracely lleva una blusa gris y encima una camisa blanca, el cabello recogido y unas gafas para la presbicia colgadas al cuello con un cordón negro. Cuando nos levantamos de la mesa se le cierran los ojos verdes contra el sol. Busca al niño y a don Guillermo y les pide que se acomoden para la foto. Posan en la esquina más descubierta del parque, heridos por la luz del casi mediodía. Y aunque sobre, lo iluminan todo.

-Yo me conocí con este señor en el 2007, en el 2009 me casé con él. Y ya él me dijo «pues vámonos para Granada», porque como la familia de él tiene una finca aquí... Mire que Dios los hace y ellos se juntan. Yo me había ido desplazada de aquí y no lo conocía. Allá en Bello fue que lo conocí y allá fue donde nos casamos. Y nos vinimos para acá.

Don Guillermo propone ir a comer pasteles de carne, los mejores del pueblo. Como ninguno ha desayunado, contestamos que sí, que sí. De camino al restaurante, me invitan a conocer la finca, los cultivos, las flores que siembran y que venden. Pedimos cuatro pasteles y compartimos dos gaseosas.

-Él no sabía de mi historia, hasta mucho después. Por ahí año y medio después de habernos casado. Y eso porque él notaba que había veces en que por las noches se me acercaba y me tocaba y yo me despertaba a los gritos.

Aracely me cuenta que él también ha participado en encuentros de *Entrelazando*, que una vez declamó un poema y puso a toda la gente a llorar. Él asiente con la boca llena, orgulloso.

-Yo no le quería decir nada hasta que un día me cogió en medio de una crisis. Yo todavía no había sido tratada como debería. Entonces me desperté a los gritos y le decía «No me toque, qué asco, no me toque, no quiero que me toque». Él empezó a decir: «No te preocupés, mirá, soy tu esposo, tranquila, vení. ¿Algo te pasó, no cierto?». Y entonces le dije que sí. «Pero no te sintás culpable. Mirá, vos tenés que salir de eso, yo soy tu esposo, ¿vos me querés a mí? Entonces si me querés, tenés que entender que voy a estar con vos». Yo sé que él también luchaba contra su hombría, porque era muy machista también, muy rudo y no sabe expresar sus sentimientos, pero es una persona que si a vos te quiere te va a entender y te va a ayudar.

-¿Qué poema, don Guillermo?

-Es del Indio Rómulo. Se llama *Porqué no tomo más*.

-¿Y dice?

-Y dice... Ay, miya, ayúdeme con el principio.

Capítulo 4

La bitácora

es una parte de los barcos

Óxido en la piel

Por definición. Donde va la brújula.

La bitácora es una parte de los barcos donde va la brújula. La parte que permite al navegante ubicarse.

Entonces:

1.

Quise escribir un libro. Imprimir un libro. Porque -además de lo obvio: que aspiro ser escritora- para mí son objetos preciosos que llenan los lugares con una presencia limpia, correcta. Porque los libros me han salvado del vacío y esperaba -de alguna manera- salvar las historias de estas mujeres del abismo donde se pierden las cosas que duelen. Donde se entierran. Fue un proceso de más de un año, en el cual los primeros cinco meses correspondieron a un trabajo de campo solitario y los demás, a la planeación y escritura de los textos.

2.

El tema de la guerra, por otra parte, me ha interpelado desde niña. A los diez años vi una película llamada Disparando a perros (Shooting dogs), sobre un sacerdote, un profesor y un periodista en medio del genocidio de Ruanda. Tuve la idea de que la guerra era la realidad más cruda posible y que por ello nadie querría conocerla, salvo unos cuantos, como esos personajes, que además podrían contarla. No hay mucho más que decir. Descubrí una vocación. Desde entonces, cuando un adulto me preguntaba qué quería ser de grande, respondía “corresponsal de guerra”. Y luego comprendí que la palabra no era “corresponsal”: que yo quería hablar del conflicto armado que se libraba en este país por voluntad y no por encargo.

3.

El asunto transversal del género, la necesidad de mirar directo a un problema que atañe a las mujeres en la guerra, tiene una motivación histórica,

familiar y personal. Incluso, podría decir, una motivación inconsciente: la fascinación por temas que atraviesan el cuerpo y la sensibilidad femeninos: la maternidad, el matrimonio, la violencia sexual. Porque, tal vez, al darme a la tarea de estudiarlos y conocerlos de cerca pueda evitar que se conviertan en una amenaza.

Mi abuela materna tuvo once hijos -ocho mujeres y tres hombres- con un esposo que nunca le preguntó si deseaba tener intimidad; que bebía y la golpeaba cuando los niños aún estaban despiertos. Que la dejó por una mujer que tenía la edad de su hija mayor; una de mis ocho tías fue víctima de abuso sexual cuando era niña. Y las veces que le he preguntado por esa historia, me ha respondido que de por medio está la reputación de la familia. El silencio es lo que ha imperado; mi mamá se casó con un hombre que ha ido deconstruyendo el “rol de esposo” por años, pero que fue violento durante los primeros. Y yo me pregunto cosas como por qué las personas se casan y se hacen promesas que los alejan de sí mismos desde mucho antes de hacerme feminista, de tener una pareja que amenazó con “dañarme la cara” al terminar la relación. Antes de sentir miedo al volver a mi casa de noche.

De despertar a ese hecho histórico llamado patriarcado.

4.

A los doce años escuché por primera vez el concepto de violación como arma de guerra. Así describí el momento en el diario de campo que inicié a mediados de 2017 con el propósito de identificar las justificaciones personales de este trabajo:

Violación como arma de guerra. Supe de ella por primera vez un domingo en la noche, hace unos ocho años, cuando mi familia aún se reunía después del noticiero de las 7 p.m., en la sala, a ver los reportajes que transmitían los canales colombianos.

Veíamos Especiales Pirry y era un programa sobre guerras contemporáneas: Ruanda y Bosnia Herzegovina. Sé que no fui directo a la cama después.

Empecé a leer sobre el concepto. A las semanas hice una exposición en el colegio. Había que hablar de un país europeo -las ciudades principales, la historia, la gastronomía- y yo elegí Bosnia como excusa para hablar de la violación como arma de guerra. En 1992, movimientos nacionalistas en la región de los Balcanes hicieron estallar una campaña de terror. Los serbios entraron a territorio bosnio y se calcula que violaron entre 20 mil y 30 mil mujeres. Tal fue la magnitud de los hechos, que el uso sistemático de la violación fue definido como crimen de guerra por primera vez por el Tribunal Internacional de la Antigua Yugoslavia.

En mi exposición hablé de aquello y una de las niñas que estaba escuchando, exclamó de repente: “¡Genial!”. Ante la extrañeza de todos, explicó que lo genial era cómo los actores armados habían incorporado esa práctica para derrotar al enemigo. Se refería a que era ingenioso, efectivo. Eso no se me olvida.

Ahora habrá que problematizar mi primer acercamiento vago a ese concepto “genial” desde una nueva mirada.

5.

Y esa nueva mirada tenía que ver con poner en contexto: la guerra y la evolución del patriarcado en Colombia son procesos particulares, que van de la mano: por los años en conflicto, las causas estructurales y no coyunturales del mismo, el narcotráfico como sustento, los actores armados y políticos involucrados, la actitud del Estado y la sociedad frente a las víctimas, la odisea jurídica de acceder a derechos fundamentales.

Finalmente, lo que me propuse para este trabajo fue complejizar la violencia sexual contra las mujeres en el marco conflicto armado colombiano, hablar de sus dimensiones, escribiendo un libro en clave de periodismo narrativo sobre la vida de cuatro víctimas y sobrevivientes. La vida antes y después del episodio. La vida dentro y fuera de territorios y tiempos de guerra, si es que aquello es posible en Colombia. Y así argumentar por qué el desesca-

lamiento del conflicto es a su vez el primer paso para la construcción de una sociedad equitativa en cuanto a relaciones de género.

El orden en que aparecen las crónicas-ensayos (más adelante ampliaré este término) es el orden en que realicé de las entrevistas. La primera mujer a quien conocí fue a Amparo, a finales de 2017. En ese momento, ella participaba de un proyecto de la Misión de Apoyo al Proceso de Paz de la OEA (MAPP OEA) en el cual trabajaba una amiga mía como coordinadora. El proyecto, “Video-Reconciliación”, incluyó a veinticinco mujeres víctimas del conflicto armado, ex combatientes y en condición de vulnerabilidad, quienes a través de una metodología llamada Video Transformación se formaron en herramientas audiovisuales para narrar sus historias de viva voz.

Cuando le hablé de este trabajo a mi amiga -que estaba dispuesta a ayudarme a hacer contactos con mujeres víctimas y sobrevivientes- pensó en Amparo: por su disposición a contar el relato de violencia sexual. En ese momento -finales de 2017- no sabía qué implicaciones tenía esa “disposición”. No sabía casi nada. Pero la interpreté como un camino más seguro, de menos lágrimas y silencios; entonces realicé la primera de muchas llamadas tímidas, que requirieron más coraje que las mismas entrevistas. Me cuesta hablar por teléfono porque siento que la voz de la otra persona se pierde entre las ondas y me alcanza disminuida, casi agónica, y que tengo que hacer esfuerzos para responder falsamente con una risa, un “sí”, un “claro”.

La llamada fue breve. Le propuse encontrarnos para contarle sobre la investigación y me planteó la posibilidad de vernos en la universidad esa misma semana. Además del proyecto de la MAPP OEA, se encontraba grabando una entrevista con el Programa de Salud Mental Preventiva de Univalle, hablando de su caso y del acompañamiento psicosocial que le habían prestado allí. La conocí un sábado. Llevaba puesta una boina negra, el accesorio más inusual en esta ciudad de treinta y cinco grados centígrados. Y algo entre la boina y el gesto con el que atravesó la calle para encontrarme en el centro

comercial frente a la universidad, me hizo sentir familiar y presente. Sus ojos entrecerrados para ver mejor, su sonrisa viva.

Amparo accedió a ayudarme sin pedirme nada a cambio. Lo que le ofrecí fue una copia del trabajo. La primera entrevista fue ese mismo diciembre. La realicé con nociones confusas sobre la **entrevista narrativa**, una metodología que me recomendó mi directora de tesis y que estudié a través de un texto: *Los relatos de vida. Perspectiva etnosociológica*, de Daniel Bertoux. Según éste, la entrevista narrativa es un método empleado en estudios etnosociológicos pues por su estructura permite trascender el relato de vida individual para convertirlo en un análisis del fenómeno social que cuenta, de las prácticas en situación y los contextos de relaciones y procesos sociales que encierra.

En este punto me parece crucial aclarar que la naturaleza del trabajo periodístico me dio la libertad de actuar de formas instintivas, no metódicas. El periodismo que quería hacer es un oficio y no una ciencia. Casi una forma de relacionarse con el otro. Y una mirada. Mi referente en cuanto a pasos a seguir fue la periodista argentina Leila Guerriero quien a través de sus perfiles logra desnudar a las personas detrás de los personajes. Con sensibilidad, con tiempo, con filo. Fue ella a través de varias entrevistas que escuché y repetí en Youtube y un par de charlas suyas a las que pude asistir en el marco del *Oiga, Mire, Lea* -un festival de literatura caleño- quien me dio el brío para enfrentar las únicas dos etapas que tendría este proceso: las entrevistas y la escritura.

La idea de los múltiples encuentros o sesiones de entrevistas la tomé de ella y sin embargo, no pude estar tan presente en la cotidianidad de estas mujeres como hubiera deseado. A Amparo siempre la vi en su casa, en la comodidad de la que no accedió salir y en la que no busqué irrumpir sino solo estar presente. Erlendy, por otro lado, es una mujer con medidas de la Unidad Nacional de Protección y con una agenda de compromisos y viajes. A ella nunca pude verla en su casa o en un espacio que nos la evocara, pero al menos pude verla entre los suyos. Y de Teresa y Aracely tuve que despedirme antes

de tiempo por una mala planeación del viaje. Por haber comprado tiquetes de avión de ida y de regreso para fechas tan próximas. Ambas me invitaron a sus fincas, sus veredas. Y es un viaje que todavía tengo pendiente.

A pesar de no haber estado en sus casas más de una vez, de no haberlas acompañado en alguna diligencia o plan de sábado, de no habernos tomado una cerveza juntas, intenté sacar conclusiones como esta que hace Leila en su perfil sobre el pintor argentino Guillermo Kuitca, con quien sí compartió ese tipo de espacios:

«Un día, cuando sea de noche, cuando llegue a la cocina y abra la heladera y encuentre una tarta de pollo que le gusta y descubra que tiene el crucigrama del diario todavía sin hacer. Un día, cuando se siente solo en la isla negra de la cocina y cene solo haciendo el crucigrama, sentirá crecer dentro del cuerpo un brote de felicidad. Un brote de felicidad perfecta. Y se preguntará si es bueno: que la felicidad sea así. Que la felicidad pueda ser eso». (Plano americano, *Guillermo Kuitca. Un artista del mundo inmóvil*, página 117).

Hablar de alguien más con tal grado de predicción era lo que buscaba, aunque fuera un destello nada más, un destello de conocimiento del otro entre un pálido recuento de los hechos de su vida.

Además, la idea de las sesiones venía de un intento previo por emplear metodologías alternativas que entraran en diálogo con los procedimientos convencionales del periodismo. También en esos últimos meses del 2017 había trabajado con mi directora de tesis en la planeación de una prueba piloto mediante la cual evaluaríamos la viabilidad de emplear una metodología de los estudios biográficos llamada cartografía corporal, que permite textualizar procesos de dolor a través de un lenguaje distinto al oral (volver texto gráfico aquello que es indecible) y así construir memoria subjetiva y social y generar condiciones para la reapropiación corporal. Esto a través de sesiones de talleres con ejercicios dirigidos.

Para ese momento, mi única aproximación al tema de la violencia sexual asociada al conflicto era la revisión documental que había hecho para

escribir el anteproyecto y fue basándome en esas lecturas, más la de Daniel Bertoux, que intenté hacerle la primera entrevista a Amparo.

Ese primer diálogo fue un momento de ruptura. Lo que sentí fue una enorme incapacidad de comunicarnos. A pesar de que saqué del cuestionario el tema de la violación y lo enfoqué en su trayectoria de vida -específicamente su infancia, su vida familiar y sentimental- ella volvió todo el tiempo a ese momento: Tumaco, la carretera, los dos hombres, la luna llena, el ardor en las nalgas. Y yo no supe qué decir. Y pensé que esa falta de palabras tenía que resolverse prescindiendo de ellas y valiéndome de otros recursos: los no verbales. Los simbólicos. Entonces me planteé lo siguiente en un documento que le presenté a la profesora Patricia:

A partir de conceptos de la psicología y la psicoterapia, experiencias de investigadoras que han buscado otras formas de estudiar la violencia sexual, y un modelo metodológico específico, la cartografía corporal, he reflexionado en torno a las limitaciones de los periodistas para llevar a cabo investigaciones sobre un evento traumático. He concluido, sin embargo, que son limitaciones que nos imponemos nosotros mismos, pues el acompañamiento interdisciplinar es siempre una opción y de hecho una vía importante para resolver las carencias que presenta nuestra formación. Además, la comunicación en tanto disciplina y acto humano, es transversal a todos los conceptos, experiencias y modelos metodológicos que he revisado.

Así pues, esta es la propuesta para una prueba piloto de taller de mapas corporales que realizaré con tres mujeres adultas. La evaluación del proceso y de los hallazgos servirán para determinar si es un modelo aplicable con un grupo poblacional distinto: mujeres adultas (entre 3 y 5) que hayan sufrido la violencia sexual, bien ésta se asocie al conflicto armado o se haya dado en contextos aparentemente lejanos al de la guerra.

El documento especificaba qué haríamos en cada una de las tres sesiones del taller, qué preguntas resolveríamos e incluso aspectos como el refrigerio más adecuado. Patricia aprobó la propuesta, me dio vía libre para

Cápítulo 4 La bitácora es una parte de los barcos

realizarla, pero nunca la llevé a cabo. Después de la primera entrevista con Amparo tuve que suspender el trabajo de campo porque inicié mis prácticas profesionales en el Centro de Estudios de Género de la Universidad. Desde enero hasta junio de 2018 procuré empaparme de material bibliográfico, pero le huí al segundo encuentro con Amparo porque lo veía como el paso definitivo para empezar a trabajar de verdad en el objetivo tan confuso que me había planteado en el anteproyecto: *comprender y generar comprensión sobre las dimensiones de la violencia sexual asociada al conflicto, un hecho victimizante difuso en comparación con los demás*. Y la falta de tiempo fue una excusa tras la cual escondí los temores a no ser capaz de generar las condiciones para hablar con estas mujeres, para hacerles preguntas y escuchar sus respuestas. El miedo a no ser suficientemente humana, suficientemente adulta, suficientemente periodista.

Miedo que vencí leyendo. Los libros son presencias silenciosas. Acompañan. El primer referente de todos fue *Noticia de un secuestro*. Entendí, al leer el prólogo, que me era necesario hablar, encontrar las palabras en lugar de buscar el carisma para dirigir unos talleres y abordar un campo que no es el mío.

«Entrevisté a cuantos protagonistas me fue posible, y en todos encontré la misma disposición generosa de perturbar la paz de su memoria y reabrir para mí las heridas que quizás querían olvidar. Su dolor, su paciencia y su rabia me dieron el coraje para persistir en esta tarea otoñal, la más difícil y triste de mi vida», cuenta Gabo.

La frase que me abrió el camino. Si bien el secuestro no es una forma comparable de violencia, porque la violencia sexual tiene un componente corporal determinante, yo quería realizar una tarea como la de García Márquez, aunque suene tristemente pretencioso. Yo quería sentarme a escribir sobre lo que me confiaran. No de fingir una disposición para manejar grupos ni lidiar con temas como las urgencias psicológicas (un concepto que apenas venía a conocer), porque hubiera sido irresponsable.

Retomé el contacto con Amparo en agosto de 2018.

Y llegaron otras lecturas para darme coraje. Las más importantes que realicé ese año fueron *La guerra no tiene rostro de mujer* de la Nobel de Literatura, Svetlana Alexievich; *Verde tierra calcinada* del periodista colombiano Juan Miguel Álvarez; *Yo seré la última* de la activista iraquí y premio Nobel de Paz 2018, Nadia Murad. Y una novela: *Viaje al interior de una gota de sangre*, del colombiano Daniel Ferreira.

La guerra no tiene rostro de mujer

De este texto me sorprendieron la construcción de relatos en la primera persona de las mujeres entrevistadas y lo que cada testimonio evidencia de los encuentros: proximidad, confianza y una empatía de género... Era palpable que se trataba de una mujer entrevistando a otra mujer. El diario del libro, la primera parte, tiene reflexiones poderosísimas sobre lo que Alexievich buscaba, sus objetivos: hablar de que la persona es más que la guerra. A ella no le interesaba en lo más mínimo la historia oficial. En sus relatos no hay héroes ni villanos sino personas sumidas en el horror escatológico del conflicto y en el milagro de la supervivencia. Las imágenes que Alexievich logra rescatar de sus entrevistadas son -como la foto de Leila sobre el final feliz de un día de Guillermo Kuitca- postales que capturan una esencia, una verdad inmóvil, un sentido universal y una soledad penetrante.

A lo largo de los años, más que hacer entrevistas y tomar notas, he estado pensando. Leyendo. ¿De qué hablará mi libro? Un libro más sobre la guerra... ¿Para qué? Ha habido miles de guerras, grandes y pequeñas, conocidas y desconocidas. Y los libros que hablan de las guerras son incontables. Sin embargo... siempre han sido hombres escribiendo sobre hombres, eso lo veo enseguida. Todo lo que sabemos de la guerra, lo sabemos por la «voz masculina» (...) Los relatos de las mujeres son diferentes y hablan de otras cosas. La guerra femenina tiene sus colores,

Cápitulo 4 La bitácora es una parte de los barcos

sus olores, su iluminación y su espacio. Tiene sus propias palabras. En esta guerra no hay héroes ni hazañas increíbles, tan solo hay seres humanos involucrados en una tarea inhumana. (Página 14).

(...) Los recuerdos no son un relato apasionado o impasible de la realidad desaparecida, son el renacimiento del pasado, cuando el tiempo vuelve a suceder. Recordar es, sobre todo, un acto creativo. Al relatar la gente crea, redacta su vida. A veces añaden algunas líneas o reescriben. Entonces tengo que estar alerta. En guardia. Y al mismo tiempo, el dolor derrite cualquier nota de falsedad, la aniquila. ¡La temperatura es demasiado alta! He comprobado que la gente sencilla (las enfermeras, cocineras, lavanderas...) son las que se comportan con más sinceridad. Ellas -¿cómo explicarlo bien?- extraen las palabras de su interior en vez de usar las de los rotativos o las de los libros, toman sus propias palabras en vez de coger prestadas las ajenas. Y solo a partir de sus propios sufrimientos y vivencias. Los sentimientos y el lenguaje de las personas cultas, por muy extraño que parezca, a menudo son más vulnerables frente al moldeo del tiempo. Obedecen a una codificación genérica. Están infectados por el conocimiento indirecto. De los mitos. A menudo se ha de recorrer un largo camino, avanzar con rodeos, para poder oír el relato de la guerra femenina y no de la masculina: cómo retrocedían, cómo atacaban, en qué sector del frente... Con una entrevista no basta, hacen falta muchas. Así trabaja un retratista insistente...

Paso largas jornadas en una casa o en un piso desconocidos, a veces son varios días. Tomamos el té, nos probamos blusas nuevas, hablamos sobre cortes de pelo y recetas de cocina. Miramos fotos de los nietos. Y entonces... Siempre transcurre un tiempo (uno nunca sabe ni cuánto tiempo ni por qué) y de repente surge el esperado momento en el que la persona se aleja del canon, fraguado de yeso o de hormigón armado, igual que nuestros monumentos, y se vuelve hacia su interior. Deja de recordar la guerra para recordar su juventud. Un fragmento de

su vida... Hay que atrapar ese momento. ¡Que no se escape! A menudo, después de un largo día atiborrado de palabras, hechos y lágrimas, en tu memoria tan solo queda una frase, pero ¡qué frase!: «Fui al frente siendo tan pequeña que durante la guerra crecí un poco». Es la frase que anoto en mi libreta, aunque en la grabadora hay decenas de metro de cinta. Cuatro o cinco casetes... (Página 15).

Verde tierra calcinada

Fue el referente más importante para mi escritura. El libro es una crónica de viaje en la que Juan Miguel Álvarez narra su investigación en distintos municipios del país -recónditos, olvidados- que fueron devastados por la guerra. La investigación fue un encargo de la revista Semana, con una línea editorial y una extensión determinadas. De ahí la idea de escribir el libro con todo lo que quedaba por fuera.

La principal motivación fue elaborar con palabras el contraste insoportable que experimentaba al llegar de sus viajes, de esos lugares “llenos de sangre seca en la memoria”, a su apartamento en el barrio La Macarena de Bogotá, “bien gentrificado y lleno de restaurantes pupitos”. Y su objetivo, por otra parte, era brindarle al lector la información y la emoción necesarias para que pudiera entender lo difícil que ha sido encontrar un camino hacia la paz en este país, “darle razones para hacer a un lado el rencor y entender por qué algunas personas hicieron la guerra y por qué ahora quieren dejar de hacerla, y por qué como ciudadanos de este país debemos darles la oportunidad”.

Antes había leído una crónica de Juan Miguel que recibió el Premio Simón Bolívar en 2017, *Paulina busca a su hija*. Habla de una madre que exige el derecho a la reparación simbólica por la tortura y asesinato de su hija María Cristina Cobo Mahecha a manos del Frente Centauros de las AUC en una población del Guaviare llamada Calamar. Es un relato lleno de imágenes dolorosas, de diálogos demoledores, de escenas que calan en la memoria, que

Cápítulo 4 La bitácora es una parte de los barcos

incorpora magistralmente la historia del conflicto en esa zona del país y el contexto jurídico del drama de Paulina.

En el libro, esa crónica aparece ampliada y Juan Miguel se presenta como testigo. *Verde tierra calcinada* es un texto híbrido: los elementos del perfil y la crónica -un punto de vista, la puesta en escena, el desarrollo de personajes y situaciones, la descripción más allá de la enunciación, una estructura pensada como el montaje de planos en el cine- complementados con la honestidad y la argumentación de la primera persona del ensayo.

Como paréntesis diré que el libro al que recurrí para comprender el género ensayístico -por la sensibilidad especial su autora- fue *El año del pensamiento mágico* de la norteamericana Joan Didion, en el cual elabora el duelo por la muerte de su esposo a través del recuento de sus últimas horas juntos y de las numerosas lecturas especializadas que hizo sobre el trauma por la muerte de un ser querido.

Además del despliegue ensayístico al interior de las crónicas, Juan Miguel reflexiona sobre el hacer periodístico en cuatro capítulos intercalados con título “Retorno a la burbuja”.

Una de las cuestiones más complicadas de discernir en el estudio técnico de la criminalidad colombiana ha sido la de encontrar fronteras exactas que permitan clasificar tal o cual delito como un hecho del conflicto armado o un hecho de la delincuencia mundana. Y una de las mayores razones para ello es que desde que el narcotráfico se volvió el combustible de la guerra en Colombia, tanto las guerrillas -por muy origen marxista-leninista que reclamen-, como los paramilitares -por muy ortodoxos que se hubieran jurado- cometieron crímenes sin origen ni destino político. (Cápítulo 4, La Balsa, página 141).

Las cosas que me estaban contando más los vestigios de la guerra que tenía en frente me despertaron una sensación difícil de concretar, como si todos los viajes y testimonios de este trabajo me hubieran ensordecido a una misma voz. Primero mi cerebro escenificaba las ac-

ciones que la gente me narraba. La película corría ante mis ojos y me llenaba de pavor. Al segundo, mi mente escapaba hacia ese instante de realidad en el que me encontraba. Me tranquilizaba saber que ya el horror había terminado. Que solo estaba escuchando testimonios sobre la guerra. No atestiguándola. En seguida, me embargaba el agobio y la desazón. Sentía que iba a reventar en lágrimas y me forzaba a calmarme. Tomaba aire por la nariz y lo botaba por la boca. Me desahogaba vaciando notas de letra nerviosa en mi libreta. «¿Después de cuántos viajes por este país despedazado, por esta verde tierra calcinada, puedo acostumbrarme a la idea de la guerra? ¿Después de cuántas historias de sangre mi sensibilidad se endurecerá lo suficiente para alejar cualquier depresión? Y si se endurece mi sensibilidad, ¿podré resolver mejor este periodismo? ¿Con más distancia? ¿O toda esta implicación emocional es lo que me permite sostener una mirada humana y reveladora? De ser así, ¿cuánta más carne mía tendré que dejar en este trabajo?». (Capítulo 7, Guaduas, página 275).

Un día después de haber aterrizado en Bogotá fui a la revista. Las medidas de seguridad en la entrada al edificio se habían extremado. Más escoltas y más carros de policía que los habituales. En la puerta, un vigilante requisaba a cada periodista y a cada visitante con la minucia de un control de aeropuerto. Minutos después comprendí la razón.

Luego de las dos publicaciones de revista *Semana* sobre los torcidos del Ejército habían aumentado las amenazas contra el director y la revista en general. Se hablaba de que iban a volar el edificio con nosotros adentro. (Segundo retorno a la burbuja, página 161).

Finalmente, el diseño y la diagramación de este libro -enriquecidos por las fotografías del reportero gráfico Federico Ríos- fueron un aliciente para pensar en el componente gráfico de mi trabajo, que además de una invitación a la lectura debería ser un reflejo del carácter de cada historia y de la sensibilidad con intenté abordarlas todas.

Yo seré la última

Es un relato autobiográfico sobre el genocidio del pueblo yazidí en Irak a manos del Estado Islámico. Nadia Murad es una de las sobrevivientes. En agosto de 2014, sus hermanos y su madre fueron fusilados por los yihadistas, y ella, sus hermanas y sobrinas, retenidas y sometidas a esclavitud sexual

El libro es un compendio de contexto y testimonio. Nadia parte de las razones históricas por las cuales los yazidíes son perseguidos y señalados por distintas corrientes islámicas: su identidad religiosa, aunque mono-teísta, no parte del libro sagrado, es una construcción de la tradición oral. Por esa razón, a los ojos de los fundamentalistas del EI, los yazidíes eran impuros, no humanos.

Lo que siguió fue el establecimiento de una burocracia del mal a escala industrial. El EI llegó incluso a publicar un panfleto titulado *Preguntas y respuestas sobre la retención de prisioneras y esclavas* para proporcionar más directrices. «Pregunta: ¿Está permitido mantener relaciones sexuales con una esclava que no haya alcanzado la pubertad? Respuesta: Está permitido mantener relaciones sexuales con una esclava que no haya alcanzado la pubertad si es apta para el coito. Pregunta: ¿Está permitido vender a una prisionera? Respuesta: Está permitido comprar, vender o regalar a las prisioneras y esclavas puesto que no son más que una propiedad». (Prólogo, página 12).

El relato también da cuenta de los horrores: el dolor físico de las violaciones -que no cesaron hasta que escapó de su último captor-, el estado de enfermedad permanente que le impedía incluso caminar, la desorientación mental. Nadia describe los momentos en que fue atacada por cada uno de sus verdugos. La apariencia de esos hombres. Su olor. Y la pregunta que queda es cómo logró escribir este libro:

«La impotencia es parecida a la muerte».

«La supervivencia es apenas el principio».

«Sabía que si mi historia tenía que causar impacto alguno, debía ser todo lo sincera que yo pudiera soportar».

Fue una lectura a la vez delicada y espantosa. Recuerdo haber sufrido de pesadillas incluso tiempo después de haberla terminado. Nadia traza un camino para contar la tragedia de la violación en medio del desastre de la guerra en medio de la belleza de la vida que aguarda, lejana; exhibe las dimensiones del hecho, no lo aísla, lo vincula a todo lo que fue su vida familiar en la aldea de Kocho, a los paisajes y olores de su infancia sencilla, y luego, al coraje de la supervivencia y la iniciación en el activismo por los derechos de las mujeres yazidíes.

El relato de Nadia logró darme nociones de lo que es y no es importante saber y contar. De las cosas que vale la pena preguntarle a una mujer que ha sido víctima de violencia sexual. De los temas a los que ella quisiera referirse, teniendo en cuenta que el episodio de violencia hace parte de un desastre más grande y abarcador: la guerra.

Viaje al interior de una gota de sangre

Es una novela basada en los hechos de la masacre de La Rochela, ocurrida en 1989 en ese corregimiento del municipio de Simacota, Santander. La estructura es fragmentada. Cada capítulo es un plano subjetivo en el que Ferreira recorre fragmentos de la vida y el instante de la muerte de sus personajes, a manos de los paramilitares que entran al pueblo una tarde de fiestas. El vuelo poético de Ferreira es vigoroso. Sus imágenes son duraderas en la memoria. El relato de la masacre, más que hastío, deja una sensación de belleza perdida para siempre.

Tu cara, ya entonces, me mostraba las formas del miedo. Cuando has nacido en un lugar así no necesitas explicaciones para entender lo que es la guerra. Todo está en el ambiente, en la cautela de la gente al hablar bajito en las casas para que no oigan los vecinos, en los rumo-

res que corren a espaldas del prójimo, en las puertas cerradas al caer la noche. En las familias que suben unas pocas cosas a un camión destaralado y luego ya no las vuelves a ver. En los muertos que amanecen en las acequias, o en los remansos del río, o en la esquina de la calle donde está tu casa. En los helicópteros que disparan proyectiles a la cima de un cerro. Tu cara hablaba de eso, sin palabras. Dos arrugas profundas como cuchilladas en mitad de la frente me hablaban de eso y de ti. De tus desvelos. De tus alboradas. De tus temores. (Página).

No es de extrañar, entonces, que mi trabajo sea un híbrido, un texto que se podría considerar experimental (como me explicó el profesor Kevin García durante una asesoría en febrero de este año) pues no se adscribe al canon de la crónica o el perfil, ni es un ejercicio puramente ensayístico. Lo que hace es beber de ambos géneros en un intento por abordar las aristas del problema. A pesar de que los testimonios de Amparo, Erlendy, Teresa y Aracely bastaran para hablar del dolor y la resistencia, me obstiné en que la comprensión -mía y del lector- llegara a ser también factual, precisa. Y en ese cruce de dimensiones de la tragedia -la personal y la social- surgió la pregunta inevitable: para qué (el porqué ya estaba resuelto). Para qué hablar del dolor y la resistencia. Para qué comprender el fenómeno a través de porcentajes. Para qué escribir esto, en primer lugar.

Di con mi referente final gracias a la recomendación de la persona que editó mi trabajo, un gran amigo y lector. Y seguí las pistas de ese libro, que fue la estocada: El hambre del periodista argentino Martín Caparrós.

«De modo que El hambre, además de una crónica/ensayo en torno al “mayor fracaso del género humano”, es una enorme reflexión acerca del oficio periodístico: por qué y para qué un periodista hace lo que hace; por qué y para qué cuenta, en este caso, la miseria: tanta miseria. Caparrós ha dicho que este libro es un panfleto. Parece, más bien, el hondo surco que deja una convicción». Escribió Leila Guerriero para el suplemento Babelia del diario El País.

«Así, un círculo que comienza con un periodista haciéndose preguntas, y sigue con ese mismo periodista preguntándose qué sentido tiene hacérselas (porque, después de todo, el libro no cambiará nada y quienes padecen hambre “no parecen tener muchas posibilidades de influir sobre los mecanismos que los hambreadan”), termina con una respuesta salvaje y sincera: “Porque no me soporto si no hago”». (Todo esto para qué. Leila Guerriero. 30 de enero de 2015).

Además de las reflexiones insistentes sobre el oficio, Caparrós hace un despliegue de las razones estructurales del hambre en el continente africano y otras regiones del mundo. El libro es una denuncia atroz que expone cómo grandes emporios económicos de alimentos hacen alianzas con gobiernos corruptos de países en desarrollo para minar cualquier posibilidad de que las poblaciones subsistan con autonomía agrícola. Así, la única opción es comprar productos foráneos. Y eso, “comprar”, en países como Níger -el más pobre de África- es una sentencia de muerte.

Todas las preguntas, la investigación y la denuncia cobran vida cuando Caparrós las vincula a la existencia, la cotidianidad, de personas concretas que conoció en los viajes de su trabajo de campo. Personas en riesgo de morir de hambre.

“Una crónica que piensa, un ensayo que cuenta”, así describe su libro.

La estocada.

1.

Los siguientes tres encuentros con Amparo fluyeron de forma distinta. Se prolongaron durante septiembre, octubre y noviembre de 2018. Aprendí a llegar a su casa en bus, logré dirigir mejor las entrevistas a partir de las preguntas que me surgieron del primer encuentro; ella empezó a llamarme “gor-

da", hija", "preciosa"; nos acostumbramos a sentarnos en su cama y a tomar café. Las sesiones no tardaban más de hora y media, pero yo regresaba a mi casa de noche, agotada. Considero que no hace falta dar cuenta de las conversaciones, de los temas que surgieron y las dudas que me atacaron porque son explícitas y están resueltas en la crónica. Sin embargo, son asuntos móviles. Tienen la virtud de flotar, en el texto y en mi cabeza. Todavía.

2.

El primer contacto con Erlendy lo había hecho en junio de 2017. Un amigo había asistido a un foro de reconciliación -organizado por la universidad- en el que ella era panelista. Le pidió su número y lo guardó en el celular como "Erlén". La llamamos días después. Nos pidió que programáramos el encuentro luego, pues iba a salir del país. Erlendy tiene una voz madura y áspera. Al oírla pensé que era mujer mayor.

Pasó más de un año antes de volver a hablar con ella. Hice la llamada definitiva la mañana del 28 de agosto de 2018 -cuando decidí retomar el trabajo de campo-. Le expliqué de qué se trataba la investigación. Recuerdo haber decidido cambiar el término "violencia sexual" por "violencia de género". Temía que no accediera a hablar conmigo si de entrada era tan directa. Programamos el primer encuentro para el jueves 5 de septiembre ("queda anotado en mi agenda", me dijo) en el Centro Regional de Atención a Víctimas (CRAV), ubicado en el barrio Guayaquil.

La llamé Erlén hasta el final de la entrevista, cuando le pedí que hiciera una presentación corta -nombre, edad, ocupación actual- para marcar la grabación. "Mi nombre es Erlendy Cuero Bravo". Recordé que ya antes me había equivocado con ella. La había conocido tres años atrás trabajando con un compañero en un proyecto que queríamos llevar a cabo en el barrio Llano Verde. Él vivía en otro barrio del Distrito y sabía que en Llano Verde había liderazgos fuertes en los cuales podríamos apoyarnos constituir una emisora comunitaria. Sería nuestro proyecto de grado. Éramos niños.

Él contactó a Erlendy y el día de la reunión la tuvimos que esperar dos horas. Llegó a un supermercado cerca al barrio, impaciente y con su voz áspera, en una camioneta Toyota blanca, descomunal, de vidrios muy oscuros. Me da vergüenza escribir lo que pensé en ese momento. Era 2015. Yo no sabía casi nada. Erlendy ya tenía medidas de protección. La habían amenazado para que saliera de Llano Verde y estaba ahí, a unas cuadras, exponiéndose para escuchar la propuesta de un par de niños.

2.1.

El tema de las violaciones surgió al lado del episodio de desplazamiento, pero fue enfática en que no iba a hablarme de los hechos. Prefirió contarme las secuelas, confesarlas: que si va a salir a la calle en falda o vestido tiene que usar un short debajo para sentirse segura.

Mis compañeros me molestaban por “mostrar cucos” en clase. Me gustaba ir a la universidad en faldas y vestidos. Tal vez “mostrar cucos” sea parte de vivir sin esa herida.

2.2.

Hablamos de la posibilidad de acompañarla en uno de sus viajes de trabajo a Buenaventura. En ese momento estaba liderando un proceso, Acople, de atención psicosocial de víctimas a víctimas, financiado por la organización Heartland Alliance. Yo quería tomarle fotos al lado del mar porque sus ojos siempre me evocaron las aves que vuelan sobre el puerto.

El viernes 9 de noviembre estaba lista para salir de mi casa hacia la Terminal cuando me llamó para decirme que una de sus primas le había recomendado no viajar ese día. Me reenvió el audio de WhatsApp que decía:

«No hija, para acá por La Floresta no entran los taxistas. La situación de violencia está tan fuerte que en lo que es la Comuna 12, los taxistas no prestan servicio».

2.3.

Erlendy y yo volvimos a encontrarnos dos veces: en la universidad donde cursa la carrera nocturna de Derecho y en la caseta comunal del barrio Desepaz. Después de cancelar el viaje, me invitó -en su lugar- al ensayo de una obra de teatro que habían montado varios miembros de Afrodes en colaboración con la Unidad para las Víctimas, como parte de la exigencia de reparación simbólica que hizo la asociación. Presentarían la obra en noviembre, en un evento del Centro Nacional de Memoria Histórica.

2.4.

No pude verla en su Buenaventura pero después del último encuentro se me apareció en todos lados. El 7 de diciembre, mientras caminaba por la carrera 70 de Medellín, hacia una estación del Metro, la encontré en la primera página de Publímetro, un diario de difusión gratuita, que guardé con celo para regalárselo a mi regreso.

3.

Viajé a Medellín el 6 de diciembre de 2018 por azares que no imaginé al iniciar esta investigación. La Escuela de Comunicación Social organizó una charla y un taller con Óscar Parra, director del portal Rutas del Conflicto. Óscar es experto en minería de datos y el trabajo de Rutas consiste en narrar el conflicto a través de la información cuantitativa aportada por investigaciones judiciales y académicas.

En medio del taller, Óscar hizo mención del hallazgo que había hecho un grupo de estudiantes de la Universidad del Rosario (que trabajan con él en Rutas), sobre los municipios con más casos de violencia sexual asociada al conflicto, a partir del análisis de las bases de datos del Observatorio de Memoria y Conflicto del Centro Nacional de Memoria Histórica.

Granada, Antioquia, era uno de esos lugares.

Dos compañeros míos estaban realizando el trabajo de campo para su tesis en esa población. Y, de hecho, uno de ellos había nacido y crecido allá hasta su familia tuvo que desplazarse por la violencia.

Tengo que confesar la ilusión. Salí del taller encendida de planes y preguntas. Me comuniqué con uno de los chicos para preguntar cuál era la fecha de su próximo viaje. 7 de diciembre. Un mes y diez días a partir de ese momento, tiempo considerable pero no lo suficiente para organizar mi viaje. En todo caso, ya estaba pensando qué maleta llevar.

Había buscado la tercera historia de mi libro en un proyecto de la Ruta Pacífica de Mujeres en Cali. Se trataba de unos talleres con víctimas y sobrevivientes en los que me iban a permitir participar como observadora. Me obstiné tanto en escribir sobre aquello que cuando la encargada me dijo que aplazarían los talleres seis meses, quedé sin piso. La idea del viaje me puso en marcha otra vez.

En el anteproyecto investigué sobre dos poblaciones del país, desconocidas y pequeñas, azotadas por este tipo de violencia: El Retén, Magdalena, y Puerto Torres, Caquetá. La primera me la referenció el profesor José Gregorio Pérez -quien había escrito un reportaje sobre un corregimiento de Valledupar, La Mesa, al cual llegó para investigar una historia de violación por parte de varios paramilitares al mando de alias '39'; y la segunda población la rastree a través de un informe del CNMH, *Textos corporales de la crueldad*. Las apunté ahí con la ambición de visitarlas y escribir sobre ellas. Quería intentar ese tipo de trabajo en terreno: viajar a un municipio, familiarizarme no sólo con las mujeres víctimas y sobrevivientes sino con la geografía, la tierra en la cual el conflicto había dejado su huella. También, debo admitir, consideraba el viaje como una forma de darle legitimidad al trabajo. Los retos de ese ejercicio de investigación son enormes para una primeriza: establecer contactos, sacar de algún lado el presupuesto, movilizarse a un lugar que -aunque en el presente tenga un concepto de seguridad favorable- guarda cierto estigma; un lugar habitado por fantasmas, "lleno la sangre seca en la memoria".

Cápítulo 4 La bitácora es una parte de los barcos

Debo confesar que mi reto era doble porque vivo con mis padres y su actitud conmigo siempre ha sido sobreprotectora. Tenía que convencerlos de permitirme viajar y, además, de financiarme el viaje porque mis arcas estaban vacías.

El reto resultó ser triple cuando mis dos compañeros cancelaron el viaje. Me quedé sola. Y convencer a mi papá consistió en conseguir el concepto de seguridad más reciente de Granada, hacerle una serie de promesas sobre las horas fijas en que íbamos a comunicarnos y entregarle un itinerario detallado del viaje: con los nombres y teléfonos de los hoteles donde había hecho reserva -en Medellín y Granada- y los nombres y teléfonos de las personas con las que había agendado encuentros.

Para generar esos contactos recurrí a la Ruta Pacífica de Mujeres seccional Antioquia. Hablé con una lideresa del oriente, Kelly Echeverry, y ella me introdujo a la Asociación Regional de Mujeres del Oriente Antioqueño, AMOR. Me puso a investigar y me advirtió, recuerdo bien, que la fecha en que planeaba viajar (el mismo 7 de diciembre que habían propuesto los chicos) era complicada porque tradicionalmente en esa subregión se celebran las fiestas decembrinas con mucha devoción y en familia.

Hablamos luego, le conté lo que pude revisar de la experiencia de AMOR. Entonces me dejó el teléfono de Teresa Franco. A ella la llamé ese mismo día y aunque la señal era terrible y nuestras voces se perdían, entendí que aceptaba ayudarme y que podríamos vernos en Marinilla, un municipio cercano a Granada y a San Rafael, donde ella vive. Pero los planes cambiaron y el encuentro fue en Bello, el día de mi llegada, 6 de diciembre.

A Aracely Santana la conocí por medio de un contacto que me dieron los chicos: Gloria Quintero, miembro de la Asociación de Víctimas Unidas de Granada (Asovida). Con Gloria también hubo un cambio de planes. El itinerario de mi papá estaba obsoleto. Habíamos quedado de encontrarnos el 7 de diciembre en Granada pero ella tenía que estar en Medellín ese día. Me dio el número de Francis García y el de Aracely, “ella te puede ayudar”. Era víctima

y sobreviviente de violación. Y yo le dije a Gloria, como pensando en voz alta y en modo de corrección política, que me parecía difícil hacer esa llamada el día de las velitas. No olvido su respuesta: “Es que yo no le estoy diciendo que la entreviste hoy sino que se tome el tiempo de contarle de qué se trata todo”. Yo no tenía tiempo, iba a estar allí dos días. Y en ese momento se hizo clara para mí la lección de este trabajo de grado: para ser periodista hay que estar dispuesta a permanecer. Es lo que las fuentes, las personas, piden como mínimo. Una lección que luego escuché de boca de Jesús Abad Colorado, hablando de su exposición El Testigo.

Y es una deuda con las mujeres que escribieron este libro conmigo. Permanecer de alguna manera.

Mi obsesión con el trabajo de entrevistas de Leila Guerriero se exacerbó antes del viaje. Intenté imitar sus procedimientos, su forma de aproximarse e ir descubriendo a través del silencio. Creo que ello se ve cristalizado en la narración, que tiene un ritmo distinto al de los otros dos textos: frases y párrafos cortos, hechos mediados por imágenes e impresiones mías. Además, este texto tiene la particularidad de citar una voz masculina -la de Francis García- que, además, aparece como personaje por la fuerza de sus elaboraciones sobre el componente de género instalado en la guerra. Sus ideas estaban en el límite de la verdad y el prejuicio, se movían en esa línea sensible tan característica de los relatos del conflicto.

Sé que esta bitácora está cargada de adjetivos y tal vez -a los ojos del lector- de hipérboles, pero es un recuento honesto. Soy una persona peligrosamente sensible. Llora siempre que puedo.

Entonces:

El proceso de escritura tuvo algo de desgarrador. No sólo el tema, la carga emocional, sino el esfuerzo cognitivo de desgarrar entrevistas y entrevistas de más de una hora, leer material documental -informes e investigaciones con un lenguaje agotador- cuando estaba tan acostumbrada a la literatura, apuntar cuadernos enteros, rayar cartulinas construyendo escaletas desechables, escribir párrafo a párrafo estas páginas. Párrafo a párrafo. Párrafo a párrafo. Al carajo se fueron dos relaciones sentimentales y otros vínculos menos importantes porque empecé a andar intranquila y escéptica por ciertos espacios: las reuniones familiares, los encuentros de amigos, la misma universidad, escuchando conversaciones que ya no me interesaban, percibiendo cómo personas cercanas se hacían a las extranjeras con el tema de la guerra. Yo quería hablar de todo esto y en ninguno de esos espacios hubo lugar.

Los dos momentos del trabajo y lo que hubo en medio -mi vida- estuvieron marcados por el despertar de la conciencia y sus consecuentes rupturas. Sería un lugar común decir que al escribir estas páginas cambié sin reversa. Y sin embargo, es evidente cuando me miro al espejo, cuando camino por la calle, cuando hablo con mis padres o veo de lejos la vida que pasa afuera. Hubo un estado de ánimo que nunca cesó durante este año. Que permanecerá conmigo como una marca y me obligará a seguir escribiendo sobre por qué es tan dolorosa la experiencia de ser mujer en este país.

La edición de las tres crónicas estuvo a cargo de Jhon Gamboa, estudiante de noveno semestre de la Escuela de Comunicación Social con experiencia de trabajo en el Programa Editorial de la Universidad. Gran amigo y lector que se reunió conmigo cada vez que tuve lista una versión de alguno de los tres textos, para revisar su forma y su sentido y aportarles brillo.

El diseño y la diagramación estuvieron a cargo de Daniela Rengifo y Sol López. La decisión de ilustrar el libro radicó en la necesidad de darle rostro

Óxido en la piel

a estas mujeres sin exponerlas como podría suceder a través de la fotografía. Las imágenes están pensadas desde dos nociones: la paleta de colores en tonos tierra, alusiva al título “Óxido en la piel”; y el papel rasgado que simboliza el esfuerzo por volverse a armar.

Sería reduccionista sacar una conclusión o dos. Lo que puedo decir, al final, es que éste sigue siendo un trabajo en progreso. Por ello y por motivos financieros he descartado la posibilidad de imprimir esta versión que queda sujeta a sus aportes.

Del diario de trabajo

Día 1

11/08/18

Tesis. Retorno:

¿Qué quiero hacer?

Un libro a partir de diferentes experiencias: Amparo Arias, Erlendy Cuero, María Geovani, el taller de la Ruta Pacífica y Granada, Antioquia. Cinco experiencias que hablen del dolor de las mujeres y madres en la guerra, y lo que circunda o complementa esas experiencias. Quiero comprender y que el lector comprenda las dimensiones de la violencia sexual, que no es un episodio, que es una violencia trascendental. Y espero que esa comprensión se dé a través de sus voces y mis reflexiones.

La idea de poder escribir sobre otras personas sin conocerme primero, sin saber quién soy, es absurda. Tendré que hacer de tamiz de estas historias. Pasarán por mí, a través, y debo preguntarme el porqué: por qué pasaré por ese proceso con su alto costo moral; por qué me interesa sumergirme en esta realidad que no es mía en sentido estricto; por qué se ha convertido en mi anhelo

Cápítulo 4 La bitácora es una parte de los barcos

y en mi gran amor; por qué este trabajo me compromete de esta manera; por qué quiero contar estas historias; qué servicio hay en el acto de narrar.

Estas mujeres y su fuerza me regalan vida. Vida como pocos.

Vida en su definición más elemental.